

MARIAN HERRERA

*Next
to Him*

Nova Casa Editorial



AGRADECIMIENTOS

Siempre le daré gracias a Dios por cada oportunidad que me ha dado y cada persona maravillosa que ha puesto en mi camino para hacer mi recorrido en la Tierra mil veces más feliz.


Como lo haré cada día durante el resto de mi vida, quiero agradecer a mi mamá, quien es la persona que más amo y la viva representación del amor del Señor, pues muchas veces creo no merecerla y las palabras jamás serán suficientes para corresponder todo el amor que me ha brindado y a cada sacrificio que ha hecho por mí.

A Rafael Durán, el hombre más brillante y carismático que he conocido, quien ha estado para mí siempre que lo he necesitado y me ha demostrado su cariño desde que llegó a mi vida.

A mi padre, a quien amo y le agradezco el apoyo que me ha dado en cada uno de mis proyectos desde que era una niña. Aunque no lo diga muy seguido, lo amo con el corazón también, y son muchas las veces que me he divertido a su lado.



Mi abuela y mis tíos han estado siempre para mí, pendientes de cada una de mis necesidades y dándome su amor y apoyo incondicional desde donde quiera que estén, por eso les doy mi agradecimiento también. Dios sabe que no sabría qué hacer si no los tuviera en mi vida.

A César Monge, un gran amigo, que creyó en mí fervientemente y me ayudó a llegar a donde estoy hoy, siempre dispuesto a colaborar en lo que necesitara. Muchos no saben todo lo que hizo por mí, pero yo lo recordaré siempre. ¡Gracias, C!



A mis mejores amigos, gracias por amarme por quien soy y hacer mis días infinitamente más alegres. Me han escuchado cuando más lo necesitaba y me han brindado los mejores consejos que recordaré jamás; son mi roca, a quienes acudo en momentos de dificultad, y con quienes siempre desearé compartir mi felicidad. ¡Los adoro! Amigos como ustedes son sumamente difíciles de encontrar.

Y a mis queridos lectores, que se merecen todo lo bueno en esta vida por la paciencia y el apoyo desmesurado que me han brindado a través de los años. Sus muestras de cariño son más de lo que creo merecer, y jamás lograré expresarles lo agradecida que estoy con ustedes.



ÍNDICE

Capítulo I	<i>Madefine</i>	11
Capítulo II	<i>Madefine</i>	31
Capítulo III	<i>Madefine</i>	53
Capítulo IV	<i>Maximilian</i>	67
Capítulo V	<i>Madefine</i>	87
Capítulo VI	<i>Madefine</i>	115
Capítulo VII	<i>Madefine</i>	151
Capítulo VIII	<i>Madefine</i>	159
Capítulo IX	<i>Maximilian</i>	161
Capítulo X	<i>Madefine</i>	169
Capítulo XI	<i>Madefine</i>	213
Capítulo XII	<i>Madefine</i>	223
Capítulo XIII	<i>Maximilian</i>	247
Capítulo XIV	<i>Madefine</i>	267
Capítulo XV	<i>Madefine</i>	323
Capítulo XVI	<i>Michael</i>	373
Capítulo XVII	<i>Madefine</i>	391
Capítulo XVIII	<i>Madefine</i>	413
Capítulo XIX	<i>Maximilian</i>	457
Capítulo XX	<i>Madefine</i>	475
Epílogo	<i>Madefine</i>	497



*Este libro quiero dedicarlo
a Erick y Emmanuel, los dos amores de mi vida*



Madeline

CAPÍTULO I

Cuando el avión despegó, cerré los ojos de tal manera que se fundirían con mi cerebro. Mi estómago no se quedaba quieto, las náuseas hicieron acto de presencia inmediatamente y creo que mi rostro se puso verde.

Entonces, me embargó algo peor: dolor. Era como si cada tejido de mi corazón decidiera romperse. La presión en mi pecho me recordaba los episodios asmáticos de los que era víctima cuando niña, solo que ahora era mucho peor pues sabía que la molestia no desaparecería con cuidados médicos.

Los doctores no pueden arreglar un corazón roto. El tiempo tampoco lo cura. El olvido sí, pero no es fácil olvidar a la persona que imaginaste por siempre junto a ti.

Una de las peores torturas se encuentra inherente a la naturaleza humana. La imaginación puede elevarte o derrumbarte según tu estado emocional; mientras el corazón sufre por un dolor verdadero, la mente se retuerce ante los malos pensamientos. Y yo me encontraba en medio, con la mirada clavada en la nada y decenas de lágrimas corriendo.

La azafata me preguntó si me encontraba bien. Le dije que era mi primera vez volando. No le dije que era mi primera vez volando, pero que mi corazón se estaba hundiendo.

Él apareció en mi vida como si fuese hecho para mí, de tal manera que fuera imposible no enamorarme. La culpa la tiene la inocencia de la juventud, me digo, fue culpa de mi necesidad de

una historia de amor. Creía que enamorarme me haría feliz, que los problemas palidecerían ante ello.

Y tuve razón, nada podría ser peor que esto.

Cuando aterrizamos me encontraba débil. Sabía que mi rostro aparentaba enfermedad e irónicamente reflejaba cómo me sentía por dentro. Al parecer todos mis sueños de pequeña no importaban tanto como el idiota que fue mi primer amor y que estuvo en mí por mucho menos tiempo.

Me parecía increíble cómo aparecían más lágrimas después de tantas que había derramado; tal vez cada gota fuera un pequeño recuerdo haciendo su camino fuera, pues me lastimaría si permanecía dentro. Aunque si ese fuera el caso, para este momento lo habría olvidado por completo.

Ahora mismo la cabeza me duele terriblemente y tengo las mejillas empapadas. Me siento cada vez más agotada y solo deseo poder arrancarme el corazón con las manos. Dios sabe que eso dolería mucho menos que los rumbos que están tomando mis pensamientos.

Mis nuevos tíos, Miranda y Jefferson, me sonríen cuando llegan con una hora y media de retraso a recogerme al aeropuerto. Se disculpan y es muy incómodo, apenas hablamos cuando guardan mis maletas. Agradezco que nadie pregunte por mis ojos hinchados y aspecto enfermizo, esperando que lo atribuyan al cansancio del vuelo.

Entonces, miro las calles de la ciudad y algo maravilloso sucede: me enderezo, el interés inunda mis ojos y entreabro la boca de asombro. Rascacielos brillantes como una bola de disco, autopistas abarrotadas de coches, personas caminando rápidamente para llegar a su destino.

Olvido todo lo demás y un solo pensamiento absorbe mi mente por completo: lo logré. Tanto trabajo duro, tanto agotamiento, tanto estrés. Todo valió la pena. La visión de tal logro

me roba el aliento por segundos indescriptibles, en los que el más virtuoso orgullo llena mi pecho.

¿Por qué demonios estaba llorando? Sí, duele, joder, quema, pero no vamos a volver y me queda toda una vida por delante. En algún momento, tendré que aceptar el dolor y ser uno con él, al menos hasta que desaparezca. ¿Por qué no empezar ahora? Necesito distraerme, necesito volver a ser yo; acelerar el proceso de curación. Si no, ¿qué más debería hacer? ¿Llorar en mi habitación hasta que un día despierte y mágicamente lo haya olvidado?

No, si él cree que puede olvidarme mientras yo sufro su ausencia está completamente equivocado. ¿Tan poco le importé que ni siquiera insistió? Yo era el amor de su vida, yo era todo lo que le importaba, pero cuando lancé la toalla él ni siquiera intentó atraparla. Cuando de verdad amas a alguien haces todo lo que está a tu alcance para no dejarlo ir.

No te vas a Brasil poco después de la ruptura y haces como si nunca hubiera pasado.

No se trata de verlo sufrir, no se trata de tenerlo rogándome por el resto de su vida, se trata de que nunca le importé tanto como decía. Eso es lo que más me duele: me mintió, viví meses engañada. Otra muesca, otra conquista, otro juego terminado. Sus palabras solo fueron eso, palabras, y cuando era el momento de demostrar su amor por mí ni siquiera lo intentó con todo lo que tenía.

¿Cuál es la mejor forma de ahogar la tristeza? Llénate de rabia. Entonces, él nunca me amó. Dos pueden jugar ese juego.



En el instante en que llego a mi cuarto temporal en casa de mis solitarios-tíos-clase-media-con-los-que-casi-no-hablo, saco la nueva laptop que me regaló Mark, mi padrastro, y me conecto

al Wi-Fi. Me quedaré en el campus cuando sea el momento, pero por ahora mi madre consiguió volverme huésped en la casa de estos parientes que ni siquiera sabía que tenía. De esos familiares de los que no sabes nada, nunca les hablaste, pero se vuelven los más unidos del mundo cuando alguno necesita algo del otro.

Hago oficial mi llegada posteándolo en Facebook, subo fotos de la ciudad que tomé con el celular —apenas tenga la oportunidad voy a conseguir uno nuevo, me digo a mí misma con enojo— y entro en la aplicación de Skype. No pasan diez segundos de cambiar mi estado a «Disponible» cuando me llega la invitación a una videollamada que estaba esperando.

—¡Hola! —alargan al mismo tiempo.

Rostros resplandecientes son lo primero que veo. Sonrío con un deje de tristeza y me acomodo mejor en la cama, con la portátil en el regazo.

—Sé que no pueden vivir sin mí. ¡Apenas han pasado unas horas!

—No te creas con tanta suerte, Madeline —contesta Liz, del lado izquierdo de la pantalla—, solo llamaba para comprobar que no me has secuestrado a Nicolás. —Finge observar con cuidado cada milímetro de mi habitación captado por la webcam—. Listo, chicas, despejado. Pueden cortar.

—Oye, no me ames tanto —murmuro, riendo. Se siente extraño, como si no hubiera reído en mucho tiempo—. Y, tranquila, él vendrá para acá solito en poco tiempo.

Nicolás vendrá en tres días más o menos. No se quedará en el campus pues ha conseguido un departamento amueblado cerca, aunque no nos quiso explicar cómo. Me parece extraño, pues necesitaba una beca para venir aquí ¿pero sí puede costearse un departamento? No estoy diciendo que no pueda pagarlo, pero... ¿La familia de Nico es adinerada? ¿Clase media? Nunca hemos hablado a fondo de su vida familiar...

—Uhhh, Lizzie —canturrea Fia, volviéndome a la realidad, su rostro en medio de los otros dos—, recuerda que Maddie está disponible y Nico y ella son grandes..., ejem..., amigos.

Liz frunce el ceño.

—Tú, más te vale no tocarle un pelo a mi chico o...

—¿O...? —la provoco.

Sonríe y se acerca hasta que solo se ven sus largas pestañas, ojos oscuros y la piel blanca alrededor de ellos.

—...o yo me encargo de darle a Alex tu nuevo número de teléfono.

Mariela —que está del lado derecho— comienza a reír. Ríe y ríe la muy desgraciada. Felicia la empuja de la silla causando que caiga al suelo, pero puedo ver su cabello cubriéndole el rostro mientras sus carcajadas y las de las otras chicas aumentan.

Las extraño y no ha pasado un solo día.

Mari se recompone y vuelve a tomar asiento. Algo en sus ojos que me hace tragar duro.

—Maddie, te extraño —susurra mirando hacia abajo.

Sucede un rápido cambio de humor en el ambiente. Felicia y Elizabeth comparten una mirada dolida y preocupada. Al final también agachan la cabeza.

Tomo aire con lentitud, me obligo a no llorar más.

—Yo también, chicas. Las amo, ¿saben? Y espero que me mantengan al día de todas las locuras que hagan en la universidad.

—Iremos las tres a la misma, una muy cercana a la de Maximilian. —Me tenso y Felicia lo nota de inmediato—. ¡Perdón! Diablos, olvidé que él y tú habían... —su voz se va apagando hasta dejar la frase incompleta. Carraspea.

—¿No te ha llamado? —se aventura a preguntar Liz.

—No. Ni una sola vez. —Sí, podría decirse que mi tono está entre dolido y molesto—. Pero mejor así. No quiero saber nada más de él. —Bajo la voz todo lo posible, mirando hacia cualquier parte, y farfullo—: Ojalá alguna prostituta de pechos gigantes le pegue una ETS.

—¿Despecho? ¿Dónde? —bufa Liz—. ¿No que maduraste?

—Ese cuento de que se fue me suena muy raro —Felicia está divagando despacio, sumida en sus pensamientos—. Después de toda la lata que dio para que estuvieran juntos, todo lo que hizo... Luego deja de insistir y se larga. Una actitud no calza con la otra, ¿entienden? Es como si fueran dos hombres diferentes.

—No pienses tanto —suplica Liz a Fia—, vas a provocar un incendio.

Felicia la taladra con los ojos mientras le muestra la delicada manicura francesa de su dedo del medio. Río con deleite. Elizabeth, quien siempre ha odiado que la reten, le pega un zape en la cabeza.

—¡Estúpida! ¡Mi pelo, idiota! —Fia se levanta y empuja a Liz por los hombros, embistiéndola hasta que ambas desaparecen de mi campo de visión.

Mariela y yo las vemos con los ojos como pelotas, escuchando sus insultos y Mari teniendo el placer de disfrutar del espectáculo en vivo.

—¡Eres una zorra! —chilla Felicia—. ¡Si hubiera sido tu maestra te habría enviado a un convento!

Agarro el costado de mi portátil con los dedos tiesos y una carcajada atrapada en la garganta. Estas neuróticas caen al suelo, los golpes varían en intensidad, pero sigo sin verlas.

Lizzie gruñe una maldición y seguido se oye su grito:

—¡Eres una hija de Laura!

Felicia suelta una exclamación.

—¡Elizabeth, no te pases!

Felicia empuja a Lizzie y ambas caen en la cama frente a la webcam, donde comienzan a girar una sobre la otra y se tiran del cabello.

—¡Eres una Kate! —espeta Felicia.

—¡Tú una maldita prima de Shey! —se oye cómo choca piel contra piel.

¿Se están golpeando en serio? Mariela y yo nos encontramos completamente ensimismadas por el ring de boxeo en el que se convirtió la cama, cuando de repente se escucha una suave voz masculina:

—Eh... ¿Chicas?

El puño de Elizabeth se detiene a centímetros de la mejilla de Fia, y esta aleja sus afilados dientes del brazo de Liz. La lucha se congela en el aire. Todas volvemos la mirada a Nicolás, que observa a las guerreras con confusión en sus ojos azules.

Simultáneamente, por la macabra conexión tácita que solo parecen tener las amigas que se conocen desde hace años, ambas se levantan de la cama con almohadas en sus manos y se abalanzan sobre el rubio para comenzar a aporrearlo con ellas.

—¿Qué? Eh. No. Chicas. Oigan. ¡Ustedes necesitan un... Un... Un jod... Medicamento...!

—¡Hola, Nick! —saludo alegre, esperando que me note.

Aleja los antebrazos de su rostro y se coloca frente a la webcam para mirarme. Sonríe y abre la boca, pero Elizabeth le pega con gran impulso el almohadón en la espalda y Nicolás vuela de cara hacia la computadora, escuchándose de fondo los chillidos de Mariela para que no le caiga encima.

La pantalla se oscurece y aparece un mensaje: «Error de conexión».

Niego con la cabeza y cierro sesión. ¡Están totalmente desquiciados! Me comienzo a reír cuando recuerdo cómo se aporreaban Fia y Lizzie, y luego la caída de cara de Nico sobre el computador. Seguro que lo rompieron. Me río más fuerte y meto una almohada en mi boca porque es de noche, pero eso solo me produce más diversión.

Tomo el celular para enviarles un WhatsApp y preguntar si siguen «peleando» o si ya están bien, pero cuando desbloqueo el teléfono me encuentro directamente con mi fondo de pantalla: yo dándole un beso en la mejilla a Maximilian y él sonriendo a la cámara con sus ojos chispeando de alegría.

Trago el nudo en mi garganta y parpadeo varias veces para evitar las lágrimas. ¡Alto!, me enfurece llorar por alguien que no vale la pena. Yo solo lloro por lo que me importa, y tendré que obligarme a sacarlo de ese concepto.



Hace unas semanas fue mi cumpleaños y mañana empezamos clases. En mi cumpleaños hice una videollamada con mi madre y las chicas, pero eso fue todo. Mis dieciocho no fueron la gran cosa y mi madre lloró por no poder darme «la celebración que merecía», según ella. La verdad no me importa mucho pues es solo una edad y nada va a cambiar.

Nicolás me ayudó a llevar mis cosas a mi nueva habitación por lo que queda del año. Decir que estaba feliz era poco, me sentía radiante y emocionada pero al mismo tiempo tenía miedo de esta nueva etapa y lo diferente que podría ser a la educación de mi país. Entonces Nico me dio ánimos de sobra y me ayudó a instalarme. A veces juro que no merezco a ese chico.

Dijo que su despedida en el aeropuerto no fue muy diferente a la mía y que las chicas lo abrazaron mucho –casi no se

despega—, pero está feliz de encontrarse aquí. Pregunté por Liz y, bueno, según él, quedaron como amigos. Ambos se gustan, lo saben y reconocen que existen las relaciones a distancia, pero Nicolás dijo a Lizzie que quería centrarse en sus estudios por ahora. Eso me dolió hasta a mí. No me imagino cómo ella se habrá tomado su rechazo, pero he estado algo ocupada y no he podido hablar más con mis locas favoritas.

Comparto habitación con una chica agradable, Sophie. Hablamos lo necesario, y aunque ambas fuimos amables y nos presentamos, tampoco somos las mejores amigas. Temía que mi compañera fuera una pesadilla, pero veo que por ahora estaré a salvo. Ambas estamos en primer año, aunque ella sí nació aquí y es tan cotilla y entrometida como Felicia, por lo que conoce la historia de la ciudad de hito en hito.

Sophie se comportaba demasiado risueña con Nicolás, por lo que lo saqué de allí apenas terminamos de acomodar todo y le dije que me llevara a conocer su departamento. El muy maldito está como un rey, lo juro, y no me deja preguntarle cómo consiguió el sitio. Paredes de un tono terracota y amarillo hueso, pisos de cerámica, muebles de madera oscura. Cocina ya equipada, bañera, cama king size, televisor de sesenta y dos pulgadas, consola de videojuegos y un gigantesco equipo de sonido.

Este chico tiene una mina de oro y yo me siento muy, muy celosa, por lo que creo que me quedaré con él cada vez que pueda.

—Esto está increíble. —Me dejo caer en su cama con los brazos extendidos. Suelto un suspiro ante la comodidad del colchón—. Creo que me mudaré contigo, Nick, en serio.

Lo oigo reír desde algún lugar.

—Pues tendríamos que compartir cama porque no hay más cuartos.

—Tengo un muy mal dormir. —Por no decir que amanezco hecha un Pretzel y con las sábanas en el suelo.

Toma asiento en la orilla de la cama, frente a la TV, y yo me acomodo a su lado. Se inclina hacia el mueble bajo la pantalla y toma muchos DVDS que comienza a ojear.

—¿Qué película quieres ver?

Es interrumpido por mi celular sonando desde algún punto del salón. Corro y lo atiendo, pero antes de acercarlo a mi oído y hablar, molesto un poco a mi rubio favorito diciendo:

—¡Apúrate con eso, bebé! Por hoy lo que tú quieras, pero debe durar más que la vez anterior.

El rubio me guiña el ojo.

—No te escuché quejarte demasiado la última vez, nena.

—La última vez me gustó, pero no es a lo que estoy acostumbrada, ya sabes, lo prefiero todo más suave y romántico, menos brutal. —Entonces recuerdo que sostengo mi teléfono y me apresuro a responder—. ¿Hola?

—Madeline —gruñe esa voz, áspera y grave. Se oye furioso.

Con tan solo oírlo decir mi nombre de esa forma, mi garganta se seca. Maximilian. Es él. ¡Es él! Dios mío. Trato de hablar, de decir cualquier cosa, pero me he quedado muda, sosteniendo el aparato contra mi oreja en un estado puro de perplejidad.

Escuchó lo que le dije a Nick.

La llamada sigue pero no pronuncio palabra ni él tampoco. Yo casi no respiro, ahí mi problema. Convenientemente y porque el destino me odia, a Nicolás se le ocurra asomarse desde su habitación sosteniendo en alto una película y pregunta:

—¿Mad, no vienes? Estoy impaciente.

Del otro lado de la línea se escucha un gruñido y luego una maldición.

—Que lo disfruten. —Cuelga.

Me quedo unos segundos estática, asimilando lo que acaba de suceder. Max llamó y lo malinterpretó todo. Observo el celular en mi mano con atención, como si lo analizara, pero, en realidad, estoy en mi mundo pensando por qué me ha llamado. Nicolás se acerca y apoya con suavidad una mano en mi hombro, buscando mi mirada.

—Dios, nena, estás pálida. ¿Quién era?

—Maximilian —mascullo, mirándolo alarmada—. Nos escuchó. Cree que tú y yo...

La frase queda suspendida en el aire y sus ojos se abren con comprensión y luego caen con vergüenza.

—¡Lo siento, Mad, no sabía que era él!

Trago saliva. *Pedazo de estúpida, ¡débil! ¡Débil! Recuerda cuán fácilmente se olvidó de ti, ¿crees que le importaste demasiado? Él ya te superó, haz tú lo mismo.* Me obligo a sonreír.

—No pasa nada. No me importa que se enoje. —Bien, ni yo me creo eso. De pronto mis ánimos se encuentran por el suelo—. Creo que volveré al campus a preparar todo para mañana.

—Te llamaré un taxi. —Se dispone a buscar el teléfono, pero se detiene y murmura, bajando la mirada—: Perdóname, Mad-die. Si se molesta contigo será mi culpa. Juro que no sabía que era él.

—No, no, está bien. No me importa. ¿Sabes qué? Mejor vayamos a ver esa película. Mis cosas están listas desde hace mucho.

—¿Segura?

—Sabes que sí. —Me acerco y lo abrazo. Murmuro, siendo aplastada contra su pecho—: Te quiero, rubio. No te preocupes. Él y yo ya no estamos juntos.

Suspira y me da un beso en el pelo.

—Bien, vayamos a ver esa película. Y no te sofoques, en la universidad verás cómo lo vas olvidando poco a poco. —Me separa de su pecho pero me mantiene cerca con sus manos en mis hombros—. Cuando estés ocupada con proyectos y exámenes, lo olvidarás.

Hago una mueca.

—Eso espero. Ya veremos qué ocurre mañana.

No puedo concentrarme. Nicolás y yo estamos acostados en su cama, tranquilos y con el televisor reproduciendo una película de terror. En otra ocasión me habría negado rotundamente, pero estoy tan distraída que cuando me preguntó simplemente asentí, abrazando un almohadón contra mi pecho. Nick se acostó a mi lado luego de apagar la luz y quitarse los zapatos.

Miro fijamente la gran pantalla frente a mí, donde siluetas de personas practican un exorcismo, pero mi cabeza está en otro lugar donde unos ojos azules me miran y una sonrisa llena de amor me deslumbra..

Desde hace un año todas mis distracciones son por causa de Kersey. No debería sorprenderme.

¿Qué quería? ¿Qué me iba a decir? ¿Habría conseguido novia en Brasil? ¿Alguna zorra estaba en sus piernas y le dijo que me llamara para restregarme en la cara que ya no es mío? Mis pensamientos vuelan, me voy tensando a cada segundo que pasa y una nueva y desagradable idea me ronda la cabeza: ¿Y si se volvió a enamorarse?

—¿Maddie?

La voz de Nico tira de mí al aquí y ahora. Volteo bruscamente mi cabeza hacia él, que se ha sentado en la cama y me mira con cautela. El televisor reproduce los créditos de la película que no vi.

—Nena, ¿qué pasa? —pregunta con voz de seda, acariciando suavemente mi mejilla—. Desde hace un rato estás gruñendo y presionas tan fuerte la almohada que tienes los dedos morados.

Bajo la vista a mi regazo, donde ambas manos están presionando el almohadón con si fuera el cuello de alguien a quien deseo desaparecer.

—Supongo que estaba pensando en algo que me molestó.

—¿Maximilian?

—Algo así.

—¿Maximilian con otra en Brasil? —insiste, con una pequeña sonrisa.

—Sí —admito, resoplando.

—Nena, ven.

Coloca la espalda contra el cabezal de la cama y yo me abrazo a él con el rostro apoyado en su hombro, aspirando su aroma; cuando descubrí que olía a chocolate me burlé de él como por tres días, pero nunca le mencioné lo apetecible que resulta su olor. «Dan ganas de comérselo, ¿saben?», Lizzie no dejaba de decirnos eso todos los días.

Nos quedamos así un rato. Creo que él espera que me ponga a llorar, pero no sucede. Solo miro las cortinas con la mente en blanco, y de repente me invade el deseo de que no sea Nico el que me sostenga entre sus brazos, sino Max. Que juegue con mi pelo y me susurre con su deliciosa voz al oído cuánto me quiere.

—¡Demonios, lo estoy haciendo otra vez! —grito exasperada y me siento, restregando las manos por mi rostro—. No me lo puedo sacar de la cabeza, esto es una miseria.

La habitación queda en silencio; ni siquiera me percaté cuando Nick apagó el televisor. Entonces, se levanta y lo observo sentarse en la orilla de la cama para ponerse los zapatos.

—¿Adónde vas? —cuestiono.

—Te voy a llevar a *La Maison du Chocolate* y no nos vamos a ir hasta que te saques a Kersey de la cabeza y llenes el espacio sobrante con helado.

Me obligo a sonreír.

—Es tarde.

—No está tan lejos —murmura mientras se coloca la otra zapatilla—. Anda, levántate, no te quiero ver mal.

Solo porque es helado y necesito con desesperación una buena dosis, me pongo en pie, me acomodo la ropa y me arreglo la coleta frente al espejo del baño de su habitación.

—¿Cómo sabes de esa heladería?

—Pasé frente a ella cuando recorría la ciudad hace unos días y me llamó la atención. Vamos, apresúrate.

Salimos de su departamento. Miro alrededor donde una noche helada ha caído, pero aun así hay muchísima gente transitando, los locales abiertos desprenden luces brillantes y parece que, sin importar la hora, el sonido de los vehículos opaca todo lo demás.

—Aquí nadie duerme —suspiro, embelesada.

—Es Manhattan, Mad.

Comienza a caminar con las manos en los bolsillos de su chaqueta y me apresuro a ponerme a su lado. Esquivamos algunas personas vestidas con abrigos de colores, chaquetas de invierno, gorros de lana y guantes. Tuerzo el gesto. Debería ir a comprarme algunos abrigos grandes y peludos, como los de las señoras que acabamos de pasar. Esta noche sopla un viento que quema.

Mis mejillas están algo sonrosadas y no siento la punta de mi nariz. Inesperadamente, me da risa. Nick me sonrío de soslayo y me presiona a su costado para intentar darme algo de

calor. Caminamos por varios minutos con ruidosos cláxones acompañándonos, cruzamos varias calles y el flujo de gente va disminuyendo poco a poco.

El lugar no queda tan cerca como aseguró.

Por fin llegamos a un gran local con luces de neón: «La Maison du Chocolate». Al parecer no hay suficientes maneras de lastimarme, por lo que existe la ironía.



Salimos entre risas horas más tarde y, a pesar de mi tos, no me arrepiento de comer helado en una noche de invierno.

Cuando me encuentro con una calle visiblemente más solitaria, con menos luces y el volumen de sonido prácticamente inexistente, toda expresión alegre se borra. Mañana tenemos clases y no hay un alma transitando por aquí.

Ni siquiera me atrevo a consultar la hora. Tiro de Nicolás y nos apresuramos a buscar la calle principal, ahora tomar un taxi es una necesidad. Más de la mitad de los negocios de esta calle están cerrados, la luz amarillenta de las farolas resulta más fantasmal que reconfortante. El frío que sopla y arrastra la basura por las aceras comienza a congelar mi alma con ese silbido espeluznante.

Algo dentro de mí se retuerce pero hago lo posible por ignorarlo. Tengo la sensación de estar siendo observada, momentos de paranoia en los que miras sobre tu hombro pero no hay absolutamente nada más que el espesor de la noche más oscura.

Involuntariamente me tenso. Nicolás va en su mundo, mirando hacia el frente. Le sigo el paso con el terror consumiendo cada centímetro de mi cuerpo. La maldita sensación no se va. Estoy segura de que alguien tiene sus ojos clavados en mi espalda, pero por más que veo hacia atrás no observo nada sospechoso.

Recuerdo que mi madre me advirtió mil veces que esta era una ciudad peligrosa, que no saliera de noche. Puede decirse que comienzo a entrar en pánico. Todos mis sentidos están alerta, preparados para gritar o salir corriendo.

Escucho unos pasos detrás de nosotros. Me vuelvo brusca-mente y no observo nada.

—¿Escuchaste eso? —susurro a Nico.

Me da una rápida mirada.

—¿Escuchar qué?

Trago saliva y seguimos caminando. Se siguen oyendo los mismos pasos detrás pero me obligo a no voltear, con los vellos de mis brazos erizándose. Escucho el latido de mi corazón re-tumbando contra mi pecho y sus repercusiones sacudiendo mi cabeza. No puedo evitarlo y vuelvo a mirar atrás, pero esta vez es diferente a las demás y me encuentro con una silueta oscura caminando con paso rápido hacia nosotros.

Siento el corazón en la boca y los ojos se me llenan de lágrimas.

—Nos están siguiendo.

Nicolás abre mucho los ojos y mira hacia atrás disimulada-mente, luego traga duro. Mi labio inferior comienza a temblar y me giro para encontrar al espectro cada vez más cerca de no-sotros. La figura vestida de negro se camufla fácilmente con la oscuridad, sus botas de motociclista son lo único que perceptible aparte de mi errática respiración.

Cuando llegamos a una esquina, oigo a Nico susurrar:

—Camina lo más rápido que puedas, debe haber algún local abierto.

Asiento y comenzamos acelerando el paso, pero un segundo después alguien envuelve un brazo en mi cintura y tiran de mí

hasta que mi espalda choca contra un gran pecho. Antes de que siquiera piense en gritar, su mano me cubre la boca. La sangre en mis venas se congela a la misma temperatura que el exterior y suelto un grito que ni siquiera yo llego a escuchar.

Nicolás no se percata y continúa caminando. Las lágrimas que estaba reteniendo caen sobre la mano del hombre y comienzo a sollozar, apenas un sonido ahogado en el solitario lugar.

Todo sucede en cuestión de segundos. Me sostiene firmemente, sin permitirme respirar. Acerca sus labios a mi oído. Un escalofrío horrible me recorre la espina dorsal mientras su voz áspera me dice:

—No puedes salir a las calles tan tarde. Es peligroso.

Luego me suelta de golpe, provocando que caiga de rodillas, sollozando sin parar. Lo oigo alejarse y me abrazo a mí misma mientras lloro. Eso ha sido horrible. Creí que me mataría para robarme. No entiendo nada. ¿Quién era él?

Justo en ese momento un preocupado Nicolás se devuelve por mí y comienza a decirme cosas apresuradamente mientras abraza mi cuerpo en el suelo.



—Te dejaron un paquete —es lo primero que escucho al abrir la puerta de la habitación.

Estoy exhausta y emocionalmente perturbada, tan solo quiero acurrucarme en la cama. Son más de las nueve y Sophie está sentada con el ordenador en su regazo, un moño desordenado y gafas negras de pasta gruesa.

Me indica con la barbilla la caja de cartón sobre mis sábanas.

—Te lo dejaron luego de que te fuiste con tu amigo.

Sin decir nada camino hasta mi cama, deshaciéndome de mis zapatos en el proceso. Me duelen todos y cada uno de los músculos del cuerpo, además de los pies por la larga caminata. Convencí a Nicolás de que estaba bien y que necesitaba regresar al dormitorio, no ir a ninguna estación de policía u hospital.

Me siento en la orilla y tomo el paquete. No dice remitente ni tiene estampillas, es solo una caja marrón. Quito la tapa y saco lo que hay dentro: primero encuentro un kit de sábanas y fundas para almohadas, luego un almohadón pequeño. Esto tiene que haberlo enviado mi madre. También saco de adentro una caja diminuta, de terciopelo azul, que me resulta tan perturbadoramente familiar como para hacerme soltarla de golpe y que caiga al suelo.

Entonces encuentro una nota al fondo del paquete.

Cariño:

Sé que mañana es tu primer día en la universidad. Eres inteligente, astuta, perseverante y capaz. Sabes que cada cosa que te has propuesto la has conseguido, y esto no será la excepción. Todos creemos en ti, deberías hacerlo tú también.

Te he mandado algunas cosas para que me recuerdes, además de un pequeño detalle por tu cumpleaños. Es una lástima no haberlo celebrado contigo, pero estoy seguro de que mi regalo se verá precioso en ti.

Luego te llamaré para confirmar que te ha llegado el envío.

Nos vemos pronto, mi angelito.

MAKMx

Leo la carta de nuevo.

Otra vez.

Lo primero que pienso es que por eso llamó. Entonces, miro el cobertor que me envió y los ponies de colores para niñas de

cinco años me hacen esbozar una sonrisa agridulce. El recuerdo de nuestra última salida al cine se reproduce en mi mente y presiono los párpados con fuerza para no llorar.

Busco la pequeña almohada negra y le doy la vuelta, encontrándome con la misma fotografía que yo destrocé en mi habitación en un arrebato de furia hace muchísimos meses atrás, de él abrazándome en un parque de atracciones.

Él pretende que viva con su recuerdo siempre. ¿Cuán egoísta es eso? ¿Es tan insensible como para querer que no siga adelante?

Entonces abro la caja de terciopelo azul y contengo el aliento.

Son dos pendientes pequeños. Oro blanco bordea un zafiro con forma de media luna. No puedo respirar, por más que lo intento. Son preciosos. El azul del zafiro brilla delicadamente cuando lo sostengo en alto, y de forma irremediable recuerdo su mirada. Es el tono exacto, con el mismo resplandor que me hace amarla. Estoy segura de que lo ha hecho adrede para que no pueda evitar pensar en él cada vez que los mire.

Entonces todo a mi alrededor se detiene.

¿Él dijo que nos veremos pronto?



Madeline

CAPÍTULO II

Oficialmente es mi primer día como chica universitaria.

Noté dos cosas: mi primera clase es tarde, cosa que me viene bien puesto que me costó demasiado conciliar el sueño anoche, y la segunda, que mi primera clase es, efectivamente, Francés. ¿Había mencionado antes que la vida realmente tiene un perverso sentido del humor? Pero en este caso fue mi decisión, pues desde el año pasado supe que tendría que escoger esa materia como complementaria si quería desenvolverme bien en el idioma.

Tuve que pedirle a Sophie que me escolte al edificio que corresponde puesto que el campus es como cinco veces un estadio de fútbol y yo me hallo totalmente desorientada. Nico dijo que me esperaría allí para saludarme y luego iría a su siguiente clase. Este lugar consta de grandes edificios situados estratégicamente, en el espacio que queda disponible hay jardines bien cuidados con impresionantes flores y algunas fuentes. El diseño de algunos edificios me recuerda al arte grecorromano pero estoy segura de que en su interior es moderno y rentable.

Aunque me encuentro ansiosa, otra parte de mí está dando saltitos de anticipación. Este es mi sueño.

Cuando transitamos por la acera frente al estacionamiento de la universidad, puedo escuchar el ruido ensordecedor de motocicletas volviéndose cada vez más fuerte a medida que se acercan a nosotras. Sophie se detiene instantáneamente en el camino de piedra frente al asfalto y permanece mirando el estacionamiento,

ansiosa, como esperando algo, al igual que las otras chicas. Hago lo mismo por puro reflejo, sintiendo curiosidad por qué las ha cautivado.

Observo cómo el enorme portón negro de la universidad se abre y da paso a cuatro motocicletas que ingresan en fila. Debo cubrir mis oídos con las manos pues sus motores rujen tan fuerte que me aturden. De repente, hay docenas de chicas a mi alrededor empujándome, dándome codazos. Joder, ¿cuándo llegaron? ¿Qué está pasando?

Los cuatro motociclistas conducen en círculo sobre el asfalto en perfecta sincronización y con una disciplina envidiable. Luego, tres de ellos rompen la circunferencia y se estacionan uno junto al otro dentro de las líneas blancas, de cara a nosotras, con segundos de diferencia.

El conductor de la motocicleta restante se apoya en la llanta trasera, con la delantera apuntando al cielo brillante, y comienza a dar rápidas vueltas sobre su eje. Mientras lo hace, los chicos estacionados aceleran sus motores una y otra vez, causando que salga humo negro del asfalto y mis oídos amenacen con sangrar. Las chicas sueltan gritos ahogados, extasiadas con el espectáculo, hasta que el último chico pone la llanta delantera en tierra y se estaciona junto a los demás.

Al mismo tiempo, los cuatro motorizados se apean y se quitan el casco. Chillidos hacen acto de presencia cuando resultan ser cuatro chicos demasiado guapos para que les sea permitido andar juntos y causar tal impresión. La imagen humedece las bragas de la mitad de la población femenina de Columbia con un suspiro soñador. Todos ellos visten pantalones caídos, camisetas negras, chaquetas de cuero y al vernos nos sonríen y otros hasta nos guiñan.

Todas las féminas, con excepción de Sophie y yo, abandonan la acerca y cada una se aproxima a su motorizado favorito. Creo que han olvidado completamente que se dirigían a clase.

—¿Quiénes son? —pregunto a Sophie, quien mira la escena con anhelo pero no mueve un pie.

—Ellos cuatro... —suelta un suspiro soñador que me hace arquear una ceja—... son The Dead.

—Explícate, por favor.

—Verás, esos ardientes cuatro chicos forman una de las pandillas más importantes de la ciudad: The Dead. En Nueva York no hay una sola chica con ovarios que no se muera por ellos.

—¿Me estás queriendo decir que esos cuatro jóvenes son asesinos, matones y/o narcotraficantes?

—¡Baja la voz! —espeta, mirándome seria—. No te estoy mintiendo. Dicen que están desde jóvenes en esto, que han cometido numerosos asesinatos pero nadie ha logrado atraparlos, pues cuando hay pruebas simplemente hallan la manera de hacerlas desaparecer.

—¿Entiendes que lo que me estás diciendo es lo típico de una novela adolescente?

Si yo creía que esta chica estaba loca, acabo de comprobar que está completamente chalada.

—¡No miento! Son conocidos por sus carreras clandestinas, también. A determinada hora de la noche, si sales, puede que te encuentres con ellos. Ellos dominan la ciudad, Madeline. Te estoy hablando completamente en serio. Lo que tienen de atractivos lo tienen de peligrosos, por eso estoy esforzándome en no saltar sobre sus huesos en este momento, pero es un trabajo difícil.

Sacudo la cabeza, sin poder creer que toda esta gente sea tan idiota de hacer caso a esas patrañas.

De izquierda a derecha, los dos primeros chicos están rodeados de mujeres y las toquetean, las besan y sueltan carcajadas despreocupadas, ambos apoyados tranquilamente en sus motocicletas. El tercero está apoyado en su Ducati también, pero

las mujeres lo miran desde lejos mientras él enciende un cigarrillo y lo aspira con la mirada perdida.

Cuando vuelvo la vista al cuarto motorizado, el último que se estacionó luego del espectáculo, entreabro los labios y no respiro por un minuto. Su cabello es castaño claro, totalmente rebelde; su rostro como de un maldito ángel. Mantiene una pose despreocupada contra su moto y el casco en su brazo derecho. Los otros eran guapos, pero este hombre te hace detener y te obliga a detallar cada facción de su rostro. Las chicas también se mantienen lejos de él, tan solo mirándolo con ojos brillantes, como si estar cerca pudiese ser peligroso.

El chico debe sentir mi mirada escrutadora porque gira la cabeza en mi dirección.

Al contrario de Maximilian, sus ojos son celestes, muy claros, pero cuando me mira me perturba la malicia que veo en ellos. Es como si dentro de esos ojos color cielo estuvieran enmarañados recuerdos de acontecimientos tan escalofriantes que tu corazón deja de latir. Miras a ese chico y tu cuerpo se llena de terror.

Quisiera correr y que deje de mirarme como lo está haciendo. Él no entiende el temor que transmite su fría observación. Tengo la sensación de que si me fijara bien podría observar en sus ojos personas agonizando, gritos, sollozos, sangre y dolor. Como si lo miraras y a la vez sintieras que te quemas y quieres salir corriendo, pero te da tanto miedo que ya ni siquiera sientes los pies.

—Madeline. ¡Oye! ¿Qué te pasa? —Poco a poco dejo de observarlo para encontrarme con el preocupado rostro de Sophie, que me ha estado zarandeando por los hombros desde hace rato—. ¿Estás bien? Tienes la mirada perdida. Estás pálida.

Sacudo la cabeza. Siento como si estuviera en una especie de sueño. Nada de lo que pasa desde anoche se siente real.

—Ese chico me está mirando fijamente. Es como si me analizara o intentara poseer mi alma. Da miedo —trato de que suene medio en broma, aunque mi tono tenso no lo logra.

Ella le da una rápida mirada y vuelve a susurrar:

—Es Risk, él dirige *The Dead*. Es muy sexy, de veras que sí, pero ninguna tiene los suficientes ovarios como para acercarse a él. Dicen que todos matan, sí, pero también dicen que él tiene menos escrúpulos y hace lo que sea para conseguir lo que quiere.

¿Cómo alguien con cara de ángel podría ser un asesino despiadado?

—¿Y quién es el otro? El callado que parece que viene de un funeral.

—Ese es Craig, el mejor amigo de Risk. Es muy misterioso y casi no habla, por lo que se mantienen alejadas de él.

—¿Risk? —arquea una ceja—. ¿Ese es su verdadero nombre?

—Es su apodo. Casi nadie lo llama por su nombre.

Trato de obviar los ojos celestes de Risk aún analizándome, pues me perturban a niveles que mi subconsciente no logra entender.

—Si son criminales, ¿por qué vienen a la universidad?

—Ya te dije que nadie nunca ha podido culparlos ni encararlos. Dicen que tienen muchas influencias por todos lados. Además, no son estudiantes recurrentes, solo vienen cuando les apetece y aun así no entran a clase. La persona para la que trabajan se encarga de darle algo al decano para que no los eche.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás haciendo una broma de mal gusto?

—¡Lo juro! Son conocidos por toda la ciudad, Madeline, puedes preguntarle a cualquiera.

Me quedo callada un segundo.

—Esto es una estupidez. —Ya, lo dije—. Por favor, ¿podrías llevarme a clase? Estoy segura de que voy tarde.

Les da una última mirada anhelante pero hace lo que le digo sin rechistar. Cuando estamos lo suficientemente lejos del estacionamiento, miro sobre mi hombro para asegurarme de que el psicótico no me está mirando, pero me encuentro directamente con sus ojos. Odio que me den repasos tan descarados cómo lo está haciendo. Da miedo esa actitud suya de si-me-jodes-temato-no-me-importa-quién-cojones-seas y, acompañado de los chismes que me contó Sophie, lo mejor será mantenerme alejada de él sea un pandillero o no.

Los rayos del sol se reflejan en el plateado brillante de un vehículo en el costado del estacionamiento. No lo había notado antes. Casi se me salen los ojos cuando me doy cuenta de que es un Saleen plateado.

No, no puede ser, no. Todos los sucesos me han afectado y estar un gran rato bajo este intenso sol también. Ese no es un Saleen plateado... yo me lo estoy imaginando...

El tal Risk sigue mi mirada. Parece que conoce el vehículo, porque se levanta de la Ducati y, sin apartar su cautelosa mirada del auto, se acerca al tal Craig. Cuando Risk le habla, Craig bota el cigarrillo y junto al castaño caminan sigilosamente hacia el vehículo.

Suficiente para mí, dejo que Sophie siga tirando de mi brazo. Nicolás ya no se encuentra ahí cuando llegamos al gran edificio de Lenguas Extranjeras y eso solo me dice que he pasado mucho rato en el estacionamiento y tuvo que irse a clase.

Subimos los escalones. Justo cuando atravesamos la entrada del edificio, mi móvil comienza a vibrar. Sophie se detiene y me indica que suba a la segunda planta, luego se despide con un gesto de su mano y se dirige a su clase.

Saco el móvil mientras corro a la segunda planta. ¡No puedo creer que llegaré tarde a mi primera clase en la universidad!

—¿Qué? —espeto a quien sea que me está llamando, subiendo las escaleras rápidamente y tratando de no caer.

—Hola, cariño.

—¿Max? —me detengo en seco en el último escalón.

—¿Dónde estás?

Sacudo la cabeza, estupefacta. ¿Estaré soñando otra vez?

—Camino a clase. Voy tarde. ¿Por qué me lla...?

Cuelga.

Ni siquiera me molesto en preguntarme qué demonios le pasa. Corro por el amplio pasillo lleno de puertas cerradas buscando la que indique el salón con el número que corresponde.

Entonces choco con alguien y caigo sentada.

Suelto un gemido y tomo mi celular que cayó conmigo. Espero que no le haya pasado nada, pero me tengo que ir. A medida que me voy levantando, mi mirada asciende también y recorre el cuerpo de la persona frente a mí: vaqueros negros que envuelven centímetro a centímetro unas musculosas piernas. Sigo subiendo. Entonces, veo el bulto que genera su miembro. Por alguna razón me quedo mirando ese punto bajo el botón de su pantalón por una considerable cantidad de tiempo.

Se escucha una risa grave y mis mejillas se encienden cuando me percató de que estaba viendo su paquete fijamente.

—¡Lo lamento mucho!

Sin querer verle el rostro, totalmente avergonzada, lo esquivo y sigo corriendo con el bolso y celular en mano mientras busco la jodida aula. Al final del pasillo la veo, la penúltima, y cuando abro la puerta me topo con que el profesor no ha entrado aún. Todos están vueltos hacia atrás o sentados sobre las mesas, charlando animadamente.

Con la mirada baja, comienzo a buscar asiento antes de que llegue el profesor. ¿Es posible que todo esté lleno? Justo frente al escritorio hay un puesto que parece vacío, pero al acercarme encuentro un maletín de cuero negro sobre él. No hay más lugar. Decido esperar de pie al lado del escritorio a que llegue el profesor y me diga en dónde me acomodo.

Gran primer día.

Observo cómo todo el salón está ¿emocionado?, ¿excitado?, ¿perplejo? Parece que ha sucedido algo que está en boca de todos. Hablan y hablan sobre ello pero me encuentro tan desanimada por el comienzo de mi día que ni siquiera trato de entender lo que dicen. Mi mente recién libre de la bruma frenética de antes comienza a asimilar el hecho de que Maximilian me ha llamado otra vez. Cada palabra suya me hace ascender y caer al mismo tiempo; enturbia mi estado de ánimo mientras acelera mi corazón. ¿Acaso lo hace intencionalmente para molestarme?

Entonces, viene una idea loca a mi cabeza. ¿Será posible?

—*Bonjour, classe.*

¿Han vivido momentos en los que el tiempo se detiene? ¿Que ya no saben diferenciar la fantasía de la realidad? Escuchar esa voz, en vivo y en directo, me hace sentir como si hubiera vuelto al colegio y fuera la primera vez que lo vi en la entrada del salón. El tono grave y la fluidez con la que pronuncia las palabras me inducen en alguna especie de transe.

Desde la punta de los pies hasta los pómulos, cada músculo bajo mi piel se contrae involuntariamente al verlo entrar al aula. Confusión, sorpresa, incredulidad; tantas emociones juntas consiguen que mi estómago caiga en picada y sienta una especie de vértigo.

Se detiene frente a la clase y sigue hablando, tal vez presentándose, parece buscar algo con la mirada. Luego gira hacia mí,

de pie junto a su escritorio, y me sonrío arrebatadoramente, como si esperara encontrarme aquí, como si le encantase mi cara en este momento. Con una mano me agarro firmemente del borde del escritorio porque me comienzo a caer de lado.

No veo nada más, solo cómo él sonrío y me mira; no tengo la menor percepción del resto del mundo o si siguió girando. Con una rápida mirada me doy cuenta de que el resto de la clase está como yo: conmocionada por su aparición. No sé qué les pasa a los demás con Max para que actúen como si fuera Cristo reencarnado. Yo sí tengo motivos. Su mirada intensa incendia mis pobres células y comienzo a hiperventilar.

Él está aquí. No, no está en Brasil. Está aquí en Nueva York.

Me repito eso muchas veces en mi cabeza, sintiendo el color dejar mi rostro desencajado. Me sigo agarrando del escritorio porque a cada segundo que pasa y lo voy comprendiendo todo, estoy peligrosamente cerca de tocar el suelo.

Está aquí. Aquí. Aquí. Aquí.

Se acerca a mí muy lentamente, paso a paso, sin dejar de mirarme. No consigo tragar la ansiedad que me forma nudos en la garganta. Cuando está lo suficientemente cerca, se inclina un poco, y ronronea en su acento francés perfeccionado con el tiempo:

—Bienvenida a mi ciudad, cariño.

Con eso mi cerebro deja de funcionar y me dejo caer al suelo.

✿✿✿

—Vamos, despierta —murmuran reiteradas veces. Siento besos suaves siendo repartidos sobre la piel de mi rostro.

Hago caso y comienzo a levantar los párpados. Las primeras veces no puedo, pero poco a poco voy volviendo a la conciencia.

Mi cabeza duele terriblemente, pero queda en segundo plano cuando comienzo a darme de bruces contra la realidad.

Estoy sentada sobre el regazo de Maximilian Kersey, con mi rostro escondido en su cuello y mis débiles brazos rodeándolo. Su olor y el latido constante de su corazón parecen arrastrarme a otra realidad. No me atrevo a levantar la cabeza para mirarlo por miedo a estarlo imaginando.

—No puede ser —me escucho murmurar, mi voz tan rota que apenas la reconozco como mía—. No puedes ser tú.

—Madeline —dice mi nombre como si fuera una plegaria, una bendición y una tortura.

Mi corazón se retuerce dentro de mi pecho, duele tanto que pequeñas lágrimas comienzan a caer y me aferro a la tela de su camisa con fuerza. Temo que, si lo suelto, va a desaparecer, y mi corazón no soportaría dejarlo ir otra vez.

—Cariño... Dios, Madeline, cuánto te extrañé. —Me sostiene de igual manera, con mis manos temblorosas entre nuestros pechos—. Madeline... —inhala el aroma de mi cabello. Suena como si fuera a llorar también.

No logro comprender lo que siento. Mis emociones están ligadas unas a otras y apenas puedo diferenciar las causas del torbellino en mi interior. Mis lágrimas empapan su camisa y ni siquiera sé por qué estoy llorando. El impacto de verlo aquí, luego de romperme el corazón a mí misma alejándome de él y luego haciéndome comprender que nunca le importé y que jamás lo volvería a ver, es demasiado grande y mi cerebro comienza a asimilar la situación por partes.

Entonces, recuerdo que ya no estamos juntos. Y por más que mi cuerpo se resista y mis piernas sigan inestables, lo empujo hasta ponerme de pie frente a él, jadeando. No logro controlar los temblores en mis manos y mi visión está empañada, pero

nada se compara con el golpe que recibe mi corazón al recibir otra visión completa de él después de tanto tiempo.

Se pone de pie en un salto con el rostro alarmado, preocupado de que vaya a salir corriendo, pero se obliga a sí mismo a no acercarse. Lo veo tragar duro.

—Escúchame. No corras, cariño. Madeline... ¿Por qué retrocedes?

—Me hiciste daño —logro pronunciar a pesar del nudo en mi garganta—. Ya no estamos juntos. Y, ¿cómo es posible que estés aquí? No entiendo nada, Max... Joder... —Me paso las manos por el cabello suelto. No sé en qué momento me quitó la coleta—. Tengo que estar soñando otra vez... Maldita sea...

Antes de que pueda dar otro paso atrás, acuna mi rostro con sus manos y pega nuestras frentes. Su aliento sobre mis labios me hace cerrar los ojos y no puedo evitar soltar un sollozo.

—Estoy aquí, estoy contigo —masculla con pasión—. Te dije que te amaba, Madeline. Te amo con cada fibra de mi ser. Nunca te dejaré ir.

—Esto no está pasando —vuelvo a sollozar—. Tú te largaste a Brasil.

—Mentí. —Abro los ojos y miro su media sonrisa. Sus ojos brillan tanto como los pendientes que me regaló—. Sorpresa, cariño, nunca me fui.

—Tú... —me alejo de su contacto y lo miro con el rostro lloroso y desencajado—... ¿te quedarás aquí?

—Siempre que sea aquí donde tú estés.

Cubro mi boca con el puño para evitar volver a sollozar, mi mirada vagando por cada rincón del salón vacío, sin atreverme a mirarlo. Si esto es una mentira, voy a sufrir demasiado. El aleteo de mi corazón ante su declaración solo evidencia lo vulnerable que soy ante este hombre y el daño que podría hacerme.

—¿Quién te dijo que estaba aquí? ¿En verdad te mudarás a Nueva York? Si esto es una mentira, Maximilian... —rechino los dientes, incapaz de continuar ante la furia que repentinamente siento en el interior.

—Tu madre me lo dijo, Madeline. Me dijo que vendrías a estudiar aquí. ¿Cuándo me lo dirías tú? —El dolor en su voz me hace apretar los párpados con fuerza—. ¿Durante la mayor parte de nuestra relación supiste que te irías y no pensabas decírmelo? ¡Aprovechaste el beso de Laura para tener una excusa y abandonarme!

—¡Estaba protegiéndote! —me escucho gritar, encarándolo—. Todas esas semanas, no sabes cómo me devoraba la culpa... Te amo tanto, Maximilian... —sus ojos se suavizan ante mi declaración. Debo controlarme para no volver a llorar—. Te amo tanto que no me importó dejar que la culpa me carcomiera durante tanto tiempo con tal de evitarte el dolor de saber que me iría.

—Una palabra tuya y te acompañaría hasta el fin del mundo. ¿Acaso mi cariño no te pareció lo suficientemente fuerte como para creer que te abandonaría?

Mis labios tiemblan, mis ojos escuecen, pero me mantengo firme ante esa mirada tan bella y despiadada.

—Tu vida estaba hecha allá. Te fuiste de aquí por un motivo, Max. No te pediría abandonar todo lo que habías construido, todo por lo que habías trabajado tanto, para hacerte regresar al lugar del que apenas lograste escapar.

—¿Entonces debía lidiar con el dolor? —Da un paso adelante, su cuerpo irradia una furia desconocida—. ¿Debía resignarme a dejarte ir para poder vivir una vida en la que sería jodidamente infeliz? ¡Decidiste por mí!

—¡No quería hacerte daño!

—¡Decidiste por los dos! Y tu decisión fue que no valíamos la pena. —Su pecho se mueve irregularmente y aprieta las manos con fuerza, la mandíbula contrayéndose—: No nos creías capaces de superar este obstáculo, nunca creíste en nosotros en realidad.

Mi furia alcanza el nivel de la suya y doy zancadas hasta empujarle el pecho, pero ni se inmuta. Eso solo me enfurece más.

—Eres un imbécil. ¿Sabes por qué no nos creía capaces de tener una relación a distancia? Porque eres un mujeriego de mierda que en cuanto me diera la vuelta volvería a sus andanzas. ¡Si ni siquiera podía estar segura de tu fidelidad, menos habría creído posible que dejaras tu vida de lado para venir hasta acá!

Sus ojos se agrandan y veo la llamarada de una furia cruda detrás de ellos.

—Si crees que en algún momento yo podría traicionarte, entonces no me conociste en absoluto.

—¡Joder contigo, Maximilian! ¿Cómo podría vivir tranquila, sabiendo que estaba lejos de ti y que en cualquier momento buscarías a alguien para satisfacerte? Conseguirías mi reemplazo con solo parpadear. ¡Prefería romperme el corazón a mí misma dejándote, a que lo hicieras tú meses, sino días, más tarde!

Enrolla sus dedos entre las hebras de mi cabello y choca nuestras bocas juntas. Suelto un gemido desde lo más profundo de mi interior y clavo las uñas en sus hombros, tirándolo más cerca. Sus labios me juzgan y me torturan con furia, rápido y sin piedad, mientras caminamos hasta que mi cadera choca contra su escritorio.

Muerde mi labio inferior y tira de él, con su mano toma mi pierna y la enrosca en su cintura, acercándose hasta hacerme sentir lo excitado que está. Abro la boca para gemir y él adentra su lengua con avidez, barre todos sus papeles de la superficie del escritorio y me sienta.

—¡Deja de mentirme, joder! —brama, mientras comienza a devorar mi cuello. Hecho la cabeza hacia atrás, asiéndome de sus anchos hombros, perdida en la sensación—. Sabes que yo nunca te sería infiel. Te obligaste a creer eso. —Sus manos presionan con fuerza mis caderas, gruñendo—: No fuiste lo suficientemente valiente para contarme y solo buscaste excusas para no sentirte culpable.

—Max... —escondo la cabeza en su cuello, jadeando—. Lo lamento. Nunca fui capaz... de contártelo... Lo siento...

Él detiene su furiosa cometida y me mira. El dolor en los posos azules de sus ojos hace que toda la culpa que sentí hace meses vuelva a golpearme con fuerza. Intenté echarle la culpa a él por mi cobardía, y en el proceso terminé haciéndonos muchísimo más daño a los dos.

Tomo su rostro entre mis manos y trago saliva.

—Tienes razón —exhalo despacio—. Pero no podía hacerlo, Max, era incapaz. Si hubiera actuado de manera diferente... —Bajo la mirada, avergonzada, pero como castigo me obligo a subirla y dejar que vea todo lo débil que soy en el interior—: Perdóname.

Su mandíbula se contrae un par de veces y mantiene el rostro inexpresivo. Definitivamente la he jodido en grande. A veces me sorprendo a mí misma de lo estúpida que puedo llegar a ser. ¿Por qué parece que cuanto más intento protegernos, más daño nos hago? Si yo fuera él, no me dirigiría la palabra jamás. No lo merezco.

Entonces Maximilian sacude la cabeza y suspira:

—Eres una idiota, por tu culpa pasamos meses alejados cuando podría haberte enseñado la ciudad y disfrutar el resto de tus vacaciones contigo. —Con su dedo sube mi barbilla y me obliga a mirarlo—. Pero si estoy aquí es porque hace mucho tiempo

te perdoné, Madeline. Aun si decidieras romperme el corazón dos docenas de veces, yo siempre encontraría el modo de volverte a perdonar.

Abro la boca, sorprendida, pero no me permite contestar y vuelve a besarme. Esta vez sus labios no son castigadores, sino suaves, como me ha besado siempre. Cierro los ojos ante la sensación burbujeante en mi pecho y enrolló mis brazos en su cuello, acercándolo todo lo que es posible. Beso sus labios con toda delicadeza de la que soy capaz, tratando de transmitirle cuánto lo quiero y cuánto lo lamento.

De repente, sonrío en medio del beso. Sus manos se escabullen debajo de mi blusa y comienza a subirla, pasando sus atenciones a mi cuello. Jadeo ante la sensación de su piel cálida recorriéndome con suavidad, y me trata con tanto cuidado que me derrito entre sus brazos.

—No podemos hacer esto, estamos en el salón —apenas consigo pronunciar.

—Te desmayaste, los mandé a todos fuera y eché el cerrojo. Estamos al final del pasillo y ya acabaron todas las demás clases. Por supuesto que vamos a hacer esto aquí.

Maximilian se deshace de mi blusa y la arroja con fuerza al otro lado del aula. Sus grandes manos se apoderan de mis pechos y los amasa en círculos, haciéndome gemir su nombre. Gruñe en mi oído algo inteligible, estrujándome con deseo y empujando su dureza hasta rozarla con mi sexo de la misma forma circular. Apenas puedo respirar. Atrapo su cuerpo con mis piernas y conduzco su boca de nuevo a la mía.

Cuando le voy a quitar la camisa, se escucha una voz que me deja helada:

—Me dijeron que tenías los cojones de volver. Tenía que comprobarlo.

Max se gira bruscamente y trata de cubrir mi cuerpo con el suyo. Miro sobre su hombro al tal Risk apoyado casualmente en la puerta, girando en su dedo unas llaves. Nos mira, primero a mí y luego a Kersey.

La espalda de Maximilian se tensa bajo la camiseta, y escupe con asco:

—Aaron.

Él sonrío y, con paso depredador, se acerca y cierra la puerta.

—Hola, Crack.

Mi cuerpo pierde en un segundo el calor que Maximilian logró producirme en minutos. ¿Crack? ¿Quién demonios es Crack?

Aaron se detiene a unos centímetros de Maximilian, frente a frente, conmigo sobre el escritorio tratando de cubrir mi sostén.

—Creí que no volvería a verte, Maximilian. Escapaste como un marica y nadie supo nada más de ti.

—¿Marica? —bufa, pero se le nota la rabia—. Cierra la boca, pedazo de mierda, y lárgate de aquí.

Aaron me observa con esos ojos árticos e inevitablemente me encojo. Le oigo reír entre dientes.

—Oh, lamento haberte interrumpido. Vaya zorra, ¿no? —Me mira sobre el hombro de Maximilian despectivamente—: Se deja manosear por el profesor el primer día de clases. Veo que toda esa apariencia virginal es solo un disfraz.

En ese momento Maximilian utiliza una voz que te eriza los vellos del cuerpo. Contenida, grave, perturbadora. Una voz que jamás le había oído antes, y que espero jamás volver a oír, porque si Aaron me dio miedo con la mirada, cuando Maximilian habló pude haber entrado en pánico solo oyéndole pronunciar:

—¿Quieres morir?

Aaron ladea la cabeza y se acerca más, apenas unos centímetros más bajo que Max. La tensión es un ente físico en la habitación.

—¿Qué me harás, Crack? ¿Qué harás si me meto con ella? Recuerda que a ambos siempre nos gustaron los retos aunque, al parecer, ella dista mucho de ser uno.

—Sería una zorra si estuviera detrás de ti, pero tú eres el imbécil que asegura que se acostará conmigo. Tú eres el patético aquí.

Todos quedamos momentáneamente sorprendidos ante mi furioso arrebato.

Las aletas de la nariz de Risk se ensanchan ante su inhalación profunda. Sus ojos color cielo se oscurecen, mirándome; se nublan y sus pupilas se dilatan con furia. Este es uno de esos momentos en la vida que, por más que trates de borrarlo de tu mente, quedará marcado a fuego en tu memoria.

De su pantalón Aaron saca una pistola y apunta directamente a mi cabeza, cegado por una maldad que nunca había presenciado antes.

—Quiero que te atrevas a repetirme esas mismas palabras ahora.

En un movimiento casi imperceptible, Maximilian echa su brazo derecho hacia atrás y de la cinturilla de sus ajustados pantalones también saca un arma negra que un segundo después sostiene en alto hacia Aaron.

—Te metes con ella y te mato.

Mi corazón se detiene ante su amenaza pero luego late ferozmente cuando me doy cuenta, por su tono de voz tan contenido y afectado, de que Kersey sí es capaz de hacerlo.

Aaron ve el arma apuntando a su cabeza pero ni se inmuta, tan solo sonrío y, para nuestra sorpresa, guarda la suya.

—¿Aún cargas tu vieja Glock, Maximilian?

Él no responde.

—Tal vez los otros se olvidaron de ti por un par de billetes, pero yo sigo deseando enterrarte una bala en el pecho —cuenta al que apodan Risk, con una extraña actitud tranquila—. Sé que estás en Nueva York desde hace unas semanas, pero hasta ahora sales a la luz. ¿Por qué? —Sonríe de medio lado—. ¿Miedo de mí, tal vez?

Maximilian ríe sin pizca de gracia. Parece que de verdad quisiera tirar del gatillo y acabarlo allí mismo.

—No te tengo miedo, cabrón. Recuerda quién tenía la mejor puntería del grupo.

—Y la fama de mujeriego también. ¿Ella es otra? ¿Me la puedo tirar cuando termines?

A Maximilian se le escapa un gruñido y baja el arma despacio, en línea recta, hasta que llega a la zona genital de Aaron.

—Vuelve a hablar de Madeline así y te perforo un huevo, hijo de puta.

—No creo que quieras jalar ese gatillo si no quieres tener a toda la banda detrás de tu chica. —Aaron ladea la cabeza, sin importarle la Glock apuntada hacia él.

—No juegues conmigo, Risk. No juegues con mi paciencia. Tú nunca tuviste escrúpulos, pero yo nunca tuve miedo.

—Si está contigo significa que es parte del juego, Max —suelta una risa entre dientes—, el jueguito de rivalidad que empezamos hace unos años. —Su mirada celeste se centra en mí—. Se ve tan inocente...

—¡Ni siquiera la mires, maldición!

Risk suelta una risa amarga.

—Ella ya está en la mira, Crack. Madeline Ariana Cascadas Pedrante. Primer año. Una madre, dos hermanos. Vive en el campus, en la habitación 8D junto a Sophie Vega —lo dice todo sin dejar de mirar a Kersey y sin dudar en ninguna palabra, como si se supiera eso de memoria. Después agrega, con voz dura—: Lo sabemos todo sobre ella. Vamos, que lo sabemos todo sobre cada persona que entra en esta ciudad.

—Si alguno de tus malditos perros o tú le pone una...

—¿Quién dice que no lo hicimos ya? —le corta y yo me siento desfallecer—. Según me dijo Craig, ella tiene una cintura exquisita, pero llora mucho.

—¡Date por...!

—Y más te vale bajar el arma o esto se pondrá feo. Tengo un revólver y dos navajas. —Luego repite, con voz amenazante—: Ahora baja el arma, Kersey.

Max deja de apuntarlo poco a poco hasta que su brazo vuelve a estar a su costado, su cuerpo tiembla ante las oleadas de furia que lo recorren.

—Supongo que ya no eres el mismo valiente y cotizado Crack de hace años, Max. No sé cómo planeas protegerla de nosotros. Craig ya la asustó una vez, puedo mandarlo a terminar el trabajo. —Levanta su ceja, sin remordimiento—: O mejor puedo matarla yo mismo y decir que tuve el placer de follar el cuerpo de la chica del famoso Maximilian antes de asesinarla.

El chico sonrío como si fuera punto para él, pero un segundo después Maximilian utiliza la empuñadura del arma que aún posee en la mano y golpea con fuerza un costado de la cabeza de Aaron.

Risk cae al suelo del salón, inconsciente a los pies de su atacante.

—¡Max! —grito con el corazón desbocado por toda la situación.

Da una patada con su zapatilla al costado de Aaron, comprobando que no reaccionará por el momento, luego se gira hacia mí con una mirada oscura que me asusta más que Risk, más que las armas, más que nada.

—Madeline... —hasta su voz suena distinta ahora.

Sacudo la cabeza sin poder creerlo.

—¡Lo dejaste inconsciente! Joder... No entiendo nada, Max. ¡No entiendo nada! Ese tipo... ¿en verdad pertenece a una pandilla? Joder...

—Escucha...

—Por favor, dime que no es cierto. Esto no puede ser verdad. Tú... ¿eres igual a él? Maximilian, tú... ¿eres un delincuente? —ni siquiera puedo creer lo que acabo de pronunciar. Todo esto es increíblemente surrealista—. No, joder, ¡esto tiene que ser una puta broma! ¿Armas? ¿Desde cuándo tienes una? ¿Has cargado un arma desde que te conocí? —Me mira sin atreverse a decir nada. Eso solo me enloquece aún más—. ¡Maldita sea, responde! —Golpeo su pecho—. ¡Ustedes dos acaban de apuntarse justo frente a mí! ¡Parece que ibas a matarlo!

—No iba a hacerlo —pronuncia con dificultad—. Lamento que hayas visto eso, Madeline...

—¡Su cuerpo está en el suelo! ¿Por qué me conoce? Él sabe todo sobre mí. —Me llevo las manos a la cabeza, frenética—. Ese tipo está armado y sabe todo sobre mí...

Sus ojos se llenan de preocupación y guarda la pistola en la cinturilla de su pantalón con un movimiento demasiado natural.

—¡Joder! Cálmate, respira. ¡Te va a dar un ataque de pánico!

Hace ademán de tocarme pero lo vuelvo a empujar.

—Aléjate. Aléjate, joder... ¿Cómo es posible...? ¿Eres consciente de lo que acaba de pasar? Tenemos que llamar a la policía, Max, ese tipo estaba armado. Y tú también —apenas puedo respirar, mi cabeza es un lío y el temblor en las manos ha vuelto—, tú lo golpeaste y lo dejaste inconsciente. ¿Por esto fue que te fuiste de Nueva York? ¿Fue por esto? ¿Entonces estabas en su banda? ¿Eres un asesino? —Grito—: ¿Quién eres?

—¿Interrumpimos?

Ambos giramos el rostro bruscamente a la puerta, donde tres chicos entran al salón y cierran con cuidado tras ellos.



Madeline

CAPÍTULO III

Son los otros integrantes de The Dead, los tres restantes. Uno de ellos se apoya contra la pared junto a la puerta y permanece allí. El callado, Craig, se arrodilla inmediatamente a la altura del cuerpo de Aaron y empieza a zarandearlo para que reaccione, sin decir palabra. El último se pavonea hasta el escritorio detrás de mí. Maximilian estira un brazo y me jala hacia su figura protectora, mientras vemos al chico apoyarse cómodamente en la superficie metálica y sonreírnos.

—Supongo que debemos presentarnos, ¿no? —señala, divertido por el semblante peligroso que les dirige Max—. Yo soy Reed Angelo Morgan. «Mmm-así-sigue», para las damas —guiña un ojo en mi dirección.

El tal Reed se ve muy joven, no más de veinte años. Viste vaqueros ajustados negros y una camiseta roja. Su rostro es, podría decirse, exquisito. Unos cincelados labios rosados, sus ojos son de un verde precioso, tal vez el mismo tono vivo y llamativo de un prado en plena primavera; sus facciones masculinas y su cabello repleto de rulos castaños echados hacia atrás.

Su actitud es burlona y le resulta divertida la situación. Mantiene una sonrisa coqueta de perfectos dientes blancos y continúa:

—El que está en la puerta es Vincent, pero prefiere que lo llamen por su segundo nombre, Alexander. —Cuando miro hacia el chico lo encuentro analizando fijamente a Max desde la otra

punta del salón, con una mirada que aterroriza—. Tranquilos, tiene todas las vacunas al día. —Reed suelta una carcajada que se escucha en el silencioso y tenso salón.

El tal Alexander es muy alto y mantiene unos brazos musculosos y llenos de tinta cruzados sobre el pecho. Su cabello es negro y con corte militar, su rostro tiene severas facciones y su mirada es hostil, desconfiada y llena de intimidación. Parece salvaje, del tipo que te agarra a puñetazos y te deja inconsciente. Se ve fuerte y parece que solo espera un movimiento en falso para lanzarse sobre nosotros.

—Y por último y menos importante, Craig Theron, damas y caballeros —el tal Reed parece ser el único de buen humor aquí, provocando un gruñido por parte del chico aún en el suelo tratando de levantar a Risk—. Vaya, parece que nuestro líder quedó noqueado.

Craig es callado y misterioso. Su complexión es delgada, pero al vestir esos pantalones ajustados y una simple camiseta sin mangas puedes ver que el chico tiene sólidos músculos que se remarcan en su vestimenta. Sus ojos son indiferentes, de un café casi negro contrastando con su piel blanca y asemejando su cabello lacio peinado hacia arriba. Posee una barba de unos pocos días, cosa que a mí no me agrada.

—Bueno, creo que ahora les toca a ustedes —sugiere el animador de la reunión—, ¿se van a presentar?

—Maldita sea, Angelo, deja esta mierda y calla hasta que Aaron esté totalmente consciente.

Es la primera vez que escucho a Craig hablar. Mi corazón acelera sus latidos a mil por hora y siento el pulso palpitando en mis oídos. Aterrorizada, me acerco más al costado de Max mientras entro de nuevo en pánico. Esa voz rasposa es la misma que me amenazó al oído.

Es él.

Comienzo a recordar el miedo que me consumió mientras nos perseguían, cómo mi sangre se heló, cómo me sentí vulnerable.

—Es él. Fue él. Su voz...

—Creo que ella se refiere al pequeño mensajito que le envió Aaron vía www.craigelalmaenpena.org —señala el tal Reed.

Cada músculo del cuerpo de Kersey se contrae.

—¿Se acercaron a ella? —Su voz es cruda, conteniendo la rabia—. No los quiero cerca de Madeline. No quiero que la vean, que le hablen, que siquiera la nombren. Ella está bajo mi protección y ustedes saben lo que eso significa.

—Craig, Lex, ¿por qué no se llevan a Risk de aquí? —Reed ignora a Maximilian, mirando a ambos chicos de hito en hito y hablando en tono relajado—. Sáquenlo ahora que terminaron las clases. Tengo que decirle un par de cositas más a mi amigo aquí presente.

Ambos miran a Reed con total y evidente desconfianza, pero por algún motivo no rechistan a pesar de que es el más joven. Ponen en pie al Risk inconsciente y, como si estuviera totalmente borracho, colocan un brazo sobre el cuello de cada uno y lo llevan despacio hasta que salen del salón.

—Crack, Crack, Crack... Todos saben quién eres, hablan de ti y conocen tu historia.

—No sé a qué demonios quieres llegar con esto, Angelo. Ustedes son nuevos, no los originales integrantes que yo conocí.

—Sabemos lo que significa que tú la protejas —prosigue Reed—, pero nosotros tres no mandamos, sino Aaron ya que es el más viejo en esto, por decirlo de alguna manera. Él te odia con su vida y te quiere decapitado si es posible. Ordenó a Craig que te siguiera, preciosa, y te asustara un poco —ahora habla

observándome a mí—. Risk quiere acercarse a ti para joderlo a él.

—No entiendo el punto de esto —espeta Kersey.

—Quiero que no te tomes nada personal, Maximilian. Oye, ¿te puedo decir Milán?

—No.

—Bueno, Milán —Max gruñe y Reed carcajea—, solo quiero decirte que yo no soy como Aaron y mato por venganza. No soy Craig y hago todo lo que dice Risk sin pensarlo dos veces. Tampoco pienso como Lex ni soy un maníaco que ama ver correr sangre. —El chico se pasa las manos por su joven rostro, exasperado, y se echa los rulos de su cabello hacia atrás, prosiguiendo—: Si trabajo en esto es porque necesito el dinero, ¿entienden? No porque me plazca. Ahora, no quiero tener a una leyenda queriendo cortarme los huevos porque me estoy metiendo con su chica, cuando todo lo ordena Risk.

Oigo a Max bufar.

—¿Estás tratando de pedirme que no te dé caza si llegas a lastimar a Madeline? ¿Te excusas con que es culpa de Aaron?

—Exacto. Él manda y yo obedezco, aunque soy el segundo al mando por aquí por ser el que siempre tiene la cabeza un poco más fría. —Se reincorpora y se acerca a nosotros, que no podemos retroceder más—. Está bien, yo no hago daño a alguien que no lo merece.

—No sé si creerte.

—Mira, Milán, a esta pequeña no le voy a hacer nada que no me ordenen —me sonrío coqueto y yo pongo cara de póker por su forma de ser tan desvergonzada—. Es muy linda en realidad y no me gustaría que le pasara nada. Repito: si algo pasa no será por mí sino por orden de Risk.

—Mejor lárgate antes de que vuelva a sacar la Glock y te deje como colador —escupe Andrew pero Reed me sigue mirando juguetón.

—Bien, bien, me voy. —De un pronto a otro acerca su boca a mi oído y susurra en voz modalidad seducción—: Espero no tener que hacerte nada, guapa, porque si Crack te cuida tanto y Aaron quiere tenerte es por algo. Estoy disponible si se te ofrece alguna aventura de una noche.

Quedo algo así como perpleja mientras lo observo alejarse carcajeándose. Maximilian maldice a todo el mundo y gruñe formas de asesinarlo por tocarme. Sigo estática. Reed es un asesino burlón y coqueto. ¡Oh, Dios mío!, todos están locos. Esto es bizarro.

—¡Hijo de puta! —refunfuña Kersey—. Espera a que lo vuelva a ver. Quiero enseñarle cómo juego tiro al blanco.



Cuando salgo del edificio de idiomas, me detengo al notar a decenas de chicas paradas al final de las escaleras. Cuando abrí la puerta soltaban chillidos y exclamaciones, pero cuando salgo por algún motivo sueltan un «Ah» en coro y hacen pucheros de decepción. Luego comienzan a susurrarse cosas y mirarme mal.

¿Qué cojones hacen estas estudiantes aquí paradas, observando fijamente la puerta del edificio? Frente a ellas descubro a Sophie y rápidamente bajo los escalones hasta detenerme frente a ella.

—¿Por qué están todas ustedes aquí afuera? ¿Qué esperan?

—¡No te hagas! —chilla, mirándome acusatoriamente—. El rumor de que él está aquí ha volado por todo el campus. Tenemos que verlo. Llevamos horas esperándolo pero no sale.

—Mira, Sophie, solo dime a quién están esperando.

Ella rueda los ojos, fastidiada.

—¡A Crack! Dicen que volvió y que es profesor de Francés en este departamento. No me lo puedo creer. Dicen que está más guapo que antes, más fuerte. ¡Queremos verlo!

¿Llevan horas aquí? Me quedo boqueando como un pez. Imposible. Debe ser alguna especie de broma. ¿Esperan así de impacientes a que Andrew salga, solo para poder verlo y devorarlo con la mirada? Mi mal humor surge por esa idea, como una forma de canalizar todos los sentimientos de frustración y enojo que me ha causado la situación de hace unos momentos. Sé que no debería enojarme con ellas, pero es una buena forma de dejar salir un poco de lo que siento antes de explotar por completo.

—No me digas, ¡son su club de fans!

Sophie se cruza de brazos frente a mí y ladea la cabeza, escéptica.

—Todo el mundo sabe que te desmayaste cuando lo viste. Piensa en eso antes de acusarnos de ridículas a nosotras.

—¿Cómo que todo el mundo sabe eso?

—Dicen que lo viste, él se acercó a decirte que te movieras de su escritorio pero tú te desmayaste y a él no le quedó de otra que dar la hora libre para llevarte a la enfermería.

—Me desmayé porque no había desayunado bien —miento entre dientes—, no sabía que él era su queridísimo Crack, ni tampoco me importa una mierda.

—Oye, espera —una chica con acento ruso me dice, parada al lado de Sophie—. Si Crack te llevó a la enfermería, ¿por qué sales del Departamento de Idiomas?

—Porque dejé mi bolso ahí.

—¿Y viste a los chicos de The Dead? —sigue la joven con su interrogatorio—. Primero vimos entrar a Risk y luego al resto de la banda.

—¡Sí! —chilla Sophie—, todos los guapos en un mismo edificio. Casi nos morimos. Pero luego sacaron a Risk desmayado. Tú aún estabas ahí. ¡Cuéntanos qué pasó!

—Me quedé un momento luego de ir a buscar mi bolso hablando del plan del semestre, en eso llegó Aaron y dijo que quería hablar con el nuevo profesor.

—¿Ah? —masculla la chica junto a mi compañera de habitación—. Crack y Risk no se toleran. ¿Segura de que nada explotó?

—De un momento a otro se desmayó y solo se nos ocurrió llamar a sus amigos para que lo vinieran a buscar.

—¿Por qué no lo llevaron a la enfermería? —reta Sophie.

—Porque luego de atenderme a mí la enfermería cerró. ¿Sabes la hora que es, o es que pierden la noción del tiempo mientras esperan por esta ridiculez?

—Ah —la chica desconocida se da la vuelta e inmediatamente busca a sus amigas para contarles.

—¿Por qué no entran y le besan los pies directamente? —digo.

—Porque no queremos parecer desesperadas.

Me cruzo de brazos y apoyo la mayor parte de mi peso en un pie, mirándola con suspicacia.

—¿Ustedes de verdad creen tener la menor posibilidad de salir con And... Crack?

Ella sonrío e, inconscientemente, lleva las manos a su cabello y comienza a asegurarse de que está bien.

—Cuentan que está soltero y más guapo que nunca. Mi preferido siempre ha sido él. De imaginarme sus brazos fuertes

sosteniéndome, ese pecho sudado y su cabello castaño despeinado entre mis dedos ya entro en calor.

Mi cara en este momento debe ser de asesina serial. Me hierve la sangre como nunca antes. Son celos, no soy estúpida, pero nunca los había sentido tan malditamente fuertes y devastadores. Escucharla hablando de Maximilian hace que me enoje a niveles extremos, pero solo murmuro con un nudo en la garganta, intentando no cometer un maldito homicidio:

—¿Cómo llego a los dormitorios, Sophie?

EM

Mi móvil suena de camino a la habitación y lo leo sin detenerme.

De: El inocente Anastasio.

Hola, nena, las chicas me mandaron un msj por whatsapp y quieren que las llamemos por Skype en un rato. ¿Vamos a mi departamento? Estoy en la salida.

Son las tres de la tarde, perdí el resto de mis clases así que no tengo nada que hacer hasta mañana y créanme que no me apetece escuchar a Sophie hablando de su platónico Max, por lo que respondo:

Para: El inocente Anastasio.

Okay, ya voy, espera a que deje mi bolso.

Cuando llego a los dormitorios de chicas tiro mi bolso en la cama y me devuelvo hacia la salida. Cada vez me encuentro con menos gente de camino. Veo a mi rubio amigo esperando junto al gran portón, con sus manos dentro de un cálido abrigo negro. Algo que llama mi atención es la cantidad de personas al otro lado de la entrada. Paparazzis. Se empujan unos a otros y los flashes de sus cámaras disparan directamente a la universidad ya que no les permiten el paso.

Inhalo profundamente el aire frío de la ciudad de Nueva York, llenándome de paciencia.

—Hola, rubio.

Levanta la mirada y sonrío.

—Nena.

—¿Qué si te digo que el idiota de Maximilian no estaba en Brasil sino aquí en Nueva York? —trato de decirlo como si no me afectara, como si su nombre no evocara recuerdos de hace unos minutos que tienen mi cabeza adolorida.

La expresión de Nicolás cambia de relajada a una mandíbula completamente desencajada.

—No te creo. Tienes que estar de broma.

No puedo evitar reír secamente ante su expresión. Está atónito, creo que hasta perdió el color.

—¡Madeline! Diablos... ¿Me estás hablando en serio?

—Mi mamá le contó que yo vendría y él consiguió el puesto como maestro de francés.

—No te creo. Yo... Dios... ¡Ese hombre está tan jodidamente loco de amor por ti! —Se pasa las manos por el cabello, mirando hacia todas partes con los ojos desmesuradamente abiertos—. Te juro que no consigo creerlo. Si esto es una broma dejaré de hablarte una semana.

—Te lo juro. Yo tampoco puedo creerlo, ¿sabes? —Hay muchísimas cosas que en este momento no puedo entender.

—Me suena a una de esas películas románticas que tanto te obsesionan. —Sonríe—. ¿Cómo te sientes al respecto? ¿Lograron resolver sus problemas? No te ves muy bien, Madeline.

Las palabras de Nicolás evocan el recuerdo de lo sucedido en el salón luego de que Reed se marchara.

Miré a Max, quien seguía despotricando, y tragué duro. Todo lo que había sucedido era demasiado para asimilar, apenas conseguía creer que no estaba soñando. ¿Maximilian utilizando un arma, con un enemigo real en Nueva York? Sentía como si estuviera presenciando la película sobre la vida de alguien más, no la mía. Nunca antes había visto una pistola tan de cerca, menos imaginé que mi novio sabría manejar perfectamente una.

Mi mente se llenó de tantas preguntas que no lograba formular una en concreto porque otra me interrumpía.

—Max... Yo... Él se giró y me encaró, evidentemente muy preocupado. Me conocía lo suficiente como para saber todo lo que iba a decir.

—Por favor, tienes que escucharme —suplicó rápidamente—, todo esto tiene una explicación. —De repente esquivó mi mirada, contemplando la pared detrás de mí—. Tengo tus respuestas, Madeline.

Yo aún sentía mi corazón acelerado por lo sucedido, y no creía que disminuyera su ritmo en un buen rato, no a menos que descubriera que todo esto no había sido más que una cruel broma.

Entonces dije lo que sabía que no quería oír:

—Max... No puedo hablar contigo ahora mismo.

—No, no, espera...

—Escucha, por favor. —Tragué duro. Todo lo que quería era huir de ese maldito salón y respirar aire fresco, calmar mi conmocionado ser y evitar enloquecer—. Hablaré contigo, te escucharé porque, joder, ¡tienes muchísimas explicaciones que darme! Pero no puede ser en este momento. Ni siquiera puedo verte a la cara ahora mismo sin recordar cómo sostuviste un arma y luego golpeaste a otra persona.

Él iba a interrumpirme otra vez, aproximándose para impedirme huir, con todas sus facciones tensas en un intento de contener su temperamento.

—No huyas —gruñó con determinación—. Vamos a hablar de esto. No podrás entender nada a menos que te lo explique.

—¡No estoy huyendo! —de repente grité, explotando con fuerza—. ¡No estoy escapando, Maximilian, entiéndelo! ¡Esto ha sido demasiado! —Golpeé con mi mano y luego empujé lejos el escritorio más cercano a mí—. No puedo mirarte ahora mismo sin desmoronarme, sin querer golpearte, sin querer llorar. ¡Necesito tiempo para calmarme, y lo necesito lejos de ti!

—Estás muy alterada —su voz se suavizó al igual que sus ojos—. Cariño, déjame reconfortarte. Te entiendo. Déjame sostenerte mientras procesas esto. Pero no me prives de más tiempo junto a ti, Madeline. No lo merezco.

—Ahora mismo no estás en posición de decidir lo que mereces o no, Maximilian —escupí con rabia, retrocediendo—. No cuando me he dado de bruces contra esta realidad de mierda. Temo mucho lo que me puedas contar —tragué—; necesito... Necesito... Dios, es que esto debe ser una puta broma...

—Mad, no, por favor. —Vi dolor en sus ojos—. Sé lo que vas a hacer.

Arrastré las manos por mi cabello, desorientada, incrédula, mirando a través de una cortina de humo lo que se suponía que era mi realidad. No podía con ello, necesitaba alejarme de ese lugar.

Negué frenéticamente con la cabeza, luego salí por la puerta, dejándolo atrás con un último:

—Adiós, Max.

Entonces la voz de Nicolás me trae de regreso al presente. Dijo algo que no logré escuchar.

—Perdón, ¿qué decías?

—Te pregunté si preferías irte caminando o llamar un taxi. Llevo tiempo hablándote y tú nada que reaccionas.

Me obligo a respirar profundamente dos veces, intentando expulsar todos los recuerdos de las últimas veinticuatro horas. Ya podré analizarlo todo más tarde. Ahora mismo solo necesito que Nicolás me distraiga lo suficiente como para no quebrarme y comenzar a llorar y golpear cosas. Por más que algo en mi interior desea acurrucarse en la cama y dejar que el repentino malestar me consuma, sé que lo más sano será evitar estar sola con mis pensamientos, al menos por el momento.

—No está tan lejos —respondo al fin—. Paseemos un rato.

—¿Crees que podamos salir con esa gente ahí? —se refiere a los chismosos con cámaras.

—Pues... No somos a quienes buscan, así que nos ignorarán.

Caminamos lo que falta hasta el gran portón. Cuando salimos cierran la entrada de la universidad bruscamente y, contra todo pronóstico, los flashes de las cámaras y micrófonos nos abordan y las voces de los paparazzi nos marean.

—¿Estudian aquí?

—¿Es verdad que el hijo mayor de los Kersey ha vuelto?

—¿Es su profesor? ¿Lo vieron?

—¿Maximilian Kersey se ha quedado sin dinero y ahora da clases en una universidad?

Nicolás y yo nos cubrimos los ojos con las manos, encandilados por tantas fotografías. Me comienzo a ahogar entre tantísimos cuerpos vestidos de negro y por tantas preguntas. Maldición, me siento como si fuera Jennifer López, pero no me gusta nada. Apenas te dejan espacio para respirar y no dejan de hablar todos al mismo tiempo.

—¿Lo vieron?

—¿Han hablado con él?

—¿Saben si está comprometido o sigue con su antiguo estilo de vida?

Nicolás me toma de la cintura y me pega a su costado, cubriéndose los ojos con la otra mano, y trata de sacarnos de esa marea de gente para continuar avanzando por la acera. Nos siguen apuntando con las cámaras y ofreciendo sus micrófonos.

La voz neutra de Nico suplica:

—No sabemos nada, somos unos recién llegados de otro país. No sabemos quién es el tal Maximilian así que hagan el favor de dejarnos ir. —Pero parecen no querer escucharnos, como si nosotros fuéramos los famosos aquí, y Nick exclama—: ¡No tenemos idea de qué hablan! ¡Por favor, déjenos en paz, que ninguno de nosotros conoce al tal Max!

—Niña, ¿lo has visto?

—¿Es verdad que el gran Kersey ha vuelto? ¿Sí o no?

No respetan nuestro espacio personal y nos rodean sin dejarnos una vía de escape. Apenas se puede respirar entre tantos cuerpos sudorosos empujándose y golpeándonos bruscamente con o sin intención. Parece que no entienden nuestra suplicas. Nicolás se nota molesto y desesperado.

—¿Es verdad que se peleó con sus padres?

—¿Dónde estuvo todos estos años? ¿Les dijo algo?

—No sé —tomo aire, ahogándome—, no sé de quién hablan, no sé de ese hombre, por favor, déjenos tranquilos. No somos a quienes... a quienes buscan. —Jadeo—: ¡Por favor!

Un rato después de repetir lo mismo y decirles que no daremos declaraciones sobre nada que ocurra dentro de la institución, se aburren de nosotros y vuelven a esperar afuera de la universidad a que, por algún milagro, Maximilian salga a responderles todo lo que quieren saber. Imbéciles. No respetan la privacidad ni escuchan cuando se les habla de buena manera, pero luego hacen un escándalo cuando algún famoso los trata mal. A partir de ahora le declaro mi odio a la prensa.

Lo peor es que, puedo apostar, esto será así por algunas semanas hasta que consigan una mejor noticia a la que hincar el diente. No sé cómo demonios entraré al campus sin que me aborden de nuevo. Esto es una total locura.

Maximilian Kersey, ¿qué tanto has hecho para que todos vayan tras de ti?

Maximilian

CAPÍTULO IV

Creo que hay, por lo menos, cuarenta pares de ojos frente a mí.

Me quedo inmóvil. ¿De verdad está pasando de nuevo? ¿De nuevo la supuesta «fama»? Suspiro y sus risitas suenan de la misma forma que hace unos años. Pensé que con el paso del tiempo superarían esta atracción hacia mí, la admiración o lo que sea que sientan porque es una estupidez, pero sigue siendo como antes. Estar en cualquier lugar y que todos te observen, sin disimulo, que hablen de ti y crean saber todo lo que has hecho.

Lo odio.

Me obligo a sonreírles a todas esas chicas y con mi máximo esfuerzo bajo los escalones de forma casual. Ya lo aprendí con Madeline y sus amigas: no te metas con el sexo inteligente si no quieres terminar descojonado. Hay que andar con cuidado con las mujeres, más si andan en manada.

—Buenas tardes, chicas.

A mi saludo se escuchan grititos ahogados pero no responden, tan solo me siguen mirando con los ojos muy abiertos, como si me fueran a saltar encima en cualquier momento. Mejor salgo de aquí rápido antes de que se abalancen sobre mí y me arranquen la ropa con los dientes.

—Las veo luego en clase, señoritas.

Cuando las dejo atrás, miro sobre mi hombro y encuentro todos sus ojos siguiendo mi recorrido hasta la salida de la

universidad, así que les regalo un saludo militar y apresuro disimuladamente el paso. A medida que camino por el campus, las miradas —masculinas y femeninas— recaen en mí, me escanean sin vergüenza. Solo falta que me sigan y tenga que salir corriendo como esas estrellas de rock. Esto es ridículo, tampoco he asesinado a ningún presidente ni soy tan atractivo.

No estoy muy seguro de dónde se metió mi novia y eso me molesta. Estoy bastante nervioso por lo que ella pueda decidir después de lo que ocurrió en el salón. Se suponía que nada de esto debía suceder, no imaginé que ella se llegaría a enterar de mis asuntos tan pronto y de una forma tan poco delicada. Mi intención era buscar el momento adecuado para explicarle todo, hacerla comprender las cosas correctamente y así evitar que saliera huyendo. Pero los planes cambiaron y me vi forzado a mostrarle el retazo de una realidad que ahora mismo está atormentando su cabeza.

Desearía poder evitarle todo esto, pero es imposible. Ella debe saberlo todo, pues no sé qué podrá ocurrir más adelante y necesito que esté preparada, por más que la idea de revivir los recuerdos me estremezca.

Ahora mismo desconozco su paradero, si está molesta o no conmigo, pues solo se marchó tan pálida y confundida que mi corazón se hundió con pesar. Una de las cosas que había temido por fin había ocurrido, y ahora solo puedo esperar y rezar porque ella aclare sus pensamientos pronto y quiera escucharme. Si no, yo encontraré la manera de arreglar esto, pues no pienso permitir que nada nos llegue a separar, mucho menos un pasado turbio y una demostración de violencia y fuerza bruta.

Saco el móvil de mi bolsillo delantero y entro a la aplicación en la cual registré el móvil de Maddie hace meses. Sé que sueno psicópata, obsesionado, pero yo conozco mi vida y no planeo poner en peligro la suya por estar conmigo. No es justo y lo menos que le debo es tratar de mantenerla segura.

El individuo rojo se posiciona en el mapa y, mientras camino, amplío hasta encontrar el punto exacto en el que se encuentra ella. Está quieta en un departamento a unas manzanas de aquí. Es una de las pocas zonas seguras de Manhattan, de muy buena ubicación y alto costo económico. Lo sé porque mi padre nos había regalado a mis hermanos y a mí unos departamentos en ese edificio hace años.

La cuestión es, no entiendo qué puede estar haciendo Madeline allí. No conoce a nadie en Nueva York, con excepción de...

Admito que soy posesivo. Nunca había tenido sentimientos tan fuertes por alguien y mi peor temor es que me la quiten, pero realmente no tolero a ese Nicolás. Cuando veo su cara lo único que quiero es estrellar mi puño en ella; cada vez que le sonrío deseo tomarlo del cuello y presionarlo hasta que se ahogue.

Siempre he conseguido mantener mis impulsos violentos bajo control, pues no necesito más que un par de palabras cargadas de odio y una mirada amenazadora a los demás hombres para que se alejen. Cuando se trata del mejor amigo de mi novia, en verdad quiero hacer que desaparezca y se aleje de ella, que no la toque ni camine a su lado porque algo en mi interior se retuerce al verlos juntos.

Sé lo que son los celos porque los experimento continuamente en nuestro noviazgo, pero lo que siento contra el chico va más allá. Estoy en proceso de averiguar por qué mi cuerpo se pone rígido y alerta cada vez que ambos están muy cerca, por qué siento que debo enterrarle una bala en el cráneo cuando le dice un cumplido.

Esto va más allá de marcar el territorio. Se trata de la forma en la que mi instinto protector despierta cuando él aparece. Y si de casualidad es porque le gusta mi novia, le aconsejaré que tome un vuelo a Sudáfrica antes de que yo lo encuentre.

Pero en este momento tengo algo muy importante que hacer, algo que no puede esperar, y no me queda de otra que llenarme de paz y confiar en que todo en ese departamento irá bien. De igual forma, pasaron un mes estando juntos sin que yo pudiera salir a la luz, por un día no ocurrirá nada.

Debo calmarme. La adrenalina y el sentimiento de anticipación por lo que voy a hacer me están volviendo un energúmeno desde ya.

Cuando llego al estacionamiento de la Universidad de Columbia, me paro en seco. Los flashes comienzan a dispararse sobre mí como locos y los reporteros se comienzan a empujar unos a otros contra el portón para tener un mejor enfoque de mí, allí parado, mirándolos sin dar crédito. ¿Paparazzi? ¿De verdad? Las preguntas son lanzadas a gritos, pidiendo que sonría, dé respuestas, comente qué pienso del nuevo socio de mi padre. Miles de cuestiones sin cesar, las brillantes luces me dañan la vista y doy un par de pasos hacia atrás.

—¡Max! ¡Max, por aquí!

—¡Señor Kersey, mire hacia acá!

—¡Max!

—¿Es verdad que es maestro en esta universidad? ¡Responda!

—¿Es cierto que tiene una mala relación con sus padres?

Ni siquiera sé cuál de ellos está hablando.

Sigo caminando hasta mi Saleen estacionado. Cuando mi cuerpo toca el cuero dejo caer la cabeza hacia atrás, totalmente exhausta. Tengo que ir al Bronx. No tengo cabeza para esta gente ni ánimos para sus estúpidas preguntas.

Pongo reversa en el gigantesco estacionamiento, ya casi vacío, y conduzco lento hasta quedar frente a las verjas. Los periodistas me toman más fotos montado en el Saleen, listos para invadir el estacionamiento. El guardia me abre el portón poco a poco.

Me coloco mis lentes de sol Ray-Ban negros. Enciendo el vehículo y espero a que esté totalmente disponible el paso.

Recuerdo un viejo truco que usaba hace años cuando cosas así ocurrían en casa y lo pongo en práctica cuando ya no hay nada que esté en su camino hasta mi preciado auto. Hago rugir el motor, fuerte y feroz, como si fuera a acelerar al máximo, pero no me muevo. Creen que los arrollaré sin piedad y tratan de salvar sus vidas tirándose bruscamente hacia un lado. Suelto una carcajada grave y cuando tengo vía libre arranco, me adueño de la autopista hacia el norte dejándolos consternados detrás.

La calle no está tan concurrida como debería por lo que me tomo el gusto de encender la radio satelital y poner calefacción moderada. Tomo mi otro teléfono del asiento del copiloto. Este tiene el número que usaba cuando estaba aquí, y lo he mantenido apagado desde que me largué. Lo enciendo, dando rápidas miradas al camino para no causar un accidente.

El teléfono empieza a recibir todas las llamadas y mensajes de hace años, pita como loco sobre la palma de mi mano. Lo dejo de nuevo en el asiento y espero a que termine de recibir todo. El camino al sur del Bronx no es largo, pero mantengo una velocidad moderada por estar atento al teléfono y porque siento cierta aberración hacia ese lugar.

Minutos después me encuentro con 644 mensajes de texto, más de 450 llamadas y ni siquiera querrán saber cuántos mensajes de voz. Increíble. Curioso, entro a los mensajes y reviso los más recientes, que dicen ser de hace un par de horas atrás cuando aún estaba con Madeline.

De: Chica antro fiesta Rachel

Dicen que volviste. ¿Vienes a verme? ;)

De: Pelirroja baño Punto del Diablo

Recordemos viejos tiempos, Crack. Sigo en el mismo departamento, ven a tomarte una copa conmigo.

De: Rubia modelo VS

Eres un maldito. Te fuiste sin decir nada y vuelves sin avisar. Llámame.

Ruedo los ojos y lanzo el móvil luego de volver a apagarlo. Vaya vida de mierda que tenía. No, esperen, vaya mierda que era yo. Tener decenas de mujeres a las que llamaba para apaciguar mi soledad y lujuria adolescente. No, no era bonito ni tampoco me hacía sentir bien, pero era mejor que nada.

El sol se oculta poco a poco y yo sigo hacia los lugares más peligrosos y de baja categoría en Nueva York. Sé que allí debe estar ese maldito y no voy a perder tiempo. Me siento repugnante al volver a ese lugar, nadie se daría una idea de todos los malos recuerdos que tengo allí, pero primero debo asegurarme de que está segura. Solo necesito eso. Puedo tragarme la bilis e ir a hablar con ese cabrón por el bien de ella.

En los parlantes se escucha el inicio del tema «Scream» de Usher y subo el volumen. Maldita sea, esta canción me hace pensar en Madeline. Me hace desear bailarla con ella, juntos, acariciando cada delicada curva de su cuerpo y susurrándole al oído lo que quiero de ella esta noche. Sonrío con la imagen de ese pequeño cuerpo meneándose sensualmente para mí con el ritmo de la canción.

Muevo la cabeza al ritmo de la música pegadiza y canto en voz alta:

—*Ooh baby baby ooh baby baby, Ah-oooh baby baby ooh baby baby.*

La melodía inunda el ambiente, las vibraciones sacuden mi vehículo. Nos imagino a ambos en el antro bailando el tema, ella sudada con una blusa blanca que transparenta su sostén, moviendo las caderas de un lado al otro para mí, enredando los dedos en su salvaje melena y dejándose llevar por la música.

En un arrebato tomo mi teléfono y le marco mientras la canción sigue, arriesgándome a que aún se encuentre molesta conmigo. Contesta un par de timbrazos después con un «¿Qué quieres, Andrew?» y sonrío travieso, con una idea clara de cómo comenzar a recordarle su cariño hacia mí poco a poco. Coloco el móvil cerca de mi boca, aún con la mirada en el camino, y canto para ella con la canción de fondo:

—*If you wanna scream, yeah, let me know and I'll take you there. Get you going like: Ah-oooh baby baby ooh baby baby, Ah-oooh baby baby ooh baby baby. If you wanna turn right, hope you're ready to go all night.* —Ríe, y sigo con entusiasmo—: *Ooh baby baby ooh baby baby, Ah-oooh baby baby ooh baby baby.*

—¡Max! —sus carcajadas me producen una sonrisa idiota de la nada, solo escuchándola tan feliz luego de la manera en la que me miró yéndose del salón—. ¡Maldito perverso!

—Tuyo.

Sigue riendo y con mucha pasión le sigo cantando mi dedicatoria, aliviado de que no me haya mandado al diablo, hasta que escucho su delicada voz uniéndose a la mía. Me sorprendo, y ambos comenzamos a cantar:

—*Girl tonight you're the prey, I'm the hunter. Take you here, take you there, take you wonder. Imagine me whispering in your ear then I wanna, take off all your clothes and put something on ya...*

Comenzamos a reírnos a carcajadas. Es verdad que me estoy comportando como un adolescente enamorado pero, maldita sea, en realidad lo estoy. Y más que alegre gracias a ella, murmuro al móvil, con una media sonrisa:

—Te amo, Shawty.



La noche ha caído dando paso a un azul casi morado en el cielo. Más adelante en la carretera se pueden ver luces, humo, música y gritos. Los autos están estacionados en el terreno llano, en fila, de cara a la carretera. Este es uno de los mejores lugares para carreras clandestinas en Nueva York.

No ha cambiado nada. Las mujeres vestidas con cortos trozos de cuero y altas botas, labios pintados de rojo y exuberantes pechos que parecen querer romper sus tops negros. Faldas tan pequeñas que puedes ver el color de su ropa interior sin mucho esfuerzo, y usan tanto maquillaje que cuando se lo quiten puede que no las reconozcas.

Los hombres, con aires de poder con todo, se apoyan en los capós de sus autos mientras meten mano a las chicas que andan por allí. Algunos otros se emborrachan y apuestan todo su dinero en una carrera que van a perder y luego se pelean con el primer cristiano que ven. No falta el humo de tabaco llenando el ambiente, haciendo aún más pesado respirar, ojos rojos en tipos totalmente drogados. Este lugar es una porquería.

Yo era una porquería.

Estaciono un poco lejos de ellos con precaución —nunca falta el bastardo que te choque el coche— y tomo mi chaqueta del asiento trasero. Ya sé cómo manejarme por aquí, sé cómo funciona esto, y opto por una postura despreocupada mientras camino hacia delante por la calle donde hay más gente reunida y una línea de salida marcada con tiza en el suelo.

Siento los ojos sobre mí a medida que avanzo con paso lento; miradas provocativas lanzadas por mujeres y desconfiadas de los hombres. Los autos van cambiando de viejos a últimos modelos a medida que me acerco más a la línea de salida, donde esperan los corredores a ser retados por una buena suma de dinero.



El último auto del lado derecho es un Jaguar Fuore negro, una verdadera maravilla. Su dueño está apoyado con arrogancia sobre él, rodeado de mujeres que reclaman su atención. Hay estacionadas varias motos a su lado, sus otros amigos disfrutando de la atención de las damas. Reed Morgan, para ser más específico, no deja de tocarle el culo a una exuberante rubia sobre su Ducati.

Aaron clava su mirada imperturbable en mí que me dirijo hacia él directamente. Maldito crío. Es menor que yo y con menos experiencia, pero se cree el rey del puto mundo. Lo que daría por poder bajarlo de la nube de un tiro y recordarle quién manda por aquí, quién siempre será la leyenda y el ridículo que hace tratando de superarme.

—Maximilian —masculla sin emoción—. Por algún motivo no me sorprende.

—¡Sí, es Milán! —escucho la voz de Reed al lado, pero no dejo de mirar al motivo por el que vine—. Oye, hermano, toma una cerveza y únatenos. Eres una leyenda de las carreras.

Aaron le propina una mirada homicida pero no dice nada y vuelve a observarme. Veo su rostro, flashes del pasado impiden mi visión. Los malditos recuerdos que siempre surgen para retorcerme un puñal en el corazón y hacerme sentir una agonía silenciosa.

—¡Aaron! ¡Basta, maldita sea! ¡Así no se arreglan las cosas!

—¡Aaron, hazle caso a Max! ¡Suéltala!

—¡Llamen a la policía! ¡Alguien llame a la policía!

—¡Me mintieron! ¡Ustedes lo hicieron! ¡Todo fue una puta mentira!

Aprieto los puños a los costados ante la escena en mi cabeza. Un día que no creo poder olvidar aunque finja que todo siempre ha estado bien en mi vida. El odio es el perfecto combustible que aviva la rabia dentro de mí, y los deseos de matar también.

Ese tipo de enojo que te calienta las venas y te llena de adrenalina. Casualmente recuerdo que tengo la pistola en la cinturilla de mi pantalón.

—Ya te lo advertí hoy, ¿eres tan idiota? —la voz condescendiente del chico, que parece leerme la mente, me sorprende—. No hay manera en que trates de matarme en un lugar como este y salgas vivo. La gente aquí es de la peor escoria, Kersey, si das un paso contra mí te mueres.

—No vine para eso.

Risk se incorpora y se coloca frente a mí con los brazos cruzados en su pecho, casi de mi estatura. Ojos calculadores se clavan en mi alma y tratan de intimidarme, pero solo consiguen una sonrisa de burla. ¿Es lo mejor que tiene?

—Dime para qué viniste y fuera. Considera que dejaré pasar lo de esta mañana por los viejos tiempos.

—Eres un demonio, Aaron. Jamás había visto tanto odio y muerte en una persona luego de ti. —Tenso mi mandíbula, y pronuncio con voz sombría—: Sé que tienes toda esa mierda contra mí y puedes matarme si te da la regalada gana, pero no juegues con ella. Sabes que es inocente.

Bufa, amargamente resentido.

—¿Por qué motivo yo te haría caso a ti?

Clavo mi mirada en él, totalmente oscurecida por el odio, y pronuncio lentamente:

—Porque si te metes con ella olvidaré que eres mi hermano y disfrutaré el quemarte vivo y arrojar tus cenizas al infierno.

Pero por más rencor que transmito, por más candentes que estén mis iris, él, como yo, no se intimida ante nada y nunca se dejará caer por nadie que él crea inferior. Uno de nuestros pocos parecidos. También esa cualidad de, con una mirada nuestra bien empleada, atemorizar al más seguro de los policías y dejar

sin palabras a la más afilada mente. ¿Por qué? Porque cuando bien te enseñan a usar un sentimiento para avivar otro, eres capaz de hacer lo que deseas. ¿Yo? Hace tiempo que no lo hago. Él, mi hermano, usa todo el odio que tiene contra mí y lo convierte en una amenaza líquida en su mirada.

Lo conozco, conozco todas las tácticas, y aun así es tan débil de usarlas contra mí.

—No me amenaces —escupe, con ojos fríos—. Sabes que si quiero, te mato. Y ¿desde cuándo usas ese término? Hace mucho que no te oía llamarme «hermano».

—Porque eso es lo que eres: mi hermanito, Aaron. El menor, el débil, el segundo —formulo una sonrisa hiriente, de esas que son peor de dolorosas que una puñalada en la espalda—, eres el que recoge mis sobras.

No pasa un segundo de haber dicho aquello cuando un frío material es presionado justo en el costado de mi cabeza.

—Repítelo.

Amplíó mi sonrisa, sin una pizca de temor.

—Vamos, Aaron, sabes que siempre quisiste ser como yo. Tener tantas chicas a tus pies, ser el adorado, la leyenda, el ídolo... pero, ¿te digo algo? Puedes jugar a ser tan jodidamente malo cuanto quieras, puedes ser uno de los tipos más fríos y sangrientos que he conocido y, querido hermanito, podrás ser el líder de The Dead actualmente —me acerco un paso más, elevando una de las comisuras de mi boca para formar una sonrisa arrogante— pero yo todo lo hice antes. Eres solo un estúpido reemplazo de lo que fue grande.

Nuestros pechos se rozan, nos miramos fijamente con desafío y sé que ambos estamos pensando en el mismo día, el mismo suceso que provocó esto. Su brazo derecho aún sostiene la pistola contra mi cabeza y veo determinación en sus ojos. Solo alguien

que lo conoce bien puede reconocer esa dilatación de pupilas, la postura rígida y la fuerza extra con la que ahora sostiene el arma.

Me quiere matar y yo no lo voy a detener.

La mano de Reed le arrebató la pistola a Risk y la guarda en su pantalón. Se coloca en medio de ambos, que exhalamos desafío.

—Esto no tiene que terminar en derramamiento de sesos, joder, que si manchan mi camiseta me voy a cabrear. ¿No prefieren algo más amistoso, como una carrera?

Todo alrededor sigue exactamente igual: gente borracha, drogada, putas, autos. Nadie nos presta atención. Las zorritas que estaban aquí cuando me acerqué han volado y ahora puedo distinguir a Craig parado frente a mí, a un lado de Aaron; por encima del hombro de Reed observo a Alexander con su mirada amenazante clavada en mi persona, listo para volarme los sesos.

Aaron sacude su hombro con violencia, soltándose del agarre amistoso de su compañero de banda, y un segundo después lo toma del cuello en V de su camiseta y levanta sus pies del suelo. Lo acerca a su rostro, con los nudillos blancos, y le gruñe:

—En tu puta vida, Morgan, vuelvas a arrebatarme mi pistola. Sabes que no te tolero, hijo de perra —masculla—, y te estás ganando tres balas en los huevos.

A nadie de aquí le sorprende la explosión de mi hermanito, por lo que Craig dice, con voz tranquila y sin moverse:

—Denver se enojará si amanece muerto. Es persuasivo en los tratos y conoce de armas.

Pero no interviene, nadie lo hace, y Reed está terriblemente tranquilo aún sujetado por la camiseta. Se ve tan sereno, casi divertido.

—Le haré un favor a Denver al botar su mierda —espetea Aaron con la mandíbula tensa.

—Aaron, si Denver lo quiere —prosigue Craig—, él lo tiene. Y si lo matas, te pedirá a ti en bandeja de plata. —Mete las manos en sus bolsillos, sin inmutarse—. Igualmente, Reed no es el problema aquí.

Es la primera vez que escucho a ese chico decir varias oraciones completas, aunque vuelve a callar para esperar el siguiente movimiento de su líder y mejor amigo. Este último gruñe como un animal enjaulado y suelta al chico de ojos verdes.

—Si sigues vivo es porque no me permitiré morir hasta que bese la tumba de mi hermano, pero luego arreglamos cuentas.

Se gira hacia mí, que estoy en una pose despreocupada ahora con las manos en mis bolsillos, y pronuncia:

—Carrera.

—No —suelto inmediatamente—, yo no corro. No lo haré.

—Hermano, ¿adónde coño te mandó nuestro padre? ¿A uno de esos sitios donde se rapan el cráneo y se mantienen en abstinencia?

—No voy a correr solo porque el bebé de la familia lo exija. El malcriado al que todos deben obedecer —mis palabras son duras, pero no se llegan a imaginar las fuertes emociones que siento cuando lo veo—. Tú eres la verdadera mierda aquí.

—¿Tienes miedo, Crack? ¿Temes que tu hermano te gane en una carrera?

Sí, vale, soy un hombre, un orgulloso, un egocéntrico y eso ha sido como una patada en el hígado. Soy y siempre seré mejor que él, en absolutamente todo, pero...

—¿Crees que tu entrenada persuasión sirve conmigo? Sé lo mismo o más que tú —alardeo sin querer ceder, pero tampoco me voy a dejar pisotear por este crío de apenas 21 años—. No funcionará, Aaron, ya déjalo.

—¿Te cuento algo, Maximilian? Yo mando por aquí. Todo lo que hiciste quedó en el pasado. Mi nombre está grabado a fuego por las calles de esta ciudad.

—¿De qué te sirve todo ese fuego si solo arde cuando yo llego?

Ahora que estoy atento, volviendo a recurrir a mis instintos de antes, noto cómo Risk va a sacar otra arma de sus botas de motociclista y no me quedo atrás. En segundos tiene mi Glock favorita justo en el abdomen y yo una Colt, por su parte, en mi frente.

—¿No puedes defenderte con algo que no sea un arma, Aaron?

Tensa tanto su mandíbula que la piel de ese sector se mueve visiblemente.

—Mejor dime, Maximilian, ¿tu noviecita sabe de nuestra historia familiar?

—Ni hablar —gruño.

—Oh, vamos, hermanito, ¿no la quieres llevar a conocer a nuestros padres? ¿Tampoco quieres que conozca al otro engendro? Sé que no son la familia ideal, pero tiene derecho a conocer el motivo por el que su novio es una mierda.

Mi mano sostiene el arma con tanta fuerza que presiento que la partiré en dos.

—¿Jamás lo vas a superar? —escupo, con una voz que ni yo reconozco.

—Ella está muerta. La familia destruida. Nuestra relación está rota. ¿Quieres que lo supere?

—¡Tú la mataste! —grito—. ¡Es toda tu maldita culpa!

—¿Me mintieron, maldición! —responde de la misma forma descontrolada, de repente escuchándonos solo nosotros entre tantas personas—. ¡Tú lo sabías! Y ahora, Crack, verás a tu chica sufrir por el simple hecho de estar contigo.

—¡Por Dios que no lo sabía, Aaron! También me sorprendí cuando se descubrió todo. —Siento la Glock tiritar un poco en mi mano por mi inmenso enojo—. Podrás ser mi familia, pero no la toques a ella. Ya te lo advertí. Sé muy bien de lo que sería capaz.

Su Colt me dejará una circunferencia marcada en la frente pero poco me importa. Risk ladea la cabeza.

—¿La amas, darías tu vida por ella, la protegerías con tu último aliento?

—Daría tu vida por la de ella.

Sus ojos claros, consumidos por un sentimiento de dolor, me escanean el rostro. No, no juego, y mi expresión imperturbable lo confirma. Él jodió todo hace años. No hay manera en el infierno de que yo lo perdone, y puede que le diga «hermano», pero lo hago con toda la burla y desprecio del mundo entero.

—Carrera —ruje de repente, bajando el arma de mi cabeza.

—No voy a correr —realizo el mismo movimiento, con la sangre bombeándome caliente por las venas.

—Correrás o mandaré a Lex a hacerle una visita rápida a Madeline.

Cuando menciona su nombre con tanta familiaridad, tanta simpleza, solo provoca que el animal que llevo dentro se despierte y quiera atacar. No tiene derecho, no puede; no si yo puedo evitarlo.

—Déjala en paz —mi voz es tan baja que apenas se escucha entre el alboroto—. Si crees que no sería capaz de matarte, te equivocas.

Levanta uno de los lados de su boca y cruza los brazos a la altura del pecho.

—¿Sabes que tu princesa tiene dos aparatos de rastreo y su amigo rubio uno? ¿Sabes que en este momento puedo tomar

mi arma e ir a matarla? Con un chasquido de dedos haría que Alexander y Craig te retengan aquí mientras yo voy, la golpeo, la estrangulo, la violo. ¿Preferirías que te lo mandara todo en foto o video?

Los puños a mis costados están listos para lanzarme sobre él y desfigurarle la cara. Siento mi cuerpo arder y mi visión se empieza a nublar. Estoy a poco, a un mísero segundo, de sacar al monstruo que guardé cuando me fui de aquí. Pero antes de que logre colapsar, él prosigue, con tono carente de cualquier emoción:

—No lo voy a repetir. Corres tú o corre la sangre de ella.



Me posiciono justo detrás de la línea que indica «Salida». Los borrachos, drogadictos, todos se arremolinan alrededor de la calle y hacen bullicio para dar ánimo. La carretera más adelante apenas se distingue. Esta noche en particular es totalmente oscura, con un maldito frío que cala los huesos. Mi contrincante alinea su Jaguar a mi lado, ambos con las ventanas bajas, y nos dirigimos una mirada que lo dice todo: ninguno de los dos planea perder ante el otro.

Voy a correr, luego de tantos años. Estar frente al volante de un auto no es nuevo, pero saber que volveré a sentir esa emoción, la adrenalina, el corazón golpeándome fuerte mientras espero a que indiquen la salida, todo esto me trae más recuerdos: carreras ganadas, autos estrellados, huidas de la policía, peleas, licor, drogas.

Presiono con fuerza el volante. No, a eso no voy a volver.

Mi vida no era vida. Correr, disparar, fumar, amenazar. ¿Qué demonios ganaba con eso? ¿Me daba satisfacción al final del día? ¿Podía dormir en paz? No. ¿Por qué lo seguía haciendo? Rebeldía y otros asuntos en los que no quiero pensar ahora.

Los sentimientos... ¿los conocía? Creo que no. Tal vez solo el odio y el remordimiento. ¿La lujuria? Perfectamente te la puedo describir, porque la viví en carne propia por muchos años.

Una chica que viste un short de jeans y unas botas altas, mostrando unos abundantes pechos se coloca en medio de ambos autos. Los gritos obscenos de los borrachos y los silbidos no se hacen esperar. Tomo mis llaves y me detengo a contemplar la pequeña mitad de helado que está en el llavero. No puedo evitar sonreír un poco al recordar a ese pequeño angelito que puede conmigo.

Con determinación me acomodo en el asiento e introduzco las llaves en la ignición. La morena frente a nosotros levanta su mano con una especie de tanga y hago rugir el motor del Saleen. Si voy a hacer esto, voy a recordarle quién es y será siempre la leyenda. Miro de nuevo a Aaron a mi izquierda, quien me observa transmitiéndome su pensamiento: todo o nada. A mi derecha puedo ver a los tres chicos restantes de The Dead. El tal Reed me da una señal de apoyo. Ruedo los ojos.

La chica deja caer la tela con un suave movimiento, los dos coches salen disparados hacia la espesura de la noche dejando solo humo y un chirrido detrás. Piso el acelerador y siento la presencia del otro coche a mi lado. Con las luces de los autos encendidas puedo ver que se acerca una terrible curva, por lo que desacelero solo un poco y segundos después vuelvo a recobrar mi descabellada velocidad, con un rápido latido en el corazón.

Aaron pierde unos centímetros de ventaja al intentar coger la curva con suma velocidad y casi salirse de la carretera en el intento. Mantengo mi mano en la palanca de cambios. Me concentro solo en el camino, sin mirar atrás. Generalmente uno falla cuando se distrae por lo que me mantengo con la vista hacia adelante, pero al recorrer el mismo asfalto que hace años atrás no puedo evitar que las memorias vuelvan a mí en un torrente demoledor.

«Denver me ordenó matarla».

Sigo conduciendo, aunque tengo mi mente en otro lugar. Las vueltas hacen girar mi coche bruscamente y todo lo que se puede escuchar en este momento es el ronroneo de los motores. Aaron batalla detrás de mí para posicionarse a mi lado, pero muevo el vehículo siempre frente a él y le impido el paso. Otra curva y, por estar algo distraído, mi hermano consigue igualarme en esta horrible carrera.

«Siempre mintiendo, ¿no deberíamos estar acostumbrados?».

«Eres mi hermano, Max, estamos juntos en esto».

«Aaron, debemos cubrirnos la espalda, no se sabe qué está pasando aquí ni en quién podemos confiar».

«Puedes confiar en mí, Max, soy tu hermano».

Derrapamos con fuerza y acelero en una recta. Me posiciono junto a Aaron, tragando duro, totalmente descolocado. Es como una maldita daga al corazón, justo ahora, para recordarme el porqué del odio que siento hacia él. Más adelante distingo algo de luz y las personas a cada lado de la carretera esperando nuestra llegada.

Ambos nos dirigimos una mirada dura, lado a lado con una pequeña diferencia de centímetros por mi parte. Voy a ganar, maldición, le tengo que ganar.

«Denver quiere a la tal Fiorella muerta. Yo me encargo».

«¿Mamá? No... No... ¡Mamá!».

A menos de medio kilómetro para llegar, aprieto mis dientes con fuerza, con las emociones a flor de piel totalmente mezcladas, presiono el acelerador a fondo. Cuando logro estar lo suficientemente adelante, de un volantazo me coloco frente a él y no consigue hacer un movimiento a tiempo porque ya hemos cruzado la meta.

Nos detenemos con un fuerte chirrido de llantas, yo unos metros más adelante, y los presentes estallan en silbidos y gritos de admiración, acercándose a mi auto para felicitarme. Salgo de mi vehículo, ignoro los ojos idos y las palabras arrastradas de estos alcohólicos y me dirijo a mi hermano. Él sale de su auto como alma que lleva el diablo y camina dando zancadas furiosas hacia mí.

Cuando está lo suficientemente cerca, no pierdo el tiempo y le pego un derechazo que lo hace caer de golpe al asfalto y acunar su nariz mientras se retuerce de dolor. Factor sorpresa. Mi furia es increíble a este punto. Me inclino y lo tomo de la camiseta, levantándolo con ambas manos como hizo él con Reed minutos atrás.

—Te juro que todo me lo vas a pagar.

Seguidamente, le propino otro golpe, escucho algunas exclamaciones de sorpresa detrás de mí. Antes de que alguien pueda intervenir camino hacia el Saleen y arranco, largándome a toda mecha de ese lugar.



Madeline

CAPÍTULO V

Nick está sobre la gran cama, sentado con el portátil en su regazo. Su merienda descansa en la mesa de noche. Con cuidado, me acomodo junto a él, con mi vaso en una mano y el plato con mi sándwich en medio de mis piernas cruzadas. Miro la pantalla.

Justo en ese momento, llega la invitación de las chicas y Nico acepta con una gran sonrisa.

—¡Hola! —gritamos las cuatro al mismo tiempo.

Nico se ríe de nosotras y toma su emparedado para darle un mordisco. Mariela está en el lado derecho de la pantalla; detrás de ella se ve la cama de Lizzie donde Fia se encuentra sentada y Elizabeth le sostiene el rostro.

—Hola, bonitas —masculla Nicolás con la boca llena y las mejillas regordetas—. ¿Qué están haciendo?

Mariela mira sobre su hombro hacia donde está Elizabeth concentrada en el rostro de Felicia.

—Liz le saca las cejas a Fia —apostilla Mari.

—Diablos, ¿con pinza? Esa cosa duele —frunzo.

—Lo sé —Mariela pone los ojos en blanco—, pero hoy vamos a ir al antro y la chica quiere verse «comestible» hasta las cejas.

—¡Todas han tenido novio menos yo! —se escucha la exclamación de la aludida—. Necesito que los chicos se fi... ¡Ah! ¡Elizabeth! ¡Jodido animal, ten más cuidado cuando arrancas eso!

—Perdón, perdón, ya —se disculpa entre risas—. Tendré más cuidado, mi querida Felicia.

Esta última le da una mirada encendida y trata de relajar las facciones. Nicolás no puede con la risa, cabe destacar, por lo que la plática la sigo yo.

—¿Van a ir al antro hoy? Tienen clases mañana.

—Tenemos vacaciones de dos semanas.

Levanto las cejas.

—Pero si acabamos de iniciar el semestre.

Vuelve a escucharse el grito de dolor de Felicia:

—¡Ten más cuidado!

—¡Ya... Disculpa! —Lizzie ríe bajito. Lo está disfrutando.

Mariela no se inmuta, y explica:

—Sucede que ocurrió algo hoy, y hasta que consigan nuevos maestros varias clases se suspendieron en la U.

—¿Qué pasó? —pregunta Nick, a lo que yo doy un gran bocado al emparedado.

—Bueno, digamos que no empezamos muy bien hoy.

—¡Pero si es el primer día! —medio logro exclamar con la boca llena.

—Ya sabes cómo somos, Maddie —murmura Elizabeth, y segundos después tira de la pinza.

—¡Hija de puta! ¡Decirte «con cuidado» es como gritarte que lo arranques salvajemente! ¿No podrías quitarlo con más fuerza?

—Con gusto —asiente Lizzie y segundos después tira del vello con bastante brusquedad.

—¡Joder!

Mis carcajadas resultan tan estridentes que toso cuando me quedo sin aire, mientras se escuchan más aullidos de Felicia y carcajadas malvadas de Elizabeth.

Segundos después Nick y yo nos recomponemos y suplicamos a Mariela que siga con el chisme de lo que hicieron *The Dangerous Girls* hoy.

—Una chica criticó el cabello de Lizzie y dijo que apostaba a que nosotras tres seríamos las nuevas «putillas» de la universidad. Nuestras amigas se le lanzaron encima, en todo el sentido de la expresión. Le hicieron una tacleada. Cayeron en la entrada de la U y comenzaron a pegarle a la chica.

—¿Y no hiciste nada, Mari? —pregunta el rubio con algo de sorpresa.

—Yo también quería golpearla, pero pensé que entre tres ya sería crueldad. De todas maneras un profesor de Medicina vino y nos arrastró a nosotras tres con un consejero. Fui porque según el profesor yo también le había pegado. A la chica la llevaron a la enfermería.

—¿Y...?

—Cuando abrimos la puerta del consejero, casi nos caemos de espalda. Allí en el aula estaba él besándose con la profesora que imparte Finanzas —prosigue Mariela—. Me sentí como tú cuando descubriste a Max, aunque solo eran besos. En fin, resulta que el tipo de Medicina y la de Finanzas también son amantes, entonces él se lanzó a puñetazos con el consejero.

—¡Oh por Dios! —murmura Anastasio.

—No me jodas, ¡de novela! —carcajeo, negando.

—Oh, eso no es todo. Llegó la gorda maestra de Filosofía y se le lanzó encima a la pobre rubia de Finanzas. Resulta que ella se acostaba con el consejero también.

—¡Elizabeth Marie de la Rosa! ¡No estás desplumando un puto pavo! —gritan por otro lado.

—Todos los estudiantes nos quedamos observando el espectáculo en consejería, y unos hasta lo grabaron. Los profesores se

agarraban a golpes y las dos maestras comenzaron a tirarse cosas. La de Finanzas le lanzó a la obsesa de Filosofía una engrapadora en la cabeza y la dejó medio inconsciente. Los viejos maestros se siguieron peleando y, cuando la rubia de Finanzas gritó que no se mataran porque estaba embarazada y no sabía de quién era el bebé, el hombre de consejería salió corriendo y el de Medicina se tiró por la ventana. Me refiero a que se lanzó de verdad. El tipo se creyó Superman.

—¿Pero está bien? A parte de estar loco.

Mariela suelta una risa, de fondo las maldiciones de Fia a Liz.

—No murió, era el primer piso, solo se dobló el tobillo al caer. Obviamente los cuatro están despedidos y hay mucha gente realizando investigaciones en la universidad, por lo que no tenemos clases en un buen rato.

—Mariela —comienza Nick— yo que tú me largo de ese lugar.

Nos comenzamos a reír y me decido a contarle a mi mejor amiga el nuevo capítulo de «La vida de Madeline Cascadas; el culebrón» que trata básicamente sobre que Kersey está aquí y es el profesor de Francés. No le voy a hablar de los chicos de *The Dead* aún, porque sé que ellas son muy capaces de venir y arrancarles los huevos a todos.

—Tengo algo que contarte, Mari.

—Dale.

—Felicia, recuéstate en la cama —ordena Elizabeth—, vamos con las piernas.

—¡Claro que no!;Elizabeth, suéltame!

—Bueno, Mari, hoy cuando llegué al salón de Francés...



Voy en el elevador junto a mi amigo rubio. Cae la noche con ferocidad y Nico insistió en acompañarme para que tomara un taxi. Supongo que los paparazzi ya abandonaron la entrada de la universidad y cuando llegue espero encontrar a Sophie dormida para ponerme mi pijama y hacer lo mismo. Me he divertido hoy con Nico y las chicas y estoy cansada, pero feliz, porque la llamada de Max me ha subido el ánimo. Escucharlo dedicarme «Scream» me ha acelerado el corazón y disparado las hormonas. Honestamente no sé qué pensar al respecto de todo lo que sucedió hoy, pero lo único que deseo es descansar y ya lidiaré con todos mis pensamientos mañana.

Creo que me mudaré aquí con Nicolás. Vale, no, pero este complejo es simplemente increíble. Cuando entramos al elevador vimos salir de él a un tipo vestido con traje y corbata, impecable. Hablaba por teléfono y se veía realmente importante. Ese tipo de gente que esperas encontrar tras un escritorio dirigiendo una compañía multimillonaria. Nicolás me comentó que en este lugar hay gimnasio y servicios de spa también. Voy a tener que verlo para poder creerlo.

—Sigo sin comprender cómo conseguiste este lugar —suelto, mientras el ascensor sigue su trayectoria hacia abajo—. Puedo jurar que este sitio cuesta un dineral.

Nick sacude la cabeza, sonriéndome.

—En realidad no. Sucede que mientras preparaba todo para mi viaje recordé que tengo un padrino que vive en esta zona. Lo llamé para comentarle que venía y que en un futuro nos reuniríamos, entonces él me preguntó dónde viviría. Le dije que estaba averiguando si había algo disponible vía Internet o, si no, viviría en el campus.

—Entonces, ¿te prestó este lugar?

—Exacto.

Me cruzo de brazos frente a él y ladeo la cabeza.

—Si tienes un padrino con dinero, ¿para qué la beca?

—Odio depender de la gente.

—Eso está muy bien, creo lo mismo. Me encantaría conocer algún día a tu padrino o a algún familiar tuyo, para el caso.

—Claro, nena —sonríe.

Un pitido se escucha y las compuertas se abren detrás de mí, pero yo permanezco de cara a Nico. Me dispongo a salir mientras sigo hablándole:

—Es que es muy extra... ¡Ah!

Caigo sentada al suelo del elevador. Joder, mi trasero tendrá un gran moretón. Levanto la cabeza para ver al dueño del pecho con el que choqué pero me petrifico en cuestión de segundos. Todo rastro de sonrisa se va de mi rostro y mis ojos son como los de un cordero que sabe que lo van a degollar. Ni siquiera me he levantado del suelo porque temo que mis piernas cedan en cuanto me ponga en pie, y caiga de rodillas ante él.

Aaron clava su mirada celeste en mí y su rostro es una perfecta máscara que no deja adivinar lo que está pensando. Tiene moretones en tonos amarillentos y verdes que cubren su mejilla y barbilla. Se limita a mirarme con desprecio. Trago saliva. Me siento más vulnerable que nunca en mi vida.

—Levántate.

No sé muy bien qué hacer: reír por encontrármelo precisamente a él, levantarme y esquivarlo para salir o seguir mirándolo y decirme que es un ser sin corazón ni límites que me quiere muerta por alguna causa que aún no tengo clara.

—Levántate de una puñetera vez antes de que lo haga yo.

Sigo sin reaccionar, solo siento unos brazos que me toman desde atrás y me ayudan a ponerme en pie. Lo hago sin poder hablar y con los ojos dilatados. Miedo no es suficiente para describirlo en este momento.

—Vaya, ¿te has quedado sin palabras? ¿O es que no te sientes tan valiente sin tu noviecito para protegerte?

Pero consigo mascullar, aún con Nico sosteniéndome en el fondo del elevador y Aaron impidiendo que las compuertas de metal se cierren:

—No necesito que nadie me defienda, tan solo tengo esta ética de no hablar con cabrones que se creen los dueños del universo.

—No entiendo nada, ¿quién es? —escucho el susurro de Nicolás en mi oído, pero sigo desafiando a Risk con la mirada.

Él levanta un lado de su boca mientras niega con la cabeza.

—¿Eres tan estúpida para hablarme así? Según lo que investigué eres una chica lista, Madeline.

—Jódete, imbécil. Ambos sabemos que eres puras amenazas y nada de acción.

Soy estúpida, debí quedarme callada, pero él logra enojarme como nadie lo había hecho antes. No soporto su actitud ni su manera de mirarme, y detesto el temor que produce en mí, lo que sirve para alimentar mi enojo.

Da un par de pasos dentro del elevador y tira de mi brazo con tanta brusquedad que casi caigo de nuevo. Me da la vuelta para que mi espalda choque contra su pecho, envuelve un brazo sobre mi cintura y con su mano libre me cubre la boca con más fuerza de la necesaria. Trato de quitar su mano de mi boca mientras grito, pero es una pérdida de tiempo. La cara de Nicolás es un total poema, mirándome sin saber qué hacer.

Pataleo y sigo intentando liberarme, gritando algo como «¡Suéltame!», pero al final no se entiende nada. Empieza a arrastrarme fuera del ascensor. Todo sucede tan rápido que apenas entiendo lo que está pasando. Ni siquiera sé qué siento. Tanto miedo y pánico solo alientan mis ganas de vomitar.

Por favor, por favor, alguien ayúdeme, pero todo está vacío y terriblemente solitario. La noche perfecta para un secuestro. Observo a Nicolás tratar de correr hacia mí, pero el tal Craig surge como un espectro que se introduce en el elevador y lo lanza contra la pared, luego las compuertas se cierran poco a poco.

Grito y pataleo más fuerte, le clavo las uñas en el brazo, me atrevo a morderle la mano hasta saborear lo metálico de la sangre, pero Risk consigue sacarme del complejo de apartamentos y tirar de mí hacia la calle, donde no pasa una maldita alma. Se supone que este lugar tiene una seguridad impecable, ¿dónde se ha ido todo el mundo de repente?

«¡Déjame ir!», grito con todas mis fuerzas, no se entiende nada, aunque consigo que su agarre en mi cintura y mi boca se ajuste más y casi no pueda respirar. Nos detenemos junto a un auto. Me están secuestrando de verdad, esto realmente está sucediendo. En un acto de cruda desesperación, muerdo con furia su mano.

Aaron gruñe un juramento y coloca un trozo de tela en mi nariz. Inhalo y me doy cuenta demasiado tarde. Me comienzo a desvanecer en los brazos del enemigo. Sola, vulnerable, perdida. Todo lo que siempre quise evitar me ha aplastado cuando mi vida acababa de comenzar.



Jadeando, me siento de golpe. Alguien derramó agua en mi rostro. Con las palmas seco el líquido de mis ojos y enfoco la vista.

Mi mente sigue algo atontada y recorro la habitación frente a mis ojos sin entender nada: la madera de las paredes resulta añeja y mohosa en algunas zonas. Los tablones del suelo se encuentran apenas bien alineados y apostaría a que algunos están sueltos. La humedad impregna el aire y la oscuridad llena cada recoveco de la pequeña habitación, apenas amenazada por una pobre vela en una mesita de noche en la esquina derecha frente a mí.

Allí, un tipo deja un vaso de vidrio vacío.

—Buenas noches, princesa. ¿Lista para seguir jugando?

Esa voz es como una caída de doscientos metros para mí. Se da la vuelta y su mirada fría me analiza. El tirón en el estómago vuelve e, instintivamente, me impulso hasta el cabezal de la cama en la que estoy, tratando de obtener más distancia entre nosotros. Nos encontramos en algún tipo de cabaña. Prácticamente nadie sabe que estoy aquí. Aaron puede hacer lo que quiera conmigo.

Me acerco lo máximo posible al cabecero de la cama e intento aplacar los retorcionjes y las náuseas que causa el pánico en mi estómago. Me obligo a respirar lentamente y tratar de tranquilizarme, necesito pensar.

Abro la boca un par de veces y no sale nada. Ni siquiera tengo suficiente saliva para mi garganta seca. Lo intento hasta que logro hablar en voz baja:

—¿Dónde me tienes?

—No te importa. Ahora, ¿te vas a quedar callada y quieta o prefieres que me ponga brusco?

Me está insinuando que no tiene ningún problema en ponerme una mano encima. Respiro muy profundamente antes de hablar, pues no dejaré que el llanto ni el pánico puedan conmigo.

—¿Me vas a matar?

—No. —De la misma mesita de noche donde dejó el vaso, toma mi móvil y lo sostiene frente a mí—. Voy a contactar

a Crack y veremos si ahora no accede a traerme lo que quiero. —En ese momento mi móvil comienza a sonar en su mano y él sonrío de forma torcida—. Es un controlador de primera. Sabía que tarde o temprano te iba a llamar. Seguro quiere desearte las buenas noches.

Aaron contesta el móvil y pone el altavoz. Inmediatamente, se escucha la relajada voz de mi novio por la pequeña habitación: *¿Cómo está la chica que me vuelve loco? Solo quería desearte buenas noches, Shawty, ya me voy a dormir.*

Su voz, aunque lejana, mantiene el mismo efecto tranquilizante sobre mí. Me ayuda a no perder la compostura y a sentirme segura. Contemplo el teléfono como si fuera él y pienso en responder, pero no sé qué decir. Me he quedado muda.

—Tu chica está aquí conmigo, Crack, a ver si empezamos a entendernos al fin.

Al otro lado de la línea se quedan en silencio. No escucho ni siquiera mis pensamientos porque no hay ninguno. Segundos después se oye un golpe fuerte que, al estar tan nerviosa, me hace dar un brinco, seguido de vidrios rompiéndose, maldiciones y juramentos.

Aaron se acerca tranquilamente y toma asiento a mi lado. Trato de encogerme todo lo que me es posible, asqueada. Entonces, él acerca su mano a mi rostro lentamente, ahueca mi mejilla con su piel rasposa y con el pulgar la acaricia con suavidad. Dejo de respirar.

—Maximilian —aproxima su mano a un mechón de mi coleta y, cuando creo que no hará nada malo, tira de él con fuerza hasta casi arrancármelo y suelto un grito de sorpresa—, me escuchas o sigo jugando con ella.

Todo vuelve a quedar en silencio, hasta que Crack pronuncia en voz baja:

—¿Qué quieres?

—Primero, demostrarte que soy alguien que cumple su palabra. Hoy en la pista me golpeaste, Max, y no me gustó. ¿Te gustaría que le devuelva tus golpes a ella?

—Aaron, por Dios, es una niña que no tiene nada que ver en todo esto. ¡Son nuestros problemas, joder, no la involucres a ella!

—Veo que nos estamos entendiendo. —Sonríe y suelta mi cabello, pero sigue a mi lado mientras habla con voz dura—: Si no me equivoco y no has cambiado en estos años, la chica tiene un rastreador en alguna parte y en este momento debes estar buscando las llaves de tu coche. Te recomiendo que dejes las armas en casa. No te conviene buscar pelea en mi territorio.

—¡Dime de una vez qué demonios quieres! —se escucha el grito colérico de Maximilian—. No la quiero cerca de ti.

—Ya lo sabes. Ven y tráemelo.

¿Rastreador? ¿Qué cosa quiere Aaron que Max tiene? No entiendo nada y mi estupefacción mezclada con el temor me mantiene como mera espectadora de la situación.

—No. De ninguna manera. ¡De ninguna jodida manera!

—No seas terco, hombre. Es solo un pedazo de papel.

—Escúchame, hijo de perra —gruñe mi novio—, durante muchos años lo he guardado como para dártelo ahora. Sobre. Mi. Cadáver.

No logro analizar muy bien lo dicho porque Aaron lleva su mano a mi cabello y tira muy fuerte de él. Grito mientras me arrastra del pelo hasta que caigo fuera de la cama.

Luego Risk espeta al teléfono, sumamente cabreado y sin soltarme un pelo:

—A ver si nos vamos entendiendo, Maximilian. Quiero tu culo aquí con ese maldito papel en media hora. No ando de buen

humor hoy y esta gata del demonio no es precisamente soporable. —Tira más fuerte de mi pelo castaño y suelto otro grito.

—¡Lo llevaré! —grita Andrew, atropellando las palabras—. ¡Te lo daré, maldita sea! Solo no la toques. Suéltala, joder, suéltala.

—Media hora, no más. Y quiero el original, Max, no trates de jugar conmigo. Será mejor que te apresures o buscaré algo con lo que llenarle la boca. —Aaron cuelga.

Lo veo levantarse, dirigirse a la puerta y tomar la perilla, pero se detiene y me dice, imperturbable:

—Si tu novio hace lo que le digo te podrás ir. —Asiento levemente mientras me vuelvo a subir a la cama. Gira para marcharse, pero ahora su móvil es el que suena. Atiende—: Sí, ya viene. Tal vez venga armado, Craig, mejor ven tú también. Espera, ¿mataste al rubio? —y sale.

Ahogo un grito cubriéndome la boca con la palma de la mano. Mis ojos se vuelven a humedecer y escondo mi rostro en mis rodillas. Esto se siente tan irreal, como si fuera un sueño. Y una parte de mí espera despertar y darse cuenta de que en realidad lo es, pero la otra parte, la realista, sabe que el dolor que me infringe Risk es de verdad.

Solo he dejado una lágrima resbalar cuando escucho que la puerta vuelve a abrirse. Levanto un poco la cabeza y me sorprendo al ver al chico de cabello rizado cojear para entrar y cerrar con cuidado detrás de él. Lo observo con desconfianza, sin moverme de la cama.

Apenas puede caminar sin hacer una mueca de dolor, su labio y su ceja están partidos, su mejilla derecha está morada y algo hinchada. Con su mano izquierda se presiona el costado derecho del torso. Toda su camiseta está llena de sangre. En la mano que tiene libre sostiene un vaso con agua. El vaso se tambalea

un poco en su mano a medida que logra poner un pie adelante y dar un paso.

Realmente se ve muy mal. ¿Estuvo en una pelea? Toma asiento en la punta de la cama y me ofrece el agua. Niego suavemente con la cabeza. No confío en Reed ni en ninguno de sus compañeros de banda. Puede contener algún tipo de droga para dormirme y luego violarme.

—Vamos, toma un poco. Debes tener sed y creo que es lo único que beberás hasta que te vayas. —Lo miro seria y él me da una media sonrisa—: Tranquila, no le he puesto nada. —Vuelvo a negar con la cabeza—. Por favor, voy a seguir insistiendo hasta que la tomes.

Suelto un suspiro y contemplo el vaso en su mano. En verdad tengo la garganta desierta y si él quisiera drogarme simplemente lo haría como lo hizo Aaron, a la fuerza. Luego de analizar bien la situación me decido a darle un voto de confianza al chico de ojos verdes y me llevo el cristal a la boca.

—Gracias, me preocupaba que te deshidrataras. ¿Estás bien? ¿Te hizo algo? Puedes hablar conmigo.

El líquido frío me resulta tan delicioso y familiar que no puedo evitar cerrar los ojos. Suspiro cuando el agua se acaba y jugueteo con el vaso en mi regazo, decidiendo si debo hablar con este chico. Max no debe tardar. Puedo quedarme callada hasta marcharme, pero su mirada parece transparente e inspira confianza. Tiene tal magnetismo que me resulta imposible no hablar con él por más que me resisto.

—¿Qué te pasó a ti?

Hace una mueca.

—Hace un rato interferí en algo. A Aaron no le gustó y le ordenó a Alexander que me diera una lección. Pasa todo el tiempo, no te preocupes.

—Pero te ves realmente muy mal, ¿qué hiciste?

—Aaron iba a matar a alguien y yo se lo impedí. La verdad no me arrepiento.

—¿Sabes que no tiene lógica lo que dices? Matas gente pero ahora actúas como un héroe. Estás loco —mi tono está lleno de acusaciones y recelo.

—¿Piensas que soy malo? Vale, tal vez sea sucio en la cama, pero soy compasivo con la vida humana —sonríe. No es justo que un asesino tenga una sonrisa tan encantadora.

—No pareces malo. Haces bromas todo el tiempo, eres tranquilo, mantienes una sonrisa en tu rostro, pero parece que te gusta lo que haces para vivir.

Él parece pensar algo por un rato. Lo observo en silencio, regañándome a mí misma por estar hablando con este chico pero entendiendo que es inevitable cuando aparenta tanta bondad.

—Si te hablo sobre mí, ¿dejarás de verme como si le inyectara morfina a cada persona que pasa por la calle?

—No prometo nada —susurro.

Suspira.

—¿Has oído que «Caras vemos, corazones no sabemos»?

Clava su mirada en algún punto lejano en la pared. Sus ojos comienzan a tomar un brillo cristalino, como lágrimas contenidas. Me siento mal al instante por haberlo instado a hablar. ¿Qué en la vida podría hacer a un chico de apariencia alegre tornarse tan melancólico?

—Yo tenía una familia normal. Mi papá, mi mamá y mi hermana dos años menor que yo —sonríe un poco—. En verdad era fastidiosa y nos llevábamos como perro y gato, pero ambos sabíamos cuánto nos queríamos. Y un día simplemente se fueron. Papá iba a dejarla a sus clases de baile, pero un imbécil ebrio en un camión se saltó una luz roja. —Su tono de voz baja tanto

que apenas puedo escucharlo—. El auto se incendió luego del choque. Ni siquiera pudieron darnos algo para enterrar en el cementerio. Yo tenía 16 años. Me despedí de ellos en la mañana para irme a mi partido de fútbol y lo siguiente que supe fue que mi hermana y mi padre estaban muertos.

—Debió ser muy duro —me muerdo el interior de la mejilla. No me gusta la empatía que estoy sintiendo por este tipo, pero es algo inherente a mí.

Levanta la cabeza y me mira con sus ojos cristalinos. Se me encoge el corazón. Trata de sonreírme, pero no le sale. Reprimo el impulso de tomar su mano y acunarla entre las mías. ¿Por qué repentinamente me siento mal por él? Maldita sea, es un asesino.

—Mi madre entró en shock —prosigue con su voz quebrándose en cada sílaba—, entró en algo que los doctores llamaron «Trastorno por Estrés Postraumático». Luego ella intentó quitarse la vida varias veces. La tuve que internar en un centro especial. Perdí a toda mi familia en cuestión de semanas.

—¿Dónde está ella ahora? —me escucho a mí misma preguntando en voz queda.

—Sigue en el centro. No se ha recuperado y si te preguntas por qué hago esta mierda, es por ella. Tuve que salirme del colegio y buscar algo que diera suficiente como para mantenerla internada hasta que se cure. Voy a verla cada semana y es como si cada día estuviese peor.

—¿Por qué te muestras indestructible frente a los demás cuando te caes a pedazos por dentro?

—Sonríó porque mi sufrimiento es suficiente como para desmotivar a los demás.

—Esto no es lo correcto. Matas gente, Reed, destruyes familias. Sé que necesitas el dinero y tu madre debe ser todo para ti, pero así no. Hay otras maneras, solo deberías ser capaz de ver más allá de la salida fácil.

—Solo he matado a dos tipos en mi vida, Madeline, y no eran santos, sino hombres que asesinaban por placer. No digo que no me pique la conciencia cada noche, pero pienso que estoy evitando que gente inocente muera. Es mi única forma de seguir con esto.

—Pero puedes salir, Reed, buscar ayuda, ¡Dios, no sé!

—La amo. Amo a mi mamá con mi vida, es lo único que tengo y pienso mantenerlo. Denver, el jefe de todos por aquí, me quiere en The Dead por mi conocimiento en motores, además he aprendido a manejar bien el armamento. Me pagan muy bien. Es todo lo que necesito.

Suspiro. Obviamente no conseguiré que deje esto y tampoco lo conozco tanto como para que mi opinión sea importante para él. ¿Cuánto tiempo llevo aquí encerrada? ¿A qué hora llegará Max? Me encuentro exhausta física y emocionalmente. Solo quiero ir a dormir.

—¿Ahora confías en mí? No me gusta que gente inocente muera. Trato de evitarlo, pero si es una orden directa... —deja la frase inacabada pendiendo en el aire.

Presiono los labios con fuerza y entrecierro los ojos.

—No es como que voy a dejar que me veas cuando me cambio de ropa.

Él eleva un poco la ceja partida y trata de sonreír coqueto con sus labios hinchados.

—La oferta de una noche de pasión sigue en pie.

—Maximilian patearía tu trasero hasta Alaska.

Se echa a reír pero le provoca tanto dolor que se detiene con un siseo.

—Te usaron como saco de boxeo —señalo.

—Lex es un animal al que le gusta provocar dolor. Y ninguno de los miembros me tolera, así que cuando Aaron le dijo que me golpeará se desquitó bastante bien.

Trago saliva y desvío la mirada. Están locos, todos ellos; debo recordarme eso cuando otra vez piense en sentir simpatía o compasión por uno de estos tipos.

—¿Dónde estoy? —cuestiono con voz dura.

—Esto es C5. En otras palabras: cabaña número cinco. La C5 es como el infierno. Solo dolor sucede en este lugar.

—Dios... —susurro.

—Crack debe estar en camino, preciosa, tienes mucha suerte.

Abro la boca para decir algo más pero la puerta del pequeño cuarto se abre. Con horror veo a Aaron entrar portando una especie de cuchillo en su mano. Mi interior se agita.

Me va a matar.

—Vete, Morgan —ordena sin apartar su mirada gélida de mí.

—¿Qué cojones vas a hacer?

—No te importa. Sal.

El chico no se mueve de la cama junto a mí e interiormente agradezco eso, pero un segundo después Aaron lo levanta de su camisa manchada y lo tira con fuerza bruta a un lado de la habitación. Reed ya estaba débil por la paliza y con eso solo consigue quedar inconsciente en el suelo luego de que su cabeza rebotara contra la pared.

Aaron se acerca a la cama con la navaja dando vueltas en su mano. Me hago hacia atrás, pero estira su brazo y tira de mi pie hasta que mi trasero toca el borde de la cama. Jadeo de miedo ante su rapidez y mirada determinada. Su gran mano me toma del brazo y sin esfuerzo me hace ponerme en pie.

—Quédate quieta.

—¿Qué me vas a hacer?

—Quieta, maldita sea.

La punta de su navaja se dirige hacia la piel de mi brazo. Cuando el metal corta la carne y comienza a correr sangre no puedo evitar sisear y cerrar los ojos. Me está cortando. Su agarre hace tanta presión que solo consigue que salga más sangre, y el corte tiene alguna especie de forma o patrón porque está concentrado mientras lo hace.

Comienzo a retorcerme y a tirar para alejarme con lágrimas deslizándose por mis mejillas, pero él no se inmuta ni se mueve un centímetro. Su sujeción es inflexible.

—Calma, estoy dando los retoques finales. Ha quedado precioso.

De pronto me siento tan débil que he dejado de luchar y solo soy consciente del dolor, mis párpados presionados con fuerza. Solo aguanta, me repito mentalmente, pudo ser peor.

Escucho la puerta golpear bruscamente la pared y un segundo después Aaron me ha dejado. Abro los ojos y puedo volver a respirar cuando veo a Maximilian asestando puñetazos al cuerpo de Aaron que sostiene contra la pared. Un golpe furioso tras otro. Lo tomó por sorpresa y Risk no tiene posibilidad de salvarse de esta.

Se escuchan sus maldiciones y los golpes secos por todo el cuarto. Está desatado, cegado por una rabia infernal, y apenas se puede vislumbrar el rostro de Aaron porque los golpes de Kersey no dan tiempo uno tras otro. Lo aleja de la pared y lo arroja al suelo de madera, se monta a horcajadas sobre su cuerpo y sigue con el repartimiento de golpes. Maximilian le grita cosas que ni siquiera escucha, pues luego de tantos golpes Aaron está tan inconsciente como Reed.

Me acerco al cuerpo de Kersey y coloco una mano temblorosa sobre su hombro, que se tensa con cada puñetazo. La sangre salpica sobre su ropa y las paredes. Reprimo mi impulso de vomitar al ver cómo ha dejado el rostro de Risk.

—Ya está bien —murmuro débilmente, pero Maximilian no reacciona—. Vamos, suéltalo.

—No lo voy a soltar —gruñe—. No lo soltaré nunca.

Me llevo la mano a mi brazo derecho y trato de ejercer presión en la herida para que deje de sangrar.

—Déjalo, por favor —mi voz es demasiado débil.

—No.

—Andrew, por favor, podrías matarlo. Piensa. No podrás estar conmigo si vas a la cárcel, maldición. ¡Piensa! ¡Detente, Max! ¡Ya! Por favor, Dios, detente. Creo que me voy a desmayar.

Menos de cinco segundos después soy engullida por su cuerpo mientras me exprime la vida entre sus brazos. El calor me inunda y la tranquilidad que siento me hace querer llorar. Él reparte besos por todo mi pelo y me estrecha con cuidado. Siento que me relajo por primera vez en toda la noche.

—Vámonos de aquí, ¿bien? —murmura.

—¿Pero Alex y Craig...?

—Inconscientes.

Me toma de la mano y nos acercamos a la puerta. Le doy una mirada preocupada a Reed que sigue en la esquina, inconsciente en una posición imposible, pero me obligo a recordarme quién es, lo que ha hecho y a olvidarme de él. No merece mi lástima, me digo.

Justo antes de atravesar la puerta para salir de la C5, dejando atrás los cuerpos caídos de Lex y Craig, Max saca un papel de su bolsillo y lo arroja al suelo.

—Si tanto quiere el puto certificado que lo tenga. Solo busca motivos para odiarme más.

No sé qué decir así que solo me dejo guiar. Mis ojos permanecen clavados en la espalda de Max y me niego a mirar nada más. No necesito ningún recuerdo más de este lugar, desearía poder suprimir de mi cerebro todo lo sucedido el día de hoy. ¿De verdad acabo de vivir todo eso? ¿Realmente sucedió?

Estacionado con muy poca delicadeza frente a la cabaña está su vehículo y solo deseo largarme de aquí lo más pronto posible. Han sido los peores momentos de mi vida. Sigo sintiéndome como en una especie de nube, flotando, sin ningún pensamiento coherente o apetito de pronunciar palabra.

—¿Adónde vamos? —me animo a preguntar cuando enciende el motor.

—A mi casa. Voy a dormir abrazado a ti toda la noche y el día de mañana. He envejecido veinte años hoy y no pienso simplemente dejarte ir como si nada. —Asiento y me coloco el cinturón de seguridad, perdida en mis pensamientos, por lo que me toma de la barbilla suavemente para que pueda ver sus ojos—. ¿Estás bien, Mad?

Niego suavemente con la cabeza. Esto ha sido demasiado. Él acerca sus labios a los míos y me da un beso tierno, con bastante cuidado.

—¿Ahora estás bien? —pregunta con una media sonrisa, aunque las arrugas de preocupación en su rostro no se van.

Me fuerzo a sonreírle un poco. Hay muchas cosas que pesan entre nosotros, pero habrá tiempo para hablar de todo esto más adelante.

—Supongo que ahora estoy mejor.

Sale con cuidado de la entrada. No se puede ver muy bien por la oscuridad, pero el frente parece estar en mal estado y la zona

está oculta entre enormes árboles. ¿Dónde demonios estamos? De milagro hay una carretera por aquí.

Andrew enciende la calefacción y suelto un suspiro. Hecho la cabeza hacia atrás y me percató de que aún tengo mi mano sosteniendo mi brazo derecho. Alejo la palma con cuidado y veo la sangre pegajosa cubriéndola. No me duele ni sangra tanto, pero sigue preocupándome el corte.

Busco mi voz dentro del silencio del coche y trato de llamarle:

—¿Max?

—Ya casi llegamos, cariño, pronto podrás dormir.

—No es eso. —Suspiro, imaginando su reacción, y seguido susurro—: Aaron me cortó el brazo. En la cabaña. Pero ya...

Él frena duro y debo poner mis manos en el vidrio para no estrellarme contra él. Caigo de golpe y lo miro con los ojos muy abiertos. Sus dos manos estrujan el volante y tiene la respiración rápida mientras mira al frente.

—¿Qué fue eso? —jadeo, exaltada.

No responde por unos segundos y luego su cabeza se gira lentamente hacia mí. La oscuridad llena su rostro de sombras y lo hace verse aún más mortífero cuando exige:

—¿Que ese miserable te hizo qué?

—Me cortó, Max, él... —Suspiro y me cubro el rostro con las manos—. Aaron me cortó mi brazo con su navaja.

No responde pero escucho cómo la puerta del Saleen se abre y se cierra, para segundos después abrir la mía. Contrario a su estado emocional, con suavidad sus manos retiran las mías de mi rostro y puedo verlo arrodillado en la tierra. La espesura de la noche no me permite observar su rostro. No habla, ninguno lo hace, solo espero su siguiente movimiento con cautela.

Grandes manos rodean mi brazo casi en su totalidad y con sus pulgares acaricia la zona cortada. La analiza con cuidado. No puedo ver qué es lo que tengo, pero observo su rostro y me doy cuenta de que es peor de lo que pensé por la forma en la que cada músculo se tensa y llamaradas de ira surgen en su mirada.

—¿Qué es? ¿Es muy profundo?

—Espero que no sea lo que estoy pensando —responde bruscamente.

Utiliza su celular como linterna y me ilumina la zona. Seguidamente sus nudillos se vuelven blancos alrededor del móvil, y sisea:

—Me cago en la puta.

—¿Qué es? ¿Max? —Se levanta, su cuerpo adentrándose en la oscuridad del bosque sin mirar atrás—. ¡Maximilian! ¡Max! ¿Adónde vas?

Cuando comienzo a escuchar fuertes golpes me levanto de un salto y tomo su celular de la hierba. Lo desbloqueo y comienzo a iluminar la zona boscosa junto al auto. Hace un frío malditamente horrible y mi cuerpo ruega por un descanso, pero comienzo a buscarlo. Me obligo a arrastrar mis pies hasta encontrarlo.

Estrecho los ojos y le llamo. Los golpes se escuchan cada vez más fuertes y estoy desconcertada, hasta que ilumino a Maximilian dando puñetazos contra la madera de un gran árbol. Corro hacia él mientras lo observo dar golpes con el rostro rojo de la furia.

—¿Max? ¡Max! ¿Qué sucede? —Mi voz es lo único que se escucha aparte de sus quejidos, maldiciones y sus nudillos chocando contra el árbol—. Andrew, detente, por amor a Dios. Max. ¡Max, te vas a hacer daño!

—¡Es un infeliz! —grita—. ¡Un hijo de puta! —Golpe—. ¡Te marcó! —Golpe—. ¡Ese bastardo te marcó! —Puñetazo—.

¡Lo mato! ¡Te tocó! —Otro más—. ¡Esa mierda usó su navaja en ti y te marcó!

Su voz sale desgarrada y dolida. La manera en la que arremete contra la vegetación me sorprende, y más aún lo que acaba de decir. Aaron me marcó con alguna especie de signo extraño que Max conoce. Necesito que se explique, pero no ahora. Él necesita una manera de descargarse, y no quiero que vuelva atrás a la C5 para terminar lo que empezó, así que me quedo estática mientras lo observo moler el árbol a golpes.

Me rodeo el cuerpo con los brazos y me mantengo allí, mirándolo. Duele que se sienta tan mal cuando no es su culpa. No hay forma en la que yo pueda dudar de su amor por mí, pues ver cosas como estas me demuestran que el sentimiento es verdadero, crudo y real. El uno sufre por el otro y ambos nos necesitamos para respirar.

Si él cae, yo lo levanto. Y si él no lograra levantarme cuando yo cayera, sé que se arrastraría conmigo hasta el final.

Minutos después, cuando creo que no siento la punta de mi nariz y mis labios se tornan azulados, Kersey deja de dar golpes y apoya las palmas en la madera mientras jadea. Tiene los nudillos rotos y su respiración es frenética. Trata de recuperar el aliento. De inmediato, apoya su frente contra el árbol y cierra los ojos. Doy un par de pasos más cerca y con mi mano acaricio su espalda de arriba a abajo en un intento de reconfortarlo.

Me sorprende rompiendo el silencio.

—Lo siento. Sé que estás muy cansada y quieres llegar a dormir y... —se queda sin palabras y se incorpora para mirarme. Sus ojos se muestran deshechos—. Perdón, cariño, de verdad perdí el control. No me gusta que me veas así, maldición, hay muy pocas cosas que me ponen de esta manera.

Me pongo de puntillas para rodear su cuello con mis brazos mientras él hace lo mismo con mi cintura. Parece aliviado de que siquiera me digne a mirarlo después de lo que hizo.

—Sé que tienes un temperamento horrible. Lo he comprobado demasiadas veces. Así que valoro el hecho de que decidiste descargarte contra ese árbol en lugar de volver por ellos.

—No sabes cuánto deseo dar media vuelta y...

—...No, ni hablar. Un poco más y los matas, Max. No quiero verte en la cárcel, ¿entiendes? Eres mejor que eso. Mi corazón se destrozaría, Kersey... Por favor, entiéndelo. Verte convertido en un monstruo acabaría conmigo.

Se inclina hasta rozar nuestras narices. Nuestros alientos son helados; sin embargo, su mirada es toda calidez y pasión contenida atrapando la mía.

—Quiero que entiendas que ahora tú eres más importante que mi vida.

El trayecto en coche hasta casa de Max lo paso dormida, así que no tengo la menor idea de cuánto tiempo duramos en volver de la cabaña. Me levanto, somnolienta, cuando un guardia de seguridad nos detiene frente a unas verjas de por lo menos quince metros de alto por veinticinco o más de ancho. Maximilian baja la ventanilla, el hombre de la seguridad se asoma, le dirige una sonrisa e, inmediatamente, toca un botón que abre las enormes rejas como si fuera la entrada al mismísimo Olimpo.

Me percató de que cada residencia es más grande que la anterior a medida que nos adentramos en esa enorme urbanización privada. Observo desde estilos neoclásicos hasta diseños minimalistas y art decó, con balcones, piscinas y chalés. Me encuentro anonadada con tanto lujo y excentricidad en un solo lugar. No quiero ni imaginar cuán imponente y ostentoso se verá esto por la mañana.

Maximilian recorre el camino de entrada hasta una mansión moderna que me enamora a primera vista, incluso, desde la oscuridad. Sus imponentes ventanales, las barandas de cristal, la decoración contemporánea, la piscina rodeada de pequeños bombillos y los tonos grises, blancos y negros de la fachada te sorprenden y encantan en primera instancia, pero el diseño moderno y minimalista te termina de conquistar.

Muy claramente me imagino a Maximilian viviendo aquí. Este estilo y él son muy parecidos: flamantes, únicos, exudan lujo sin llegar a lo muy aburrido o clásico y, cuando los ves, sabes que es un privilegio el siquiera observarlos.

A pesar de haber dormido todo el viaje, al poner un pie en el suelo me encuentro exhausta otra vez y con deseos de acurrucarme por días enteros. Bostezo. Max me dirige con su brazo sobre mis hombros al interior de la casa luego de desactivar un complejo sistema de alarma, y me encuentro con un salón totalmente destruido. Dice que temprano en la mañana llamará a alguien para que limpie todo esto y me hace subir las escaleras a su habitación. No pongo resistencia ni me animo a responder porque una pesadez y la bruma del sueño envuelven todo mi cuerpo y debo hacer un esfuerzo monumental para mantener los ojos abiertos.

Me dirige directamente al baño de su habitación y me obliga a esperar sentada en el váter mientras él busca algo para curarme la herida. Vuelve con gasa, agua oxigenada y una extraña pomada. Me hace quitarme la blusa y por primera vez no rechisto y directamente lo hago, demasiado cansada para sentir pudor.

—Esto dolerá un poco —asegura antes de desinfectar la herida con el agua oxigenada.

Siseo y me retuerzo, ahora más despierta. Duele bastante, pero luego de ponerle crema y vendarla me siento infinitamente mejor.

—¿Con qué me marcó Aaron? —Cuando veo que no piensa cooperar, insisto—: Dime, Max.

Suspira y toma mi mano para dirigirme a la habitación.

—Te hizo la señal de The Dead, la misma desde que la banda se fundó: la flor de lis invertida.

Me siento en la cama mientras lo observo quitarse los pantalones y la camisa manchados de sangre. Él mismo se desinfectó y vendó sus nudillos cuando acabó conmigo.

—¿Flor de lis?

—La utilizan los scouts —dice, sacando de su armario un pantalón azul holgado para dormir y se lo coloca—, significa compromiso, honor, lealtad, abnegación, pureza...

—Entonces, ¿para qué la usan como su marca si significa cosas buenas? —Con mucho cuidado me quita el sostén y me pone una de sus camisas.

—La colocan al revés pues para ellos simboliza lo contrario. Es una idiotez. —Se arrodilla y un segundo después está quitándose los zapatos y sacándose los vaqueros por las piernas. Su camisa me queda tan grande que cubre hasta la mitad del muslo.

—¿Qué significa cuando te marcan?

—Significa que estás en la mira. —Prepara la cama y saca varias mantas del armario para nosotros—. Significa que, aunque estés libre, pronto sabrás de ellos. —Camina hacia mí y me toma de la mano—: Pero eso no va a pasar, así que tranquilízate. Ahora a dormir, Shawty.

Andrew apaga la luz y se escabulle dentro de las sábanas. Se acuesta boca arriba, pasa un brazo debajo de mi cabeza y yo me acurruco contra su costado, con una pierna estirada sobre las suyas. Me da un beso en el cabello y susurra:

—Espero que entiendas que me he sentido morir hoy, Maddie. No quiero que vuelva a pasar de nuevo y no lo voy a permitir. No importa lo que tenga que hacer, ¿entiendes?

—No entiendo cómo hizo Risk para dibujarme una flor en el brazo.

—Su arma útil siempre ha sido la navaja, la controla como otra extensión de su cuerpo. Tiene práctica dibujando esas cosas desde hace años. El corte es muy superficial y te lo quité de encima cuando ya estaba terminando —suspira derrotado.

Escondo mi rostro en su cuello y dejo allí un par de besos. No estoy muy ágil esta noche y no podré expresar con palabras mi agradecimiento, así que lo dejaré para mañana.

—No pienso ir a la universidad mañana, así que no me levantes temprano.

—Yo tampoco iré, curiosamente me ha cogido un virus estomacal de un día. Creo que tendré que quedarme contigo.

Le doy otro beso en la base del cuello.

—Gracias por estar ahí, Max. Gracias por siempre estar para mí.

*Apártate de él. Quemar como el fuego y su único placer
será consumirte.*

*Probarlo no es diferente a sentir la adrenalina corriendo
por tus venas y la sangre bullente amenazando con hacerte perder
la cabeza. ¿Conoces los pecados capitales? Él los engendra, vive,
juega con ellos.*

*Ese chico es el cielo de las mujeres y el maldito infierno en la
tierra; la viva encarnación de lo seductor que puede ser el pecado
y el fiel recordatorio de cómo una cara bonita puede desviarnos
por un camino lleno de malas decisiones.*

*Porque el talento del demonio es la pérdida
de los santos, cariño.*



Madeline

CAPÍTULO VI

—¡Nicolás! —llamo—. ¡Nico, estoy aquí!

Dejo mi bolso en la isla de la cocina. La puerta estaba abierta y decidí entrar al departamento. Todo se encuentra especialmente silencioso. Doy un par de pasos más hasta que encuentro la sala de estar, alguien olvidó cerrar las cortinas y la luz de la luna cubre sutilmente la habitación confiriéndole un aspecto macabro entre el silencio sepulcral. Algo me dice que salga lo más rápido posible de este departamento, pero me encuentro avanzando hacia el cuarto de Nicolás.

Tomo el pomo helado de la puerta y el escalofrío que siento me pone alerta. Giro lentamente la perilla y, tomando aire, la empujo, abriéndose con un chirrido agonizante que corta mi respiración por un segundo.

—¿Nicolás? —mi voz apenas es audible, incluso para mí. No me atrevo a quebrantar el solemne silencio que impuso la noche.

Doy dos pasos dentro y me detengo. Otra pequeña ventana da un haz de luz al lado derecho de la habitación, iluminando únicamente ese lado de la gran cama, pues el otro está absorto totalmente por la oscuridad, que no parece tener un inicio o un final. Miro hacia mis pies y no los distingo entre la negrura, solo sé que estoy caminando con una lentitud enfermiza hacia el lado más iluminado que puedo encontrar.

Otro escalofrío me recorre mientras tomo asiento en el borde de la cama, mirando hacia la ventana. Ahogo un grito entre

sollozos. Juraría que una mano acaba de tirar de mi pie en la oscuridad. Subo mis piernas y las envuelvo con mis brazos. Mi cuerpo tiembla ligeramente y mis ojos queman por las ganas de llorar. Algo como un viento frío, de dudable procedencia, me estremece.

Me concentro en mirar la luz que se cuele por la ventana, pues estoy sintiéndome observada. Esa sensación me agita y ni siquiera pienso en respirar, solo en los ojos que percibo clavados en mi espalda, provenientes de la parte oscura de la habitación.

¿Dónde estás, Nicolás?

Un conjunto de pasos empieza a hacer eco en el departamento. Primero se escuchan lejanos, poco audibles, hasta que su volumen comienza a ascender y rompen el sospechoso silencio. Me pongo tiesa y deseo sollozar, pero mantengo los ojos clavados en la sala de estar. Capto una sombra pasar rápidamente frente a la ventana localizada en ese lugar, pero luego vuelve a confundirse con la noche.

—¿Nico? —lloriqueo, posicionando lentamente los pies en el suelo de la habitación, dispuesta a averiguar si realmente es él.

Mi grito rompe nuevamente el silencio cuando esta vez estoy segura de la mano que se envuelve alrededor de mi tobillo y comienza a tirar hacia abajo. Lloro y frenéticamente tiro de mi pie mientras me arrastro con mis codos hacia lo profundo de la cama. Los pasos vuelven a resonar, esta vez más rápidos que antes, acompañados de golpes en las paredes. Sollozo prolongadamente cuando un par de uñas afiladas se clavan en mi carne, ahora son dos manos las que tiran de mí hacia abajo de la cama y, en mi desesperación, grito apenas atravesando el nudo de mi garganta, ahogándome, pero nadie acude. No consigo respirar.

Con fuerza, me impulso hacia atrás y logro deshacerme de las manos, pero mi espalda y mi cabeza chocan contra un cuerpo

humano. Tiemblo, alejándome de lo que sea que se encuentra en el lado cubierto de oscuridad y me hago un ovillo contra el cabezal.

Cuando me cubro el rostro con las manos, el olor característico y la textura viscosa me hacen percatarme de que están repletas de sangre. Jadeo. ¿Es mi sangre? Las lágrimas corren por mis mejillas y ni siquiera logro hablar. ¿Qué está pasando? No tengo tiempo de reaccionar cuando vuelven a tirar de mi pie con fuerza. Suelto un grito desgarrador y me aferro con mis puños a las sábanas, pero me están llevando, la oscuridad me está arrastrando hasta sus entrañas con manos pálidas y uñas largas y afiladas.

«Te dije que llegaría hasta ti».

Localizo a mi mejor amigo en la esquina de la habitación, junto a la ventana, bañado completamente por la luz y observándome desde allí con ojos vacíos, sin mover un dedo para ayudarme.

—¡Nicolás! ¡Nicolás, ayúdame, por favor! ¡Nico! —grito con todas mis fuerzas, cerrando los ojos. El nudo en la garganta me impide hablar.

«El talento del demonio es la perdición de los santos».

—¡Nicolás, por favor!

Me siento de golpe, toda sudorosa y con las mejillas empapadas de lágrimas. Mi respiración es errática y sigo sollozando. Mi cuerpo se encuentra enredado entre las sábanas, mi corazón late a mil por hora. La luz de la lamparita a mi lado me permite observar las facciones oscurecidas de un Maximilian totalmente preocupado, casi desesperado, con sus manos en mis hombros. Rápidamente me atrae a sus brazos y me sostiene con fuerza mientras lloriqueo con el rostro escondido en la curva de su cuello.

—Fue una pesadilla.

—Tengo tanto miedo.

—Lo sé, temo que puede ser a causa de todo lo que pasaste hoy. Estoy seguro de que fue traumático para ti.

—Soñé con Nicolás... Nicolás... —Sorbo por la nariz y de un manotazo me seco las lágrimas de las mejillas—. ¿Dónde está mi teléfono? ¿Max?

—Se lo arrebaté a Craig cuando llegué a la cabaña. Está en mi pantalón. ¿Qué ocurre con el rubio? ¿Por qué tienes una pesadilla y gritas llamándolo a él?

—Estaba conmigo y Craig lo acorraló cuando... Dios, no, no... ¡No!

—Espera, cariño, tranquila. Son las dos de la mañana. Madeline...

No tengo palabras para describir cómo me siento. Esta opresión en el pecho que casi no me permite respirar. Me tiembla el labio y mis ojos comienzan a humedecerse de nuevo mientras recorro la habitación con la mirada en busca del pantalón.

No puede ser. Él tiene que estar bien.

Encuentro la tela arrojada a un lado del armario y cuando me agacho a recogerla no puedo evitar soltar un audible sollozo y las lágrimas hacen su descenso hacia abajo. Con la visión borrosa me apresuro a buscar dentro de los bolsillos e ignoro la preocupada voz de Maximilian, ahora detrás de mí, que me suplica que me calme y le explique qué sucede mientras trata de darme caricias reconfortantes.

Me alejo de él bruscamente y busco el número en mi móvil. Lloro cada vez más cuando se escuchan tres timbrazos y no atiende.

«He aprendido a quererte como a una hermana. Claro que amigos siempre. En las malas y en las peores.»

«Siempre he tenido fe en ti, Madeline. Creo que estás destinada a cosas grandes, y espero que me permitas vivirlas contigo».

«Claro que sí, yo para ti y tú para mí. Hagamos esto juntos, nena».

Este miedo tan real, tan crudo, solo lo siento cuando estoy cerca de Aaron. Es horrible. Jamás me había sentido así. Para mí una muerte parece algo surrealista porque nunca he afrontado una, pero poco a poco voy recordando momentos violentos de Risk y entiendo, muy a mi pesar, que no le temblaría la mano para matar a alguien.

Ni a nadie de su grupo tampoco.

—Madeline, joder, estás temblando.

—¡No contesta! —gimo y vuelvo a marcar con impaciencia.

—Cariño...

«Mi hermanita menor, Mad. Estás en la lista de personas que me importan en la vida. No soy tu Kersey, pero haré lo que pueda para protegerte».

—¡Necesito que te calmes ahora mismo! Por favor, dime lo que te está pasando y lo arreglaré, te lo juro, Mad. ¡Cál...!

—¿Hola? —luego del primer tono, su voz algo adormilada contesta.

Automáticamente un gran peso se eleva de mis hombros y siento que poco a poco puedo respirar con normalidad. Vuelvo a sollozar, esta vez de alivio.

—¿Nico? Oh, gracias a Dios. ¿Cómo estás? ¿Craig te hizo algo? ¿Estás bien? ¡Nicolás dime que estás bien!

—¿Maddie? ¿Madeline? —La línea permanece en silencio un momento—. Nena, ¿dónde estás? ¿Qué fue lo que pasó?

—¿Dónde estás tú?

—En mi departamento... —produce un sonido desde el fondo de su garganta—. Me duele la cabeza. Recuerdo que cuando iba tras de ti un tipo entró, me atacó y ahora estoy aquí.

—¿Pero estás bien?

—Sí, estoy en mi cama, como si hubiera estado durmiendo tranquilamente toda la noche. Me has despertado. Tal vez me he desmayado.

—Nico... —un sonido estrangulado sale desde el fondo de mi garganta. Cierro los ojos porque no deseo seguir llorando, Maximilian me da apoyo colocando sus manos en mis hombros y manteniéndose cerca—. Creí que te había pasado algo malo. Pensé...

—Estoy bien, nena, ¿pero dónde estás? ¿Estás con ellos?

—Estoy bien, en casa de Maximilian. Me sacó de allí. Al parecer Aaron quería algo de Max y esa era su forma de conseguirlo.

Escucho su suspiro del otro lado.

—Bien. Creo que mañana..., bueno, hoy hablaremos de esta experiencia. Necesito que me expliques muchas cosas, pero mi mente ahora mismo no funciona muy bien.

—Faltaré hoy, realmente no quiero estar con gente por el momento. Me pasaron muchas cosas allí... —murmuro, recordando mi corte vendado—, luego te lo cuento, ¿vale? Vamos a seguir durmiendo.

—Cuídate, Mad.

—Te quiero. —Percibo el cuerpo de Maximilian tensarse más de lo normal al escuchar eso, pero lo paso por alto—. Por favor, Nicolás, si vas a volver a dormir asegúrate de cerrar todo como corresponde y de estar seguro. Estoy preocupada por ti.

—Claro, mamá, lo haré.

Miro el teléfono un par de segundos antes de darme la vuelta despacio. Mis ojos arden por llorar tanto y siento el cuerpo tremendamente pesado. Solo deseo seguir durmiendo y creer que este día no fue más que parte de un sueño.

—Él está bien, vamos a dormir.

Me lleva a la cama nuevamente y se coloca de costado, mirándome. Me acomodo pegando mi espalda a su pecho, él envuelve mi cintura con su brazo y me sujeta con fuerza.

—Cierra los ojos, Mad. Estoy aquí y Nicolás está bien, nada malo va a pasar.

~*~

—No me importa, pero que sea lo antes posible. Me he dado cuenta de que no puedo yo solo, ¿bien? Así que si quieres ayudarme... —Su voz se mantiene baja, pero sisea con notable furia—: ¡La ha marcado! ¿Crees que estoy siendo paranoico? Conozco a mi hermano, Michael, gracias. Ese hijo de puta no tiene raciocinio o modus operandi, pero sé que cuando quiere algo... y la quiere. —Oigo un gruñido y me doy vuelta en la cama—. Le ha dado un susto de muerte y prácticamente la secuestró frente a mis narices. ¿Crees que no estoy pensando? Mi deseo es pasar el resto de mi vida con ella, no que me vea en la cárcel. ¿Denver sigue...? Es intocable, ¡joder! ¿Qué demonios hago yo? —Se queda en silencio, escuchando lo que le gritan del otro lado—. Ella quería venir aquí antes de conocerme, no soy tan egoísta como para pedirle que nos larguemos porque quiero estar con ella y mi pasado no me lo permite. Entiendo, ¿de acuerdo? —Mientras vuelvo a sumergirme en la espiral del sueño, le oigo susurrar—: No es su culpa que yo fuera... que yo sea una jodida mierda.



—Estoy en mi casa con mi novia. ¿Desde cuándo te importa? Puedes ir mandando tus planes al demonio, sabes que estoy con Madeline. —Suelta una risa amarga—. Porque no soy ningún chulo de papi y no me da la puta gana obedecerte. Estoy bastante crecilito, ¿no crees? Ya no tengo 16 años, acéptalo. Sé cómo y con quién voy a establecer mi vida. ¿Me crees idiota? Anda, quítame todo, sabes que el simple hecho de apellidarme Kersey me abre puertas en cualquier lado. Ustedes me criaron para ser el rostro de la familia, ¿no? Y cuando los escándalos comenzaron a aparecer, se deshicieron de mí. —Vuelve a reír y aún en mi estado casi inconsciente mi corazón se ablanda con lo afligido que se le escucha—. Ya estaba por el suelo antes de que yo naciera. ¿Para qué llamaste, a final de cuentas? No tengo tiempo para esto. —Todo es silencio por un largo rato hasta que su voz furiosa resuena—: No sucumbiré a tu mierda otra vez. Dile a Ashton que se encargue de todo eso. Estoy trabajando como profesor en Columbia. ¿A Aaron, quizá? Maldita sea, cuida tu lenguaje, no vuelvas a referirte a ella de esa manera. Porque es mía, ¿entiendes?



Al abrir los ojos encuentro solo oscuridad; tengo la cabeza debajo de la almohada. Me escabullo y resoplo para quitar el cabello de mi rostro. Estoy acostada boca abajo, acaparando mi lado de la cama. Gimo y dejo caer mi frente contra la superficie suave. Soy un desastre en las mañanas.

—Dios, qué sensualidad —su voz sarcástica se escucha un poco más rasposa y pausada a esta hora del día. Inmediatamente, sonrío con mi rostro escondido en la almohada—. En serio, Mad, ese pelo tuyo mañanero como de me-he-peleado-con-una-manada-de-cuervos me pone.

Medio sonrío, ya totalmente consciente, y con mi mano derecha palpo hasta que toco la piel cálida de su torso. No voy a perder oportunidad de tocar los bíceps de Maximilian Kersey. Es uno de los pocos placeres de la vida.

—Es lo más romántico que me han dicho —mi voz suena ahogada—. Gracias.

Su risa es indescriptible. Exquisita. Algo que te apetece escuchar todos los días.

—Vamos, ven aquí. Quiero mi beso de buenos días.

Pongo los ojos en blanco aunque no pueda verme, arrastro mi cuerpo hacia la derecha hasta que topo con el suyo y me coloco encima. Levanto la cabeza con mis ojos entrecerrados seguramente llenos de lagañas, mi pelo enmarañado, y me acerco a darle un rápido beso en los labios.

—Buenos días —murmuro luego de que él me acercara para darle otro beso rápido.

—Buenos días, angelito. Casi me tiras de la cama anoche.

—Lo siento.

—Yo no. —Envuelve con sus brazos mi cuerpo, pegándose más a su torso desnudo, y sonrío—. Me encanta dormir contigo, aunque empieces a hacer el Harlem Shake con los ojos cerrados y tenga que dormir en el suelo. —Sus ojos azules me miran un momento en silencio, entonces prosigue con seriedad—: Espero que nuestros hijos no hereden tu mal dormir.

Me quedo sin aire.

Boquiabierta.

—Pues yo espero que nuestros hijos no hereden tu carácter posesivo.

Arquea una ceja, fingiendo estar ofendido.

—Espero que nuestros hijos no vengan con esa obsesión por las calificaciones que tienes tú. Y que sí sean buenos en el francés.

Suelto lo primero que me viene a la mente, mientras lo miro embobada.

—Sería precioso un bebé con tus ojos azules. Y con tus facciones. Tu habilidad para los idiomas. Tú elegancia. —Suspiro—. ¡Dios, sería tan perfecto!

Él usa su pulgar para delinear mi labio inferior.

—Sería perfecta una niña con tu cabello y tus ojos. —Sonríe, levanta su mirada hasta rozar la mía—. Que tenga tu carácter que tanto amo pero que sea tan responsable e inteligente como tú. Y con tu cuerpo. —De repente hace una mueca, considerando algo—. No, espera, eso no. No necesito andar rastreando a otra Madeline ni pelear con los tipos que quieran acercarse a ella.

Se impulsa hacia arriba hasta que su espalda choca contra el cabezal de la cama. Me monto a horcajadas en su regazo, vistiéndolo su camisa que se sube hasta mis muslos y el vendaje en mi brazo cortado. Coloco mis manos en sus hombros al mismo tiempo que él me presiona la cadera, y le guiño.

—Si tuviéramos una hija me iría de fiesta con ella y regresaríamos borrachas a las dos de la mañana.

Él gruñe.

—No me provoques. Me vuelvo infernal cuando se trata de la protección y los celos.

Ruedo los ojos.

—No me digas, guapo, no me había dado cuenta.

—¿Te sientes bien?

Memorias invaden mi mente: mis gritos, el tacto de Aaron, su voz dura, el dolor que me causó, el olor de la cabaña, Reed y su explosión emocional, Maximilian desesperado por mí. Recuerdo

a Nicolás, mis pesadillas, los trozos de conversaciones que escuché anoche. Todo cae tan rápido que me mareo y cierro los ojos un segundo, con las paredes dándome vueltas.

—Estoy bien.

—No parece estarlo. —Con su voz una octava más alta y sosteniéndome cerca, grita—: ¡Rachel, sube el desayuno y los medicamentos!

—Lo siento, ocurrió tan solo anoche y aún me pone mal... Espera, espera... ¿Quién es Rachel?

—Mi mucama.

Cuando una chica pequeña y de pelo rojizo entra a la habitación, mostrando una enorme sonrisa y sus más que notables curvas en un corto atuendo blanco con negro, creo que entiendo perfectamente por qué el pedazo de imbécil la contrató.

Giro la cabeza lentamente para darle una mirada asesina, pero está entretenido tecleando en su teléfono.

—¿Dónde dejo la bandeja, señor?

—Ponla por ahí. —Al fin la mira—. ¿Traes las pastillas para Madeline?

Al notar la mirada de Maximilian Kersey sobre ella, su sonrisa se ensancha y puedo jurar que está imaginando lo que hay debajo de la sábana.

—Claro. ¿Necesita que haga alguna cosa más por usted?

Maximilian me mira como preguntándome a mí, pero debe notar algo en mi rostro muy divertido porque casi explota en carcajadas frente a la mucama.

—Está bien así, muchas gracias. —Cuando ella se marcha pavoneándose, agrega—: Ya desayuné, te juro que con su edad cocina excelente.

—Ya lo creo, Kersey. También se ve excelente, ¿no?

—¿Acabo de hablar de un futuro contigo y me celas con la empleada? —ya no puede reprimir la sonrisa.

—Uf, ¡no son celos! ¿Cómo decías? Es sentido de propiedad en peligro de robo.

—Yo no tendría nada con ella. Ya no.

—El día en que se le ocurra venir a trabajar en bragas la echo de aquí. Tenga autoridad o no. Hablo en serio, Kersey.

—Seguro, cariño —carcajea—. Lo que quieras. Esta casa es tan tuya como lo es mía.

Observo por un momento la decoración de la habitación, el diseño intrincado del cabezal de esta cama descomunal, traigo a mi mente el vago recuerdo de la fachada de la casa y las de los chalets que se encuentran ubicados en esta misma zona. No puedo evitar suspirar.

—Jamás había visto un lugar como este —digo honestamente, acariciando su mejilla—. Incluso el diseño de cada mansión parece hecho con el objetivo de imponerse a las demás. Solo había visto hogares así en fotos o en televisión.

Un sonrisilla presumida hace acto de presencia y sus ojos comienzan a brillar.

—¿Sabes dónde estamos, Mad? —sacudo la cabeza en negación—. Este pequeño diamante es el barrio Tribeca. ¿Te suena?

Abro tanto la boca que mi quijada casi roza el suelo. Maximilian echa la cabeza hacia atrás y comienza a reír. Yo suelto una exclamación aguda:

—¡No puedo creerlo! ¡No puedes estar hablando en serio! ¿Estoy dentro de Tribeca? ¡Si esto es una broma, te voy a golpear jodidamente fuerte! —Él sigue riendo, pero yo estoy eufórica, y lo golpeo en el pecho—: ¡Maximilian, joder! ¿El verdadero Tribeca? ¿La cuna de los ricos y las estrellas de cine? —Me cubro la boca con las manos, genuinamente impactada—: No puede ser...

Él apenas consigue controlar la risa. Llevaba demasiado tiempo sin escucharlo disfrutar con carcajadas despreocupadas.

—¡Deberías ver tu expresión! Te estoy hablando en serio, cariño, este es Tribeca. Mi padre —su expresión se agría al pronunciar eso— tenía este lugar aquí y no lo utilizaba. Me apoderé de él cerca de los 17 años y comencé a venir aquí ocasionalmente —sube la mirada al techo, evitándome— con amigos y algunas citas.

—Idiota —ruedo los ojos—. Este lugar es impresionante, Dios... ¡No puedo creer que tu padre tuviera abandonada esta mansión! ¿Está loco?

El ladea la cabeza, suspirando, no tan alegre como antes.

—Él tiene muchas propiedades, Shawty, tantas que las deja abandonadas. La mansión de Tribeca es un claro ejemplo: cuando me mudé tuve que encargarme de las remodelaciones, y cuando volví a principios de este año, seguía tal y como la dejé hace años cuando me fui. A veces me pregunto si él recuerda que tiene este lugar.

De repente lo veo agobiado, perdido en pensamientos que no comprendo. Entonces se me ocurre algo que tal vez lo saque de su ensimismamiento y devuelva la alegría de antes:

—¿En este residencial vive alguna estrella? —sonríó todo lo emocionada que puedo, tomándolo de las mejillas—. ¡Por favor dime que has conocido a alguien famoso!

Echa la cabeza hacia atrás y niega, una nueva sonrisa en sus labios dando tranquilidad a mi corazón. Entonces suelta:

—Johnny Depp tiene un *loft* cerca de la entrada. Lo utiliza cuando viene al festival de cine. Spielberg también tiene una propiedad aquí, aunque se encuentra recluida del resto, y apenas me he tropezado con él un par de veces. —Mi boca vuelve a estar tan abierta de genuina incredulidad que él se endereza y sus ojos

danzan, alegres—. Con el que sí he hablado bastante y he ido a nadar a la piscina ha sido con Brad Pitt.

—¡No! —grito, ahora extasiada—. ¡Jodidamente no lo hiciste! ¿Es en serio? ¡Oh, Dios mío, Max! ¡No puede ser cierto!

—¡Es un tramposo de mierda en las competencias bajo el agua! —bufa, cruzándose de brazos—. Una vez apostamos y tuve que darle mi auto, pero estoy seguro de que gané yo. De todas formas, ese fue un gran día.

Suelto una carcajada, completamente conmocionada.

—Perdiste la carrera y el auto. ¿Cómo fue ese un gran día?

Él sonrío de medio lado, arqueando una ceja.

—Ese día su esposa nos hizo porras en traje de baño.



—¡Así como lo oyen! ¡Está de regreso! Estas fotografías fueron tomadas en el estacionamiento de la universidad de Columbia hace apenas veinticuatro horas, donde se ve al afamado Maximilian Kersey en su bonito auto, saliendo del sitio del que ahora es profesor.

En las fotos que aparecen del lado superior derecho de la pantalla está Max en el S7 con sus lentes de sol, totalmente serio. La imagen es lo suficientemente nítida como para que babeara por ese espécimen si no estuviera justo a mi lado.

Las dos presentadoras prosiguen:

—Pues, al parecer el «hijo perdido» de los Kersey no ha vuelto precisamente por el negocio familiar, Kraishenpark Oil Company, sino con el propósito de formar su propia vida.

—Y eso es algo que no entiendo, Lindsay. ¿Por qué teniendo a mano la oportunidad de controlar una empresa tan grande, decide trabajar en una universidad? —ríe—. No me quiero imaginar la cara del señor Kersey cuando se enteró de esto.

—Algo que está muy claro es que la aparición del ícono ha causado revuelo en la ciudad. Fue la portada de muchos diarios locales esta mañana y las hipótesis de su regreso varían desde que se ha quedado sin dinero, hasta que ha vuelto porque le ofrecieron el mando de otra gran empresa transnacional.

El bufido del individuo a mi lado me indica que esa última le parece enteramente ridícula.

—¡Es solo un joven de veintitantos! —prosigue la tal Lindsay su retahíla—. ¡Imagínate, debe ser abrumador!

—Pero Linn, si hiciéramos un resumen de la adolescencia del chico Kersey lo único que podríamos rescatar sería... —la otra mujer empieza a enumerar con los dedos—: mujeriego, engatusador, problemático como una enfermedad crónica, escurridizo, atrevido, incontrolable...

Andrew cambia el canal y corta el discurso de sus problemas naturales. Hace zapping hasta que escuchamos su nombre y se detiene un momento. La imagen frente a nosotros es un gigantesco portón negro que no permite ver más allá de las verjas, pero se entrevén los costados de las mansiones y chalets dentro del lugar.

—¡...la casa de Maximilian Kersey! Nuestros reporteros están listos para abordarlo. ¿Qué quisiera saber usted? ¿Qué querría preguntarle a Maximilian Kersey? Díganos a través de nuestra cuenta de Twitter y lo averigua...

En un salto ya estoy asomándome por el ventanal del cuarto de Max. Esto es increíble. ¡Es jodidamente alucinante! No sé cómo sentirme al respecto, además de conmocionada. Desde aquí vislumbro un trozo del cielo y la calle de esta mini-ciudad privada; el paisaje parece totalmente en paz contrastando con todo el alboroto que sucede fuera de esas verjas y del impecable sistema de seguridad.

—Desde allí no podrás verlos —dice desde la cama con voz tensa—, estamos prácticamente al fondo. Ven y recuéstate.

—¿Te persiguen a todas partes? ¿Cómo saben que estás aquí?

—Parece que saben todo de mí y nunca he conseguido averiguar cómo. Y sí, son mi compañía la mayoría del tiempo. Había olvidado lo divertido que era —sonríe con solo un pelín de sarcasmo.

Algo en su voz me atraviesa y me alejo lentamente de la ventana para sentarme en la cama. No necesito experimentar por cabeza propia para darme una idea de lo incómodo que es. Me da lástima, pues Max merece vivir a su antojo sin ser sofocado por el ojo público, pero yo necesito respuestas. Es ahora. Juro que he tratado de contenerme para no incordiar nuestro día, pero con cada segundo que pasa y la algarabía por Maximilian se vuelve más grande, más creo que no conozco a mi novio.

Ahora es como si estuviera con un extraño en la cama.

—¿Empezarás con las preguntas? —lee mi mente.

—¿Puedo hacerlo? —respondo en voz baja.

—No esperaré menos. —Suspira y acomoda su espalda contra el cabezal de la cama, cruzando los brazos—. Supongo que es tiempo de que contemos mi historia.

Su mirada... no quiero verlo así. ¿Por qué le duele? ¿Por qué me duele a mí? Desearía borrar de un plumazo cada cosa que lo molesta y abrazarlo eternamente dentro de una burbuja de felicidad e ignorancia.

—Max, lo siento, realmente imagino que recordar... —Inhalo despacio y suelto el aire con la misma lentitud—. Te juro que he tratado de llevar este tema con calma; los fotógrafos, el lujo, esta ciudad, pero... —Sinceramente no sé qué decir, me quedo sin palabras muy seguido desde que él apareció en mi vida—. Esto me sobrepasa, ¿entiendes? Tú tienes 24 años y te has acostumbrado a esto desde niño...

—Escucha...

—...y no voy a decir que nuestros mundos son totalmente diferentes, pero tengo solo 18 años recién cumplidos y una carrera por delante. Yo... —mi mirada, al igual que mi voz, titubea ante el maremoto en sus ojos—. Debes decirme qué clase de suelo estoy pisando antes de que me hunda del todo.

Suelto el aire de golpe y enfoco la vista en alguna parte de su pecho. Pasa un segundo, dos... Espero a que reaccione o mueva un dedo. No lo hace. Cinco, seis, siete... nueve... doce, trece... ¿Qué pasa? Podría jugar puzzle con la tensión que he creado. Eso que se escucha es mi respiración y mi corazón desbocado, nada más. ¡Demonios, debe estar furioso conmigo!

—Ecron Kersey es mi padre. —Me relajo al escuchar su ronca voz. Al menos sé que no me echará a patadas por ahora—. Eran solo mi tío y él. Empezaron desde abajo y fue realmente muy duro, pero lograron construir el imperio petrolero que es Kraishen. Te estoy dando la versión resumida... —tiene las facciones tensas y mira un punto indefinido de la pared mientras exhala— ...por lo que solo te diré que, aunque empezaron por aquí, tienen un par de plantas más en otros países. Ahora entenderás que yo pasaba viajando todo el tiempo. Mi padre es socio mayoritario de...

—Espera, eso... Kraishenpark Oil Comp... Com...

Esto no está bien. Ahora lo entiendo todo, ¡todo!... tiene sentido. ¡Oh, Dios mío! Me levanto y camino de un lado a otro junto a la cama. Tiro de mi pelo, ¡me tiembla todo el cuerpo! Me muevo frenéticamente mientras cada maldita pieza se ajusta en su lugar. Mi respiración es tan acelerada que apenas puedo escuchar a Max.

—No, no, ¡sabía que te pondrías así! —De un salto está en pie y camina despacio hacia mí, que retrocedo—. ¡Te vas a desmayar! —Suelta una gigantesca maldición—. ¡Madeline!

—No puede ser... —Mi espalda choca contra la pared y me cubro la boca con las manos mientras sigo procesando y acabando de entenderlo todo—. No puede ser... Por Dios... Jamás...

—¡Madeline! Tómate esto con calma.

—¿Con calma? —Mi risa suena tan lunática que definitivamente he perdido los estribos—. ¿Cómo se te pasó el detalle insignificante de que tu padre es dueño de la petrolera Kraishenpark?

Sus manos están sosteniendo mis hombros y su mirada es tan penetrante que solo me hace enloquecer. Su tacto generalmente cálido ahora me resulta extraño. Jamás podré volver a mirarlo a los ojos y creer que lo conozco.

—¡Te dije que tenía dinero! —estalla a la defensiva, pero sé cuánto lo está trastocando mi reacción.

—¡Perdóname si no pensé que eras el hijo del dueño de la KOCO! ¡La KOCO! —Lo miro como si el loco fuera él, no yo, por no entender la magnitud de su situación—. ¡Joder! ¡Hasta yo la conozco! ¿Un par de países? —suelto una carcajada, negando enérgicamente con la cabeza—. ¡Opera en sesenta países o más! ¡Tiene plantas gigantes en Holanda y Rusia, Max! Y la última vez que me fijé ¡tenía como cien mil empleados! ¿Cómo demonios...? —jadeo—. ¿Cómo demonios no me dijiste algo así? Explícame, Maximilian. ¡Explícame!

Mi cuerpo se sacude violentamente con mis alaridos, nunca habría estado preparada para un descubrimiento así. La habitación es invadida por el silencio pero no paso por alto la fuerza que ejerce Maximilian mientras sostiene mis hombros. Yo busco su mirada, pero la clavada en la pared sobre mi cabeza. Es como si un muro de hielo se manifestara entre la conexión presuntamente cándida que antes nos uniera.

—Bueno, no creamos que mi auto cuesta veinte dólares —si-
sea con ojos entornados.

¿Realmente me está mirando así? ¿Como si yo fuera alguien
de quien debe cuidarse? Me enfurezco.

—Ya, claro. Entendí, había entendido muy bien, que tenías
lo suficiente como para permitirte ciertos lujos: el auto... hasta
esta mansión en uno de los barrios más lujosos del mundo, ¿sí?
No me dijiste —vuelvo a reír huecamente y elevo mi mano hasta
señalarlo con el dedo— ¡que podrías comprar mi pequeño país
si te lo propusieras!

—Quien posee las riquezas es mi padre, no yo. No vengo aquí
en años, lo sabes, ¡y antes de irme de Nueva York tampoco estaba
involucrado! El dinero sobraba. No me preocupaba por estudiar
o conocer el negocio, solo quería divertirme, Mad.

—No te conozco.

Las palabras saltan antes de que pueda detenerme y al segun-
do me arrepiento de haber pronunciado aquello, pero no podría
decir que fue una mentira. La realidad de que no conozco a este
hombre, de que no conozco a mi novio, eso es lo que me está
apabullando de esta manera. Soy bestialmente estúpida porque
me lancé al precipicio sin ni siquiera adivinar de cuántos metros
era la caída. ¿De qué me sirvieron tantos años de ser recatada y
jugar a la chica inteligente? Ahora estoy en otro país emocional-
mente atada a un hombre al que desconozco. Es la ironía de mi
existencia.

Reacciono cuando Max deja mis hombros de golpe y traga
saliva con los ojos cerrados. Se frota las manos sobre el rostro
con tanta exasperación que me acongoja verlo. Mi cuerpo se co-
mienza a sentir más pesado de lo normal y me deslizo por la
pared hasta que toco el suelo, sin dejar de observarlo, esperando
oír algo. Cualquier cosa que aleje los terribles pensamientos que
estoy teniendo en este momento.

¿De verdad estoy enamorada de él?

—¡Me conoces! —claudica, pasmado—. ¡Me desenmascaraste lo suficiente para tenerme ahora temiendo perderte!

—Me he dado cuenta de que un año no es suficiente para conocer realmente a una persona. A veces ni toda una vida lo es.

Cuando cruza los brazos no me extraño al percatarme de la tensión en sus músculos y la rigidez de su cuerpo. Mira a cualquier parte menos a mí. A simple vista se podría creer que solo está preocupado por mi respuesta, pero sé que desde ya sabe cuál es y que, si pudiera ver sus ojos en este momento, sentiría un dolor infernal por la cantidad de tristeza que encontraría en ellos.

—Sé más clara —apenas replica.

Abro la boca, ladeo la cabeza ante su expresión herida, y solamente consigo mascullar, temblando de la cabeza a los pies:

—Esto es demasiado, Max.

—¿Por qué siento que esto no será una simple pelea y pasará demasiado tiempo sin tenerte?

Aprieto con fuerza los dientes hasta el punto del dolor, me abrazo a mis rodillas y miro al suelo, evitándolo.

—Estoy tan confundida... Lo siento. Lo siento en serio. —Me cubro los ojos con las palmas por el atosigante sentimiento que no consigo expresar—. Tengo demasiadas preguntas en mi cabeza y tú solo logras confundirme más.

—¿Me estás terminando? —murmura con una voz más ronca de lo normal—. ¿A solo horas de haber vuelto?

—No sabes las ganas que tengo de estar contigo —tomo aliento—, pero necesito saber si... si... si realmente estoy enamorada de ti. Si de verdad lo estoy. Solo dame espacio y tiempo, podría servirte a ti también —no sé por qué he dicho eso.

Su voz es dolida al mascullar:

—Yo sí estoy seguro de mis sentimientos por ti.

—¿Cómo? —lo miro directamente—. Estoy comenzando a pensar que realmente podríamos estar equivocados y solo somos personas que confundieron atracción con amor.

Al segundo de haber pronunciado esto, Kersey se arrodilla frente a mí y toma mi barbilla en su mano. Juro que percibí su cuerpo vibrar por la emoción.

—Sé que estoy jodidamente loco, enamorado, muriendo por ti, porque te juro que si me pides que vaya contigo al fin del mundo, te sigo. Si se te antoja comer comida italiana a medianoche, solo te preguntaré qué quieres. Si me pidieras que me tatuara tu nombre en toda la espalda, solo te preguntaría la fuente. ¡Sé que te amo porque si una maldita bala viniera hacia ti, me pondría en medio sin ni siquiera pensarlo, Madeline!

Quiero llorar, deseo retroceder el tiempo. Infinidad de cosas pasan por mi mente mientras nos observamos y tratamos de descifrar lo que piensa el otro. Cuando me mira de esta forma, cuando se ve tan vulnerable, así me siento yo también.

—Creo que fuimos muy rápido —con la garganta seca, pronunciar eso fue como raspar un cuchillo contra ella—. Quiero conocerte. Necesito hacerlo. Si no, no podré estar contigo.

—¿Y? ¿Qué propones?

—Necesito saberlo. Todo.

Comienza a negar con la cabeza y se aleja de mí.

—Mad...

—Max... espera. Lo que menos deseo es incomodarte ni que me cuentes la historia de tu vida porque estés obligado. Me refiero a que vas a tener que contarme, poco a poco, iré a tu paso. También será mucho por asimilar para mí. —Hago una pausa mientras pienso qué más decir—. Nunca dudes que te quiero, ¿sí? Porque estoy segura de que yo también haría locuras por

ti, pero solo hemos pasado a través de mi vida y necesito pasar también por la tuya.

—No quiero eso.

—Seguro le pones mucho drama a esto, Maximilian. Nada podría ser tan grave como para alejarme de ti. No es una película, ¿recuerdas? Tal vez pienses que tu infancia no fue lo mejor del mundo, pero estoy más que segura de que ha habido peores.

Me mira como si lo hubiera traicionado. Siento que me falta el aire cuando se pone en pie, toma asiento al borde de la cama, inclinado y con las manos cubriendo su afligido rostro.

—Bien. Te lo iré contando cuando tenga oportunidad, porque puede que yo solo sea dramático —se oye más que afectado al pronunciar eso— y esté exagerando mis cosas, pero para mí sí que es difícil. ¿Quieres que nos mantengamos separados?

Dudo varias veces antes de abrir la boca.

—Sería lo mejor, por un rato. —Cuando no dice absolutamente nada ni cambia de posición, me encojo por dentro—. Andrew...

No responde, no se mueve, no sé si respira; sigue sin apartar las manos de su rostro. Me pongo en pie lentamente, secando el sudor en mis vaqueros. El silencio de la habitación es tal que parece un sacrilegio cortarlo. Lo mejor será irme.

—No quiero que estés conmigo si no sientes lo mismo —dice tan de repente que me congelo cuando estoy a punto de abrir la puerta—. No quiero presionarte. —Suspira y por fin camina hacia mí, pero su rostro impasible y voz dura no auguran nada bueno—: Si sientes que me quieres, aunque sea un poco, ven por mí. Ya no seré yo el que vaya tras de ti.

Bruscamente pasa de mí y sale de la habitación.

Pasan los segundos. La palabra estupefacción no alcanza para describirme en este momento. Con el cuerpo tan pesado como

una tonelada de ladrillos tomo mi teléfono, avanzo por el pasillo y bajo las escaleras hasta la sala, totalmente impecable, con Rachel acomodando los almohadones de los sillones en un patrón blanco y negro, demasiado inclinada hacia delante y con un uniforme muy corto para mi gusto. Me ignora.

Estoy de pie al lado del descomunal sofá sin saber qué hacer.

—Rachel, vuelvo en un rato. —Maximilian entra al salón de repente, con una chaqueta puesta y llaves en mano.

—Ya va a anochecer. ¿Le dejo la cena preparada antes de irme o prefiere que lo espere? —le sonrío con un plumero en la mano. No creí ver uno de esos fuera de la televisión.

El chirrido furioso de mis dientes es imperceptible por consideración divina.

—No quiero que llegues tarde a casa. Solo prepárala y cierra cuando salgas, por favor. —Ahora me mira, pero no como lo hacía antes. Mis ojos pasan de fulminantes a desconcertados—. ¿Estás lista para irnos, Madeline? —parece que se lanzará a morirme en cualquier momento.

—Sí —exhalo de golpe, sorprendida por el trato fluctuando entre indiferente y hostil.

Estoy acomodada en el auto y nos acercamos despacio a las verjas para salir del gran complejo; desde aquí se puede escuchar el murmullo de voces a lo lejos. Maximilian detiene el Saleen y, con el rostro vuelto hacia la ventana y sus dedos tamborileando sobre la palanca de cambios, me dice:

—Si no quieres salir en las noticias de mañana y que te expulsen de la universidad, inclínate hacia abajo. —No reacciono y sigo mirando su perfil como alucinada, entonces añade fríamente—: Yo no tengo problema en que aparezcas en primera plana conmigo, la del inconveniente eres tú. ¿Qué decides?

Cuando me mira con ese semblante tan duro y, al parecer, irritado, bajo la vista a mi regazo y jugueteo con mis manos. Se está pasando. ¿Estoy conociendo al Max real? Suspiro de forma inaudible y me inclino hacia delante todo lo que el cinturón me permite, de forma que mi cabeza queda escondida cerca de mis rodillas, debajo de la ventana, y me suelto el pelo para que me cubra por si acaso.

Sin decir una palabra más, arranca a tanta velocidad que no me lo espero. Me lanzo hacia delante y casi me golpeo la cabeza. ¿Qué demonios? ¿Por qué conduce así? La velocidad que está tomando es ridícula. No puedo escuchar nada más aparte del gruñido amargo del motor. Da giros muy bruscos y choco contra la puerta varias veces, toma curvas de forma violenta y los neumáticos protestan de una forma desagradable. ¿Cree que estamos en una especie de carrera?

—Estoy tratando de perderlos —anuncia cuando estoy a punto de abrir la boca. Pasa un rato más de golpes y sacudidas poco sutiles, hasta que dice—: Puedes reincorporarte, los perdí.

Me yergo y aspiro una buena bocanada de aire, intentando ralentizar los latidos de mi corazón. Las calles a través de la ventana son un borrón y estoy de los nervios.

—Déjame a una o dos calles de la universidad, por favor —mi voz suena como la de una extraña—, me iré caminando.

La mirada que me propina dice de todo menos que está complacido con la idea, pero asiente rígidamente. Baja la velocidad. Exhalo con lentitud, mi interior bastante revuelto por un billón de razones. ¿De verdad esto está pasando?, es lo que pienso mientras echo la cabeza contra el asiento. Todo ha sido muy rápido e intenso, al menos para mí, y necesito un respiro.

Mi celular pita en mi mano y mentalmente agradezco la distracción. Es un WhatsApp de Liz... En realidad son varios mensajes de Elizabeth y no parece nada feliz.

Lizzie: Pero qué coño pasa contigo??. Qué pasó??. Cómo es eso de que un idiota loco simplemente te llevó?? Madeline qué pasa?!! Qué no nos estás contando??? Olvidaste que hay personas que se preocupan por ti maldita perra!! No llamas ni escribes y mira cómo jodidos me entero yo de las cosas!!! Joder Ariana te quiero partir la cara!!!!

Yo: Nico es más rápido que la prensa nacional, ¿no?

Lizzie: Me acaba de escribir. Estoy en clase. Si no fuera así ya te habría llamado... Maldita perra. Claro como te largas a otro país nos dejas en el olvido y no nos cuentas nada. Te das una maldita idea de lo mal que me siento yo aquí??? SABES QUE NO TE PUEDES DESHACER DE MÍ COMO SI NADA JODER. De qué te sirve tener un iPhone 345234 si no contestas?! Es que los planes de teléfono salen caros?! Hazle una mamada a Kersey o enséñale las tetas y que el te lo pague, pero comienza a llamar de vez en cuando pedazo de zorra!!!

Prácticamente puedo imaginarla chillando eso y dándome un golpe, seguido de un gran abrazo. De un momento a otro me han entrado unas ganas incontrolables de llorar. Respiro demasiado hondo antes de escribir, pues mis dedos tiemblan:

Yo: Dime qué fue lo que te dijo.

Lizzie: Que iban bajando del departamento y el idiota los acorraló. Que prácticamente te secuestró y a él lo golpearon y no recuerda cómo llegó a su cama. Que Max aparentemente te salvó. Por favor amiga dime qué está pasando!!

¿Qué le respondo? ¿Cómo la tranquilizo? *Ni yo misma entiendo exactamente lo que está pasando, Liz. Solo sé que tengo miedo. No puedo creer que una ciudad me lo esté quitando todo: paz, concentración, amor, seguridad... todo.*

Yo: Un tipo que odia a Max. Arreglaría cuentas conmigo.

Lizzie: Por favor dime que ese profesor le partió las piernas y le arrancó los huevos.

Yo: ¡Elizabeth!

Su estado se vuelve un «Escribiendo...». Apoyo la cabeza contra la ventana mientras sostengo el celular en el regazo, y aguardo. Cuando mi sien comienza a palpar como indicio del terrible dolor de cabeza que se avecina hago una mueca. Trato de relajarme en el asiento. Mis músculos agarrotados lo necesitan.

Pasan los minutos y sigo esperando la tan ansiada respuesta de Elizabeth así que, mientras, voy contestando los mensajes de mi mamá exigiendo un reporte completo de cómo va todo hasta el día de hoy. Deberían cortarme los dedos por escribir tantas mentiras y caritas felices. Ella no tiene idea de nada.

El Saleen se detiene bruscamente. Mi cuerpo se precipita contra el vidrio pero el cinturón frena el golpe. Maximilian sale del auto sin apagar el motor siquiera y cierra con un portazo que me estremece. Estamos en un estacionamiento medio vacío frente a varias tiendas, ninguna que yo conozca. Y antes de que me dé cuenta él ha vuelto; coloca un paquete plateado sobre mis piernas y se prepara para dar marcha atrás, sin prestarme mucha atención.

Con voz aburrida dice:

—Paracetamol. Para el dolor de cabeza.

—¿Có...?

—Siempre ocurre cuando te estresas mucho —murmura observando el espejo retrovisor y maniobrando para salir del estacionamiento—. Recuerdo que cuando estabas en exámenes finales y con el bachillerato encima, hacías esa mueca a diario.

—¿Cuál mueca?

—Arrugas la nariz con los ojos cerrados y mantienes la mano derecha a un costado de la cabeza mientras que con la otra afeerras algo como si fuera el cuello de alguien —dice sin más, y no vuelve a dirigirme otra palabra o mirada en todo el viaje.

Él se preocupó por mí, aún lo hace. Algo aletea en mi pecho.

Cuando al fin comienzo a reconocer las calles cerca de la universidad, Elizabeth responde.

Lizzie: No quiero ponerme en Plan Lloremos ni nada, pero te lo tengo que decir: nos conocimos hace unos cinco años o más y en ese tiempo aprendí mucho de todas ustedes aunque no lo crean. Aprendí que Mariela odia los grillos, que dibuja jodidamente bien, que parece que no rompe un plato pero en realidad es capaz de quebrar toda la vajilla. Me di cuenta de que Felicia es una amante de la danza contemporánea y secretamente de alguna que otra canción clásica. Que chilla demasiado y los únicos secretos que guarda son los nuestros, porque sabe que si no la golpeo. Amiga, sé que tienes miles de inseguridades y te encuentras muchos defectos pero los callas. Sé que solo anhelas darles a los demás lo que esperan de ti, que te esfuerzas por nunca decepcionarnos ni hacernos sentir inferiores. Que quieres agradarle a todo el mundo, aunque digas que no te importa, porque por dentro lo hace. Madeline nunca espera molestar a nadie porque solo quiere seguir su camino y que no se metan con ella, que nadie le impida lograr sus objetivos, y cree que lo mejor es evadir los problemas. Hasta hace poco más de un año todo eso fue efectivo verdad? Seguro que no quieres que nos preocupemos y tratarás de enfocarte en tus asuntos hasta que todas estas cosas malas que últimamente te están afectando desaparezcan. Aunque no lo creas me preocupo por ustedes, por las tres. La palabra HERMANAS para mí no es cualquier cosa, soy hija única y ustedes son lo más cercano que he tenido. Me duele mucho saber que estás allá lejos de nosotras y no podemos ayudarte. Me dolió saber que algo así te pasó y me enteré por Nicolás, sino no lo habría hecho. Me siento impotente y no sé qué demonios hacer, entiendes? Desearía que estuviéramos las cuatro juntas y buscar a ese hijo de puta para enseñarle lo que es bueno. Aunque tenga

que pelear con uñas y dientes, Mad. Cuando necesites hablar con nosotras, a pesar de la estúpida distancia, y aunque suene ridículo y trillado decirlo, tienes claro que siempre The Dangerous Girls estarán para ti.

Esto es lo único que, a pesar de mi malestar, ruptura, temor, incertidumbre, preocupación... logra hacerme sonreír. Débilmente, es una de esas sonrisas pequeñas con las que tal vez no puedes alumbrar un túnel, pero brilla con la suficiente intensidad para saber que nace de un sentimiento de verdad.

Yo: Querida amiga, te has vuelto cursi. Gracias Liz, en serio. No me siento lo suficientemente bien como para escribirte un discurso semejante, pero apenas pueda lo haré. ¡LAS AMO! Todo está bien, las cosas se están arreglando, no te preocupes. No es tan grave como Nicolás te habrá contado. Las quiero.

No es tan grave, es peor. Ellos no saben la historia completa, pues ni yo misma la conozco del todo. Me trago el impulso de gritar o llorar por la frustración y vuelvo a echar la cabeza contra el asiento. ¿Algún día las cosas volverán a ser como antes? Es todo lo que anhelo.

✿ M ✿

Abro los ojos y me reincorporo de golpe.

—¿Qué...? ¿Max?

Maximilian detuvo el vehículo dentro de un pequeño callejón con altos muros de ladrillos rojos a los lados y algunos botes de basura detrás del auto, que encara la autopista. Puedo distinguir los motores y sus rugidos, las siluetas de personas que pasan de largo el callejón mientras caminan en la acera; sin notarnos, totalmente inmersos en sus propios asuntos. Es curioso que, a pesar de que hay tanta gente allá delante, nadie gira un poco el rostro para fijarse en el plateado brillante de esta monstruosidad

estacionada. El Saleen se encuentra totalmente fuera de lugar en un escondrijo oscuro y algo pestilente como este.

—Estamos a dos calles de la universidad.

—Ah. Bueno... —comienzo a desabrocharme el cinturón.

—Anda con cuidado. ¿Tienes tu teléfono?

—Sí —exhalo—. *Merci, professeur.*

No aparta la mirada del camino y presiona el volante con más fuerza, pero sonrío. Una sonrisa pequeña, de lado, que podría parecer alegre por sí sola, pero acompañada de esa mirada desolada solo consigue sacudirme el corazón.

—Nos vemos en clases, Madeline. Si ocurre cualquier cosa o alguien te vuelve a molestar habla conmigo, pero, mientras tanto, mantengámonos en el papel estudiante-profesor, por favor.

No entiendo lo que está pasando. Quiero alejarme de él hasta saber más, pero si estoy lejos jamás podré conocerlo en realidad. Quiero creer que no lo amo y que solo fueron palabras apresuradas ante sensaciones desconocidas, pero cuando pienso en estar lejos de Maximilian o que ya no esté más en mi vida, es como si alguien tomara mi corazón y lo estrujara mientras un nudo en la garganta no me permite respirar. Estoy tan confundida, no sé lo que quiero, lo que debo hacer o lo que está pasando. Todo ha ido demasiado rápido en un par de días. Supongo que con un poco de tranquilidad podré asimilarlo todo mejor y ya decidiré qué hacer.

Sé que esperará por mí, porque esta vez me toca ir tras él.

—Bueno, bien —tartamudeo un par de segundos mientras contemplo su perfil, sin saber exactamente qué más decir para cortar con algo tan incómodo—. Adiós, Max.

Respiro profundo y me inclino hacia él para darle un beso en la mejilla, pero abre la puerta del auto casi golpeando la pared de ladrillos y sale bruscamente, dejándome tiesa y con los labios

estirados en mi lugar. El viento de la tarde se burla de mí. Me lanzo hacia atrás totalmente herida. Aunque fuera un beso tonto e incómodo, nunca me había rechazado de una forma tan grosera.

Lo encuentro sentado sobre el costado delantero izquierdo del vehículo, con los brazos cruzados y la cabeza gacha, su cuerpo totalmente tenso. La mezcla de humillación con todo lo ocurrido en este par de días provoca un enojo ilógico en mi interior, algo jamás sentido, y me encuentro a mí misma abriendo con furia la puerta y rodeando el vehículo hasta llegar a él. El clima está considerablemente helado, pero yo me siento hirviendo por dentro.

—¿Disculpa? ¿Qué fue eso, Kersey? ¿Estaba tratando de hacerlo más fácil!

—Para hacerlo más fácil solo necesito que te vayas —sisea con la vista clavada en los ladrillos frente a él.

—Quiero quedar en buenos términos contigo. ¡No quiero que me jodas las calificaciones de la universidad, sabes!

—No te pases. Me lo estás poniendo más difícil.

—Bien. No molestaré más.

Insultándolo en voz baja me doy la vuelta y comienzo a alejarme. Me adentro en la marea de personas ajetreadas y me dejo llevar por la corriente, sin saber exactamente adónde me dirijo. Quizá por este camino llegue a la universidad. Avanzo mirando la acera y chocando de vez en cuando. Él ni siquiera intenta detenerme, aunque interiormente se lo agradezco. Estoy enojada conmigo, con él, con todo. Solo quiero llegar a mi habitación y ocupar mi mente en un montón de cosas que hacer.

Tres semanas después...

—La sociología también es una actitud de conciencia crítica frente a la sociedad —añadió el profesor, apoyando las manos

sobre el escritorio e inclinándose hacia delante. Su semblante terriblemente serio—. Nadie necesita un montón de gente influenciado dando una opinión sin fundamentos a lo largo de la vida, como si hablar de lo que viven las personas es igual a comentar qué tal se encuentra el clima. —Pasea la mirada sobre nosotros, implacable, hasta que recae en mí justamente—: Criticidad. Quiero personas inteligentes, cuyas afirmaciones tengan un porqué, conscientes del mundo que los rodea. Exijo que mis estudiantes sean capaces de ver la realidad y asimilarla. Que se adapten a este mundo de rápida evolución y que logren interpretar desde una perspectiva fresca los motivos de la aparición de diversas tendencias de comportamiento en el ser huma...

Cuando por fin se acaba la clase que duró incontables horas, el suspiro que lanzo parece recoger toda la frustración, cansancio, estrés y echarlos fuera. Solo quiero llegar a la cama y largarme a dormir. Jamás creí sentirme más estresada que en el colegio pero, ¡diablos, qué ilusa era! Desearía volver a la preparatoria. Aquí más que estresada me siento exhausta, como si llevara días sin pegar un ojo y pasara las noches escribiendo ensayos, preparándome para pequeños debates, armando exposiciones, practicando fonética... Esperen, ¡eso hago!

Me obligo a ponerme en pie y cada paso que doy se me dificulta más. Faltan solo minutos para que anochezca, aunque no oscurece muy rápido por aquí. El clima simplemente se vuelve gris hasta que cae la oscuridad a altas horas de la noche. Ayer fue 25 y... Esperen, ¿mañana es 26?

¡Joder! ¡Joder, joder, joder con todo!, grito en mi interior. Totalmente descolocada, me apoyo contra la primera pared que encuentro de camino a mi habitación y con cuidado masajeo mi sien. ¿Para mañana es el trabajo de Estadística General? ¿Pero cómo...? ¿Cómo demonios pude haberlo olvidado? ¿Cómo, maldita sea? ¿Cómo lo olvidé? Mi interior arde mientras me

palpita la cabeza. Estoy rabiosa conmigo misma. Quiero comenzar a darme cocazos contra la pared del edificio, la ansiedad por correr como lunática hasta mi habitación y comenzar a redactar el trabajo comienza a expandirse en mi interior tan rápido como un latido.

Tengo los ojos cansados, algo denominado fatiga visual, y creo que tampoco dormiré mucho esta noche. Camino a paso rápido pero sin parecer desesperada, atravieso un par de zonas comunes, la biblioteca, rodeo como tres edificios hasta que me detengo tan abruptamente que chocan conmigo desde atrás y ambos nos tambaleamos hacia delante, pero juro que yo no puedo apartar mis ojos de la escena desarrollándose frente a mí.

Sonríe y le acaricia la mejilla, luego bordea sus labios con un dedo mientras ella sube sus manos desde la hebilla de su pantalón hasta el cuello de su camisa de vestir, mirándolo con tanto descaro que se me desencaja la mandíbula, pero no logro gritar. Quiero hacerlo, pero no sale nada.

Es su espalda, el mismo cabello castaño oscuro, el mismo porte seguro y galante, el mismo perfil exquisito. Claro que es Kersey. ¿Y ella? No sé ni me importa, pero quiero creer que solo lo está manoseando sin permiso y que la alejará pronto, luciendo furioso.

Él se acerca más a ella hasta que logra aprisionarla totalmente contra la pared del edificio. Sonríe de medio lado, acariciando el brazo de ella, y luego le levanta la barbilla hasta que encaja sus labios con los suyos. Lo observo todo desde el camino cerca del césped, alejada unos buenos metros de la escena, pero no puedo dejar de contemplarlo y llenarme de rabia.

¿Qué demonios? Quiero creer que es una «fanática» y la alejará de él pero, ilusa de mí, ¡él la besó! Y se ve tan satisfecho, mientras toma posesión de su boca y la sujeta de los sitios correctos. Veo las manos de ella subir y bajar acariciando su espalda.

No puedo asimilarlo bien. Me cuesta respirar e, inexplicablemente, comienzo a revolver realidad con recuerdos, y la imagen termina volviéndose la escena de Maximilian y Rebeca manoseándose en el baño del colegio. Por momentos los veo a él y la chica, y luego la imagen se vuelve el recuerdo de él y Rebeca, y ya no sé qué demonios está pasando, porque literalmente todo comienza a darme vueltas y caigo de rodillas sobre el suelo.

—¿Estás bien? —pregunta un chico, poniéndose a mi altura, pero no puedo apartar mis ojos de ellos—. ¿Estás bien? —repite, tomándome de un hombro y buscando mi rostro.

—¿Los ves? —pregunto en cambio, apuntando hacia la esquina del edificio. Él sigue mi mirada totalmente consternado—. ¿Ese es Maximilian Kersey o me equivoco?

Por favor, dime que estoy totalmente equivocada. Dime que lo confundí con alguien más y, si se da la vuelta y veo su rostro, me daré cuenta de mi grave error.

Él los mira fijamente unos cuantos segundos y luego suelta un silbido de admiración.

—Al parecer lo es.

Asiento, aturdida, y me encorvo lo suficiente hasta que mi cabeza casi toca el suelo también. Con las manos abrazadas a mi cuerpo, me digo mentalmente que seguro estoy malinterpretando la escena, o que no es él, e intento alejar este nudo de la garganta. Tengo que despejarme. Apuesto a que la mirada de decenas de personas está sobre mí mientras pasan, pero no puedo ponerme en pie. No hallo la fuerza porque, muy en el fondo, sé que esa figura solo podría pertenecer a un Kersey.

—Aléjate —murmura una voz gélida a mi lado, y las manos del chico que me estaba ayudando desaparecen tan rápido como llegaron.

Por un momento creo que es Max, que me observó desde su posición contra el edificio y vino corriendo hacia mí para decirme que no piense mal las cosas, pero la forma tan brusca de tomarme de los brazos y obligarme a ponerme en pie me indica que no es él.

—Aaron.

Sonríe de medio lado, pero ningún gesto suyo me ha parecido nunca cálido o amable. Es como si por dentro solo hubiera un gran vacío. Como si pudieras escuchar tu eco porque falta el alma; falta el brillo significativo en los ojos y los sentimientos que transmite una mirada. Falta el poder reconocer que hay algo más allí además de carne, huesos y resentimiento. Para mí, a este chico le hace falta la esencia que te hace humano. Es como si no sintiera y su corazón no latiera con emoción por nada.

—Tiempo sin verte. Supongo que me extrañaste. —Luego echa una ojeada a la escena que se sigue desarrollando más allá y sorprendentemente se ve desconcertado—. ¿Kersey?

Ver que él también se sorprende, que lo reconoce como Max, me destroza. Esto lo confirma todo de la manera más cruel posible. Me quiero largar de aquí antes de que alguien me vea llorar. Ansío hundirme en mi cama y no salir de ella nunca. La opresión que siento en el pecho es tanta, que casi no consigo expresar nada.

—Espera. No te he dicho que puedes irte. —Se recompone de pronto, volviendo a su agresividad natural—. Hace ya tiempo que quería encontrarte sola. Camina.

Comienza a tirar de mi brazo que, por cierto, aprisiona demasiado fuerte, así que clavo mis pies en el suelo y reúno todo el valor que puedo para pronunciar con seguridad:

—No voy contigo. No tienes derecho sobre mí.

—Juegas con mi minúscula paciencia. Podrías dejar de hacerme la valiente y ahorrarnos tiempo a los dos. Sabes que al final gano yo.

La arrogancia de su voz mezclada con ese gesto fiero solo me provoca cólera y unas ansias exageradas de estrellar mi mano contra su rostro.

—Escucha, princesa, arruinas mi intento de no ponerme violento en un lugar lleno de gente. Un pie delante del otro y camina. Sí sabes cómo se hace, ¿verdad?

—Te estoy pidiendo que me dejes en paz —siseo, haciendo esfuerzos sobrehumanos para aguantar esa perturbadora mirada—. No quiero tener nada que ver con ustedes; sus asuntos no son conmigo, Risk. Quiero una vida sin sus problemas en ella. Nunca me metí en aprietos y no pienso comenzar ahora.

Gruñe y en un segundo lo tengo a mi lado derecho, con su brazo enrollado en mi cintura pegándose a su costado mientras me «ayuda» a caminar. Acerca su boca a mi oído, susurrando tranquilamente:

—¿Por qué demonios perdemos tiempo? Sigo sin comprender eso. ¿Y por qué se arriesgan a terminar con una navaja clavada en la garganta? Hacia mi coche. Grita y veremos qué pasa. Puedo pasar unos buenos años en la cárcel, pero te aseguro que la lista de espera por un órgano es mucho más larga.

